



Ser del campo: un ejercicio etnográfico sobre aprendizaje de oficios rurales en la provincia de Osorno

Memoria para optar al Título de Antropóloga Social

Nombre: Gabriela Raddatz Delgado

Profesor: Jorge Razeto Migliaro

16 de octubre de 2023

Este trabajo está dedicado a las personas que lo inspiraron y acompañaron.

A aquellas personas que me permitieron compartir sus historias, caminar por sus huertas y ser testigo de sus formas de hacer y habitar.

*A mi madre y padre, a quienes he visto trabajar por vidas rurales dignas y felices.
A amigxs de los oficios y la academia; dos mundos que espero sigan cruzándose.*

A las y los profesores que han enseñado con el cariño y la atención que solo entregan aquellos que disfrutan su quehacer.

Contenidos

Ser del campo: un ejercicio etnográfico sobre aprendizaje de oficios rurales en la provincia de Osorno	4
I. Antecedentes	5
Antropología y aprendizaje	5
Infancia y Ciencias Sociales	5
Infancias rurales	6
Aprendizajes en torno a la naturaleza	8
Agencia de la naturaleza	9
Contexto territorial de estudio	9
II. Planteamiento del problema	11
III. Objetivos	13
Objetivo general	13
Objetivos específicos	13
IV. Marco teórico	14
El conocimiento como red	14
La transformación a través del aprendizaje	14
La naturaleza como participante	16
Fenomenología y cuerpo vivido	17
V. Metodología	18
Tipo de diseño	18
Técnicas de producción de información	18
Diseño muestral	20
Técnicas de análisis	21
Consideraciones éticas	22
VI. Las personas	23
Los encuentros: primeros contactos, visitas y locaciones	23
El fundo, la pequeña propiedad y la forestal	24
Los hogares, las familias y cuidados	25
Los oficios	26
VII. Resultados	28
Los oficios: qué hacen y qué prefieren	28
Patricia y la huerta	28
Claudia y Antonio: Milcaos y las nostalgias huerteras	31
Benedina: Las flores, el tejido y la huerta	33
Leticia: El disgusto por la cocina, el gusto por el campo	36
Herman: la artesanía y los patrones	37
El quehacer y la temporalidad	39
La rutina	39
La estacionalidad	40
Trayectoria de vida	42
Procesos de Salud-Enfermedad	42
La posesión de tierras y desplazamientos forzosos	43

Los cuidados	45
El envejecimiento	46
Recuerdos de Aprendizaje	47
Decisiones familiares sobre la trayectoria educativa	47
¿Trabajo infantil?	48
Trabajo de hombre, trabajo de niña	50
Aprender haciendo y lo que solo se hace	51
Las maneras: los afectos y los retos	53
Instancias Formativas Institucionales	55
La escuela	55
Las capacitaciones y certificados	55
Turismo y cultura	57
Transmisión de saberes	58
La generación pasada	58
La generación futura	59
Afuera de la familia	61
Valoración de la Vida Rural	62
Identidad de Campo	62
El contraste con lo urbano	64
Lo bueno del cotidiano	65
Decisiones Personales	66
Vida Rural y Nostalgia	68
Conexión con Naturaleza	70
Atención a los cambios de la naturaleza	70
Agencia de la Naturaleza	72
Cuidado y Cariño	74
Estar afuera	75
VIII. Discusiones y reflexiones finales	77
Todo paisaje pasado fue mejor	77
El paisaje que invita y la nostalgia	78
Lo sabido es lo que se ha hecho siempre	81
Ser campesino, de campo o mujer de campo	82
Aprendizajes y paisajes de los futuros	85
IX. Bibliografía	87

Ser del campo: un ejercicio etnográfico sobre aprendizaje de oficios rurales en la provincia de Osorno

Los procesos de aprendizaje son multicausales y reaparecen en nuestro cotidiano bajo una constante resignificación, hay conocimientos que adquieren relevancia dependiendo de quién nos haya enseñado o dónde se hayan aprendido y otros que no recordamos aprender, pero utilizamos diariamente. La presente investigación busca comprender cómo personas que han aprendido un oficio relacionado al mundo rural, integran conocimientos significativos en su trayectoria de vida en relación a la naturaleza. Es decir, se busca conocer los relatos de sus procesos de aprendizaje. Para así comprender de qué manera son adquiridos esos saberes, por qué se convirtieron en significativos para dichas personas, si han tenido transformaciones a lo largo de sus vidas y si moldean su relación con el territorio en el cual se desenvuelven.

Para esta tarea se trabajó junto a seis mujeres y hombres sobre los 60 años que habitan en zonas rurales de la provincia de Osorno y que a día de hoy continúan realizando labores u oficios que aprendieron a través de habitar la ruralidad. Algunos de estos aprendizajes fueron integrados desde la infancia, otros se sumaron de manera posterior, de cualquier manera esta investigación trabajó sobre el recuerdo, sobre lo anecdótico del pasado y sobre las maneras en se construyen esas memorias al tiempo que son compartidas con otros. Gracias a Patricia, Claudia, Antonio, Benedina, Leticia y Herman se construyeron relatos que no solo hablan de sus experiencias aprendiendo en el campo, sino de experiencias intergeneracionales en las cuales estas personas aparecen como una generación de transición en un mundo rural que experimenta profundas transformaciones.

A través de este trabajo se espera exponer que al existir múltiples formas de vivir el vínculo con el territorio existen múltiples maneras de aprender en y sobre él. Las cuales demostraron tener una fuerte relación con la temporalidad, que van desde la atención rutinaria que requiere el cuidado de las aves hasta la nostalgia por pampas cultivadas con trigo que a día de hoy han dado paso a otros paisajes y a otras maneras de gestión de los territorios. El dinamismo propio de los lugares habitados mantiene un correlato con los aprendizajes que se reinventan en la vida de estas personas a través de distintos momentos como las crianzas, los cuidados hacia otros, los nacimientos y los envejecimientos. La adaptabilidad de estas vidas se refleja en sus paisajes cotidianos, que pasan desde el cerro donde se recoge la fruta hasta la cocina donde se cuece la mermelada.

I. Antecedentes

Antropología y aprendizaje

Las últimas décadas, las investigaciones sobre aprendizaje, han tendido a comprenderlo como un proceso que está socialmente situado (Kupers, et. al, 2019); es decir, que el aprender no ocurre de manera individual y aislada sino en la interacción entre personas o entre personas y su medio físico. Lave y Wenger (2008) explican que al referirse a aprendizaje “socialmente situado” no se refieren únicamente a que el proceso de aprender ocurre en una cultura y momento histórico específico, sino que:

En contraste del aprendizaje como internalización, el aprendizaje como un incremento de participación dentro de comunidades involucra toda la acción de la persona en el mundo. Entender el aprendizaje en términos de participación centra la atención en cómo es un conjunto de relaciones que evolucionan y se renuevan constantemente; esto es, por supuesto, consistente con una perspectiva relacional, de las personas, sus acciones, y el mundo. (Lave y Wenger, 2008, p. 50)

Esta perspectiva constructivista, no sólo implica que el ambiente influye en el aprendizaje, sino que quien aprende tiene la posibilidad de influir en su ambiente (Kupers, et. al, 2019). Esta posibilidad de cambio en el ambiente o en las redes de significado que rodean a quien aprende puede ser entendida bajo el concepto de agencia. Las ciencias sociales han utilizado progresivamente el concepto de “agencia” en las últimas décadas (Pavez y Sepúlveda, 2019); sin embargo, para efectos de esta investigación revisaremos brevemente dos campos de investigación que han utilizado el concepto o la tradición teórica tras él; los estudios de infancia -que incluyen las infancias rurales- y los estudios sobre la agencia de la naturaleza o territorio.

Infancia y Ciencias Sociales

Si bien las personas con quienes se trabajó son adultos mayores; la infancia y juventud comprenden las edades cotidianamente asociadas al aprendizaje, el desarrollo psicosocial y la educación. Es por ello que a continuación, presentamos cómo los estudios recientes de infancias rurales retratan los procesos de aprendizaje y participación, haciendo énfasis en aquellos aspectos que surgieron durante el trabajo de campo.

Durante los últimos veinte años se han hecho diversas revisiones del concepto de infancia que critican su caracterización únicamente como un proceso de aprendizaje de pautas culturales a través del cual se busca la superación de la niñez como etapa de la vida (Pavez y Sepúlveda, 2019). En contraste a estas críticas, se ha discutido sobre la noción de agencia ejercida por niños y niñas. El uso del concepto de agencia no sólo habla de la comprensión de niños y niñas en roles activos sino también su posición y posibilidad de acción dentro de varios sistemas de dominación o poder, como lo son el orden generacional, el género o la raza (Pavez y Sepúlveda, 2019).

Desde la tradición antropológica resulta cómodo investigar diferentes formas de vivir la infancia y rechazar definiciones universales de “niñez”; no obstante esas miradas deben dialogar con ciertos acuerdos comunes sobre el cuidado y protección de la infancia como

leyes asociadas a la edad de consentimiento y trabajo infantil (Bluebond y Korbin, 2007). Es decir, se asume la posibilidad de agencia de las infancias pero también se entiende que así como los adultos, niñas y niños no están exentos de las condiciones de opresión estructurales (Bluebond y Korbin, 2007).

Una de las preocupaciones centrales al investigar infancias refiere a cómo abordar metodológicamente el trabajo con niñas y niños -o en casos como esta investigación- cómo trabajar sobre el pasado y las memorias de infancia. Si bien los procesos de aprendizaje no son únicamente “de niñez” resulta necesario documentar algunos trabajos que hayan logrado ese ejercicio. Hablar de agencia significa asumir la capacidad de las personas de crear significados (Bluebond y Korbin, 2007). Sosenki (2016), quien tiene trabajos dedicados a la infancia durante la revolución mexicana, explica que para comprender la voz infantil hay que reconocer a niñas y niños como autores, capaces de crear registros; sin embargo, cuando se refiere a trabajar con adultxs sobre su infancia también reconoce la distinción entre “memoria” y “voces” de infancia (Sosenki, 2016, p. 47). Considera la importancia de la perspectiva presente, las razones de algunos eventos para ser recordados y otros olvidados, dotando a su vez de complejidad el trabajo de memoria.

Infancias rurales

Al rechazar las pretensiones universales, los estudios sobre infancias consideran las niñeces y juventudes rurales una de los múltiples escenarios en los cuales se pueden experimentar estos procesos (Bevilaqua, 2018). Dentro de esa experiencia, se reconocen ciertas nociones recurrentes en trabajos etnográficos trabajando junto a familias campesinas en distintos territorios de América Latina.

Una porción relevante dentro de los estudios de infancias rurales se ha dedicado a un propósito similar al de este proyecto, la transmisión de saberes locales. También se han referido al trabajo infantil, la relación con la escuela y las relaciones familiares. Ana Padawer (2018) comenta que las ciencias sociales, en particular la antropología, han romantizado la relación de enseñanza entre adultos y niños en contextos de socialización rural; razón por la cual se ha documentado poco sobre las relaciones asimétricas que cruzan estos espacios. Al mismo tiempo, reconoce cómo la participación de niñas y niños en las actividades domésticas y productivas es:

parte de un proceso de adquisición progresiva de autonomía para el propio sostenimiento, donde las distinciones étnicas, genéricas, de edad y posición social definen ciertas actividades y saberes como propios de las chicas de la colonia. Estos conocimientos sobre el mundo son los que les permiten entender, pero también transformar imperceptiblemente y en su quehacer cotidiano, el mundo que las rodea: la educación de la atención, el seguir los senderos trazados por aquellos más expertos en los quehaceres cotidianos (Ingold, 2002; En Padawer, 2018, p. 36)

En una perspectiva similar Bevilaqua (2018) explica que la participación de las y los niños rurales en las actividades productivas de su familia no responde únicamente a la racionalidad económica sino también a las estrategias de crianza y cuidado que cada grupo familiar considera relevantes. En esta línea los trabajos de Padawer (2018) y Bevilaqua (2018) comentan que niñas y niños reciben tareas de acuerdo a su edad y que -al menos en la actualidad- la educación formal se prioriza frente a las labores productivas:

En el contexto actual, a los hijos ya no se les percibe como un recurso productivo importante o mano de obra complementaria de la familia, sino como personas en formación, que necesitan participar en la vida y en los trabajos domésticos y productivos de la unidad familiar. (Bevilaqua, 2018, p. 54)

Por otro lado, los trabajos sobre infancia y ruralidad han puesto atención en las diferencias en la socialización por género. Padawer (2018) observa que se sigue un “patrón básico de división sexual del trabajo” (p. 39); es decir, que las niñas tienen tareas asociadas al mantenimiento del hogar y de los cultivos para consumo familiar, mientras que los niños toman tareas con más exigencia física. Algo común en las etnografías que dan cuenta de la socialización diferenciada, es que señalan que la división sexual se acrecienta a medida que las y los niños crecen mientras que en edades tempranas las tareas o aprendizajes a través del juego son muy similares.

Otro aspecto relevante es el aprendizaje que se genera entre niños y niñas de distintas edades, el cual Amés (2018) relaciona con la libertad de movimiento que suelen tener las infancias en el campo:

Estas responsabilidades y libertad de movimiento indican una gran autonomía en los niños y niñas, ya que no siempre están bajo la supervisión de sus padres u otros adultos, pero se cuidan entre ellos y se involucran en sus propias actividades, frecuentemente fuera del hogar. ... El movimiento libre o acompañado dentro o fuera del caserío también es importante como una forma de aprendizaje. Les permite a los niños observar su ambiente y conocerlo con gran precisión. Aprenden de los adultos o de otros niños no solo los nombres, usos y características de los árboles, plantas y animales, sino también la ubicación de las áreas de cultivo, a quién pertenecen, lo que ha sido cultivado el año anterior y el año actual, y algunas nociones de administración de los cultivos. (Amés, 2018, p. 63)

En esta línea, cabe mencionar el rol que las y los autores citados en este apartado: Padawer (2018), Amés (2018) y Bevilaqua (2018) otorgan a la “atencionalidad” y al aprender a través de la observación, la imitación y el juego. Amés (2018) lo explica de la siguiente manera:

La observación, entonces, se vuelve una manera fundamental de aprender. Cuando fui aprendiz en diversas situaciones, los adultos y los niños me enseñaron más con ejemplos prácticos que con explicación explícita. El adulto o el niño más experimentado lleva a cabo toda la actividad y el aprendiz debe observar y practicar los pasos demostrados por el instructor. (Amés, 2018, p. 64)

Las relaciones intergeneracionales son profundizadas en aquellas investigaciones que apuntan a la construcción de una “identidad rural” ya que relacionan los conocimientos integrados por niños y niñas con una tradición cultural:

La familia genera vínculos con el territorio que consideramos expresiones de identidad, por ejemplo la finca donde vive, allí se producen y desenvuelven actividades de integración e interacción, que según van der Ploeg, es como un flujo que une pasado, presente y futuro, lo que significa que cada finca tiene una historia donde convergen recuerdos, con relación al trabajo, a los vínculos familiares, al crecimiento y sostenimiento de los hijos, a los ingresos, al cuidado de los animales, a los cultivos; en ocasiones los padres están trabajando para que sus hijos “salgan adelante” y esto los conecta con las diferentes generaciones. En ese

sentido, la finca es el lugar donde se acumula experiencia, donde tiene lugar el aprendizaje y el conocimiento que es transmitido a otras generaciones. (Acuña-Rodríguez et al, 2021, p. 8)

Aprendizajes en torno a la naturaleza

Roy F. Ellen (2001) sostiene que no solo el concepto de naturaleza puede variar significativamente en cada contexto cultural, sino que su aprendizaje y enseñanza puede evocarse por distintos medios, propósitos y agentes.

Golé (2020) explica que “la configuración de los sistemas sociotécnicos se vincula con procesos de conocimiento basados en un saber-hacer práctico” (p.123); es decir que la manera en que se trabajen o gestionen labores dentro de un territorio se construye en base a las tecnologías disponibles pero también a las visiones de mundo o pertenencia a ciertos grupos identitarios, lo que motiva a transformaciones en los conocimientos y quehaceres prácticos. Un ejemplo de aquello es documentado por Ochoa y Ladio (2015) en su trabajo sobre recolección y uso de plantas silvestres en la Patagonia argentina. En sus resultados exponen que la mayoría de las y los participantes de la investigación que sabían sobre el reconocimiento y recolección de las plantas no transmitió sus saberes a la generación siguiente. Sus razones responden a varios factores, en primer lugar que este tipo de conocimiento se transmite de manera oral y que el sistema educativo formal junto al acceso a medios de comunicación e internet han establecido nuevas formas de transmisión y valoración de los saberes. También comentan que en los años recientes los y las niñas acompañan menos a sus familiares en labores productivas o que los adultos dejaron de trabajar en labores asociadas a la vida rural. Además de que aquellas plantas ya no forman parte del esquema de alimentación.

De esta manera observamos cómo el contexto territorial y transformaciones sociales a gran escala influyen en las decisiones sobre qué se enseña y que deja de ser relevante. Cuando estos aprendizajes se relacionan con la economía familiar y las dinámicas intergeneracionales dentro de un hogar, no sólo se hace relevante qué o cómo se enseña, sino también cómo esos conocimientos se inscriben en una tradición cultural y en la identidad de quienes están aprendiendo. Acuña-Rodríguez et al. (2021) reconocen que las acomodaciones y variaciones en las tareas productivas tienen una relación bidireccional con la identidad de las comunidades campesinas:

Las familias campesinas ponen en práctica conocimientos tecnológicos, producción natural y actividades complementarias, algunas derivadas del mercado para asegurar el sustento (Domínguez Martín, 1992), lo que se pudo apreciar en las indagaciones exploratorias, salidas de campo y entrevistas a los productores de queso en algunas veredas del municipio de Paipa, en que se puede considerar su entorno familiar, sus formas de vida y las diversas actividades que realizan para la subsistencia. Las familias campesinas, combinan sus saberes y tradiciones con las generadas por la tecnología y el mercado para lograr formas productivas, que reconfiguran las identidades, por lo que esta categoría no es estática, se ajusta a las condiciones, al medio y a los cambios sociales. (Acuña-Rodríguez et al, 2021, p. 6)

Agencia de la naturaleza

Esta investigación considera la naturaleza o el territorio como participantes en los procesos de aprendizaje, lo que remite a su potencial agencia. Para esta noción se revisó el trabajo de Raas (2020) quien habla de cómo desde el “giro ontológico” distintos autores han ampliado sus categorías para pensar lo social; dotando de agencia a materiales, objetos y seres “no humanos”. Explica que la consideración de materialidades, animales no humanos y “elementos del entorno natural (plantas, ríos, accidentes geográficos, incluso fenómenos naturales)” (Raas, 2020, p. 100) dentro de las investigaciones, hace referencia a la comprensión de estos como entes relacionales que construyen y participan en los mundos que investigamos.

Sarra (2019) hace un registro de cómo comprenden personas guaraníes de Jujuy la erupción de un volcán en 2017. Este trabajo habla de la transformación identitaria en esta zona; sin embargo, también trata sobre cómo se atribuye acción e intervención a divinidades encarnadas en el paisaje. Es decir que las relaciones entre comunidades humanas e hitos del paisaje -sean armónicas o conflictivas- son leídas como parte de la “socialidad” (p.93) guaraní; y por lo tanto, las interacciones con la tierra a través de la “alimentación, cuidado, ayuda e intervención en el crecimiento de otros seres” (Sarra, 2019, p. 93) son comprendidas como relaciones sociales con el territorio, que permite y entrega los medios para tales acciones.

En esta línea es relevante reconocer que estas investigaciones sitúan al paisaje desde una perspectiva relacional, en la cual la acción humana se moldea según el territorio presente pero también desde los usos previos de ese paisaje. Vaquer (2019) comprende el paisaje como un elemento multitemporal y de esta manera entrega importancia a las actividades desarrolladas en un pasado que se conectan con el presente a través de un diálogo intergeneracional dentro de las comunidades.

Contexto territorial de estudio

La presente investigación se sitúa en la provincia de Osorno, específicamente en las comunas de San Pablo, San Juan de la Costa y Río Negro. Las principales actividades productivas en las zonas rurales de estas comunas son la ganadería -a pequeña y gran escala-, la producción láctea, la horticultura y la industria forestal. Al trabajar con personas que llevan toda su vida -o la mayor parte de ella- habitando zonas rurales, se espera que no sólo hayan sido testigos de los cambios estructurales del mundo rural las últimas décadas, sino también que sus trayectorias individuales o familiares se hayan visto afectadas por ello. Entre estas transformaciones se considera la migración de la población joven a zonas urbanas, la baja en la matrícula de las escuelas rurales y el progresivo cambio de los usos del suelo, que privilegia industrias forestales y el cultivo frutícola con mano de obra estacional (Almonacid, 2017).

Ximena Valdés y Loreto Rebolledo (2015) presentan una investigación sobre género y relaciones intergeneracionales en contextos rurales de Chile Central, y a modo de introducción sintetizan la trayectoria de la ruralidad en dicha zona desde los años setenta. Si bien el centro del país y la zona trabajada en esta investigación guardan diferencias significativas, también se observan puntos de encuentro sobre todo cuando nos referimos a

la gestión familiar de estas transformaciones. Se expone una “retracción de la infancia del trabajo en la agricultura” (Valdés y Rebolledo, 2015, p.1), un “aumento de hogares rurales sin tierra” (Valdés y Rebolledo, 2015, p.2), la diversificación de los rubros laborales -incluyéndose trabajo estacional o parcial no relacionado al mundo rural- , la promoción de políticas públicas enfocadas a mujeres, en conjunto con una avanzada de la institucionalidad pública -no con la intención de fortalecer la pequeña agricultura como sector productivo sino más bien como estrategias de mitigación de la pobreza- y el mejoramiento de infraestructura como caminos y servicios básicos.

En términos de las actividades desarrolladas por las y los participantes de la investigación hay ciertas líneas comunes: todas las personas con quienes se trabajó mantienen una huerta -aunque sea para consumo familiar-, todas excepto por una crían aves, el tejido también surge bastante, al igual que la preparación de alimentos como mermelada, chicha, fruta en conserva, etc. A pesar de estas regularidades, existen diferencias sobre todo en cuanto a los paisajes cotidianos de estas personas según el sector que habitan y su relación más o menos cercana con el centro urbano más próximo. Si bien son particularidades que se abordarán de manera más profunda en la sección de presentación de las y los participantes de la investigación, cabe mencionar, por ejemplo la diferencia entre trabajar en zonas rurales de San Pablo, donde hay una fuerte presencia de industria lechera, y el paisaje de San Juan de la Costa donde la industria más visible es la forestal.

Algo similar ocurre con la presencia mapuche/huilliche en la zona, la cual fue un tema más o menos presente con los distintos participantes. Si bien no es el foco de este trabajo, con un participante sí existe una relación entre lo mapuche y el ser campesino, dos conceptos que él retoma o considera relevantes a la hora de reflexionar sobre su identidad y la trayectoria de su oficio. Esta discusión también se abordará de manera más extensa en la discusión de los resultados, pero a modo de antecedente se revisaron trabajos que hablen sobre la integración de saberes y participación de las infancias mapuche. En esta línea se revisó el trabajo de Alarcón et. al (2018) quienes hacen énfasis en la transmisión de valores; y las maneras son bastante similares a las descritas en el apartado de Infancias rurales. Proponen que los y las niñas mapuche aprenden a través de la observación y el silencio atento a través del cual van preparándose para recibir tareas domésticas, familiares y comunitarias cada vez más complejas.

II. Planteamiento del problema

A pesar de la aceptación de múltiples formas de conceptualizar y transmitir lo que se entiende por naturaleza, Ellen (2001) propone que, en nuestro contexto cultural, existen ciertos elementos recurrentes en la manera en la que nos aproximamos al concepto. Uno de aquellos elementos comunes es la consideración de que la naturaleza es todo aquello que no es propiamente humano (Ellen, 2001). Es una comprensión instalada en el sentido común de la sociedad que se sustenta y a la vez mantiene la relación dicotómica entre naturaleza y cultura. Al entender la naturaleza como algo que está separado de otros espacios sociales o de las comunidades humanas, se percibe como un sistema objetivable. Tola (2016), siguiendo a Viveiros de Castro (2003), explica que vemos la naturaleza como unidad referencial para nuestra existencia, la cual bajo esta noción se guía más por nuestros propios sistemas culturales que por el entorno. Al llevar estas discusiones al plano del aprendizaje cabe preguntarse de qué manera repercute nuestra percepción de la naturaleza al integrar información y habilidades en torno a ella. Si la naturaleza es un sistema meramente referencial o más bien relacional, ¿cómo nos acercamos?

¿Es posible mantener la dicotomía naturaleza-cultura cuando nos referimos a comunidades rurales?. Si la naturaleza es entendida fuera o en el fondo de nuestras prácticas culturales, ¿qué ocurre con las prácticas que la sitúan en el centro?. Los oficios rurales contemplan el interactuar con la tierra, subir a la montaña a buscar fruta u hongos, conocer cómo reacciona la madera o la lana al ser tratada o cómo gestionar el cuidado de animales. Pero la vida del campo va más allá de esas tareas, no sólo contempla hacer en un escenario rural, sino también asumir los posibles efectos del territorio, significa conocer y trabajar alrededor de la ciclicidad de las lluvias, saber cuidar los cultivos ante una helada o aprovechar el calor del verano para brotar la huerta. El territorio en que se trabaja es el territorio que se habita y en él se desenvuelven relaciones afectivas e intergeneracionales. El involucramiento con el territorio es tal que en algunos casos se vuelve una discusión sobre identidad. Si toda la trayectoria vital se desarrolla en esta relación cercana con la naturaleza, ¿existe extrañamiento y/o distancia de sus elementos? ¿Se recuerda cuándo o cómo se aprendió a cultivar si toda la infancia fue en la huerta? ¿Los procesos de aprendizaje son de instrucciones dadas en un momento específico o un acompañamiento de los procesos de la vida?

Decidimos preguntarnos cómo se aprende la naturaleza cuando nunca fue considerada un factor externo, sino un agente presente en la vida de quien aprende; al punto de que puede olvidarse su presencia en el cotidiano. Se indaga en cómo y no en qué se aprende. Si el enfoque de la pregunta fuese el contenido del concepto naturaleza para hombres y mujeres rurales tendría sentido preguntar qué es lo que se aprende; sin embargo, el interés está en los medios/modos de aprendizaje sobre la naturaleza cuando existe un vínculo relacional con ella y se posiciona como un elemento constitutivo de los aprendizajes significativos que las personas identifican en su trayectoria de vida. De esta manera nuestra pregunta es esencialmente antropológica. Hablamos de los aprendizajes relacionados a la trayectoria de vida porque los saberes van adquiriendo o perdiendo relevancia y qué se enseña intergeneracionalmente va cambiando de acuerdo a ello. Pero hay conocimientos que estas personas consideran significativos en su vida rural y conservan, actualizan o resignifican a pesar y gracias a los cambios en su contexto. Barbara Rogoff (2008) apuesta por aprendizaje no basado en el traspaso de conocimientos sino en la reapropiación de estos

mismos; lo que refiere a la capacidad de hacer presentes los saberes y habilidades en distintos momentos. De esta manera, no significan una adquisición sino una transformación continua de quien aprende. Dicha perspectiva no solo es compatible con la idea de que los aprendizajes acompañan las vidas de las personas, sino también permite entender que lo que aprendemos tiene la posibilidad y agencia de transformarnos. Con ello, nuestras preguntas entregan a la naturaleza la posibilidad de participar de un vínculo más profundo que el de ser un mero escenario de las vidas rurales.

III. Objetivos

Objetivo general

Analizar cómo la integración, uso y transformaciones de los aprendizajes significativos en relación a la naturaleza, participa en la percepción de la misma; desde la mirada de habitantes rurales de la provincia de Osorno.

Objetivos específicos

Identificar los aprendizajes significativos en relación a la naturaleza por parte de hortícolas y artesanos/as locales.

Describir la forma y en qué contextos vitales fueron adquiridos dichos aprendizajes.

Identificar transformaciones y/o resignificaciones en dichos aprendizajes.

IV. Marco teórico

La presente investigación tiene dos nociones teóricas principales. En primer lugar que los aprendizajes son dinámicos y se resignifican a lo largo de la vida de las personas, y en segundo lugar que la naturaleza participa de manera activa en los aprendizajes que la involucran. El autor que guía esta articulación teórica es Tim Ingold, aunque también se consideran investigadores afines a su perspectiva, como Barbara Roggof, quien proviene del mundo de la psicología educacional y contribuye a exponer la idea de la transformación a través del aprendizaje. Además de ello, cabe mencionar que nos situamos desde la crítica hacia la dicotomía “naturaleza/cultura” trabajada a partir del “giro ontológico”.

El conocimiento como red

Tim Ingold expone que al conceptualizar la cultura como “un corpus de conocimiento o información que se puede transmitir a través de generaciones sin depender de las situaciones de su aplicación práctica en el mundo” (Ingold, 2008, p.10) nos enfrentamos a dos suposiciones discutibles. Por un lado que los aprendizajes se adquieren -y dicha adquisición es más cercana a un apilar que a un anudar; y por otro lado, que el cuerpo más que interactuar, opera como un recipiente para los saberes que van siendo adquiridos. Para Ingold estas nociones se vuelven problemáticas ya que sugieren que aprendemos para saber cómo actuar o funcionar en el mundo en vez de considerar que aprendemos participando de él. Esta visión del aprendizaje refuerza su asociación con la cultura -dentro de la dicotomía naturaleza/cultura- en tanto pensamos que a través de la socialización los y las niñas se vuelven seres culturales cuando:

más bien brotan en un ambiente en el que los demás están presentes y actúan. Para dejarlo claro: mientras las personas atraviesan la vida superan determinadas maneras de hacer las cosas y evolucionan hacia otras. Pero nunca nadie ha superado la biología y se ha convertido en sociedad o cultura. (Ingold, 2008, p.16)

De esta manera, plantea que el aprendizaje se produce en la acción misma, por lo cual más que una transmisión se propone un “redescubrimiento guiado” a través del cual las experiencias vividas se van integrando en una red -o *mesh*- de significados (Ingold, 2008, p.21). Para Nuria Cano (2015) la idea de *mesh* está relacionada con la memoria ya que esta se origina desde un punto de partida, pero otorga la posibilidad de volver sobre nuestros pasos para recordar la experiencia vivida y resignificar el pasado o las experiencias pasadas que conforman la red:

En este “mundo historiado” (Ingold, 2011, p.142), la memoria emerge entonces mediante un proceso activo de recordar, originado dialógicamente en el campo de la intersubjetividad (cf. Jackson, 2002) y no como un conocimiento legitimado por la tradición y transmitido pasivamente como un legado. (Cano, 2015, p. 118)

La transformación a través del aprendizaje

Desde la psicología Barbara Rogoff (2016) sigue una línea similar. Comienza desde la idea de cultura como formas para la vida más que características estáticas de grupos sociales, lo cual relaciona a la imposibilidad de transmitir la cultura como bloques de contenido en los cuales las generaciones más jóvenes no tienen influencia sobre qué y cómo aprenden. Para

comprender la transmisión cultural la autora presenta tres planos de actividad, los cuales no son jerárquicos sino complementarios e incluso simultáneos en ocasiones: el aprendizaje, la participación guiada y la apropiación participativa. El aprendizaje es todo aquello que se transmite de manera unidireccional para que alguien adquiera una habilidad o conocimiento, la participación guiada de igual manera requiere que alguien dirija la actividad; no obstante también depende de la interacción de quien aprende (Rogoff, 2008). Tras ello, el concepto en el que nos enfocaremos es el de apropiación participativa, porque al igual que el enfoque de Ingold se basa en cómo la integración de un conocimiento puede resignificar nuestras interacciones futuras, creando redes de significado y acción.

Rogoff (2008) describe la apropiación participativa como “un proceso de conversión más que de adquisición” (p.3) y sobre este punto al igual que Ingold desafía la idea de las fronteras entre individuo, mente y cultura. La autora propone que a diferencia del concepto de internalización, el cual remite a algo que ingresa cruzando un límite, la apropiación participativa no es el medio o el proceso previo al aprendizaje; la participación en una tarea es en sí misma el aprendizaje. Al pensar el aprendizaje como proceso activo, la temporalidad adquiere notoriedad ya que en ella se inscribe la transformación y reinención del conocimiento:

En lugar de estudiar la posesión o adquisición por el individuo de una capacidad o de una porción de conocimiento, el foco está ahora en los cambios activos que se producen en un acontecimiento o actividad abiertos en los que las personas toman parte. Los acontecimientos y las actividades son inherentemente dinámicos, y no pueden ser tomados como condiciones estáticas a las que se añade el tiempo como un elemento separado. (Rogoff, 2008, p.8)

Siguiendo la línea argumental, Ingold (2018) advierte tener precaución al confundir holismo con un cierre, comprendiendo que “mientras la vida continúe siempre habrá cabos sueltos” (p. 33). De esta manera, los aprendizajes se entienden como procesos inacabados, que al participar de la red o *mesh* guardan relación con la memoria, pero al mismo tiempo permiten anudar nuevos conocimientos o habilidades. Para explicar la relación con la memoria Ingold (2018) toma la metáfora de los nudos y explica que a diferencia de una cadena que puede soltarse y cuyas piezas se mantienen de la misma forma, los nudos al soltarse tienden a mantenerse en la forma que estuvieron anudados lo que representa cómo las experiencias -en este caso saberes- que se articulan en la red y se moldean los unos a los otros. Así la idea de transformación a través del aprendizaje no solo tiene que ver con la integración de un saber sino también con la posibilidad de su resignificación:

Cuando decimos que al separarse algo tiene que ceder desde adentro, queremos decir que es necesario olvidar. Una estructura articulada, ya que no recuerda nada, no tiene nada que olvidar. Pero el nudo se acuerda de todo y tiene todo para olvidar.” (Ingold, 2018, p.51)

En cuanto a la idea de temporalidad, Maurice Merleau-Ponty propone una noción similar a la de Ingold (2018) ya que entiende que el pasado no es una entidad acabada sino que afecta y participa del presente. Da Silva (2010) explica esta influencia y la relación entre temporalidad y significado de la siguiente manera:

los eventos no se desarrollan sucesivamente sino simultáneamente, más allá de la distinción entre tiempo y espacio. Al afirmar que la realidad solo se forma dentro de la memoria,

Merleau-Ponty quiere decir que el pasado no es solo una ilusión de realidad sino, gracias a la distancia temporal, puede desarrollar su propio significado. (DaSilva, 2010, p. 101).

La naturaleza como participante

Cano (2015) propone que el espacio guarda relación con la temporalidad porque al apreciar el paisaje no solo se accede a la experiencia actual sino también se accede a los nudos biográficos de generaciones pasadas que significaron el espacio en su cotidiano, dotándolo de usos y prácticas particulares. Para adentrarnos a esta idea seguiremos la investigación de Joanne Rappaport (1985) en Colombia, quien expone que el tiempo es un aspecto integral en el proceso de “construir el territorio” (p.33) y que lo kinésico es una vía para la apropiación del mismo.

A través de su trabajo junto a comunidades pertenecientes a la etnia Nasa, Rappaport (1985) demuestra que las relaciones con el territorio cambian y por tanto la definición misma del concepto debiese entenderse con fluidez. Para la autora, la movilidad propia de la naturaleza debería llevarnos a la comprensión de que sus límites no son permanentes. Dedicó su atención a actividades que permiten evidenciar esta fluidez como lo son el mirar, el caminar y el cultivar; y sus conclusiones muestran cómo los cambios en estas prácticas, la revaloración o caída en desuso de alguna orientan los relatos, mitos e historia de las comunidades.

Si bien el concepto utilizado por Rappaport (1985) es el de “territorio” y no naturaleza, consideramos que su articulación entre temporalidad, territorio y prácticas culturales, entrega insumos teóricos para comprender el concepto de naturaleza como uno interactivo y no solo referencial. Siguiendo esta línea, si lo que se aprende sobre la naturaleza depende de los cambios de esta misma porque las comunidades modifican sus prácticas y relatos constantemente, la definición de la misma tiene influencia sobre sí y no puede ser sino dinámica:

La construcción del territorio guarda una flexibilidad inherente. Las personas de Tierradentro tienen un amplio rango de posibilidades para la acción territorial y elegirán una forma particular de defensa territorial en el contexto de la situación en la que debe ser empleada. (Rappaport, 1985, p.35) [Traducción propia].

Cabe recordar que a pesar de la presencia del dinamismo en estos conceptos, existen patrones habituales a través de los cuales se forma la red o *mesh* de aprendizajes. Fontes (2019) propone que a través de los elementos del paisaje vamos generando un esquema de recuerdos, el cual opera como una “presencia virtual del lugar que se encuentra lista para volver a un plano consciente, disparada por una sensación o por una experiencia práctica presente” (p.120).

En esta sección utilizamos indistintamente los conceptos de “territorio”, “naturaleza” y “paisaje”. Si bien comprendemos que existen diferencias teóricas entre ellos, consideramos que al momento de posicionarnos desde la idea que existen diversas definiciones de “naturaleza” resulta complejo demarcar límites sobre qué es y qué no es “naturaleza”. Ingold (1993) explicita que paisaje y naturaleza no son lo mismo porque la naturaleza se piensa como “eso que existe ahí afuera” (Ingold, 1993, p. 154), donde cada elemento es contenido en sí mismo y se pueden entender sin sus vínculos relacionales con otros seres. Sin

embargo, a lo largo del desarrollo de esta investigación hemos expuesto el rol activo de la naturaleza en los procesos de aprendizaje y con ello nos hemos acercado a autores que -independiente del concepto que usen- se centran en la relación del ambiente con la construcción de memoria, temporalidad y corporalidad. Es por ello y porque no conocemos la percepción de naturaleza -incluso si existe una o no- que tendrán las personas con las que trabajaremos, que por el momento no resulta problemático utilizar de manera indistinta los conceptos, dejando a la investigación misma su eventual dilucidación.

Fenomenología y cuerpo vivido

Cano (2015) propone que si investigamos la relación de las personas con su paisaje cotidiano tiene sentido adoptar una postura fenomenológica. Basa esta propuesta en que -debido a la familiaridad- las particularidades del entorno pueden pasar desapercibidas; sin embargo, la relación con el paisaje cotidiano se encarna en la actividad diaria y de esta manera el cuerpo expresa tanto su memoria individual como una social.

La fenomenología pone la experiencia como la base del existir y en términos de aprendizaje ayuda a comprender por qué hablamos de un aprendizaje siempre inacabado o con posibilidad de resignificación. La definición cartesiana de cuerpo es pre-objetiva, en términos de que el cuerpo se entiende como esta unidad hecha para conocer el entorno. Ante esta concepción, Merleau-Ponty propone la idea de “cuerpo-vivido” como una “unidad de pensamiento-en-acto” (DaSilva, 2010, p. 110), es decir que en la lectura de lo sensorial vemos retratada una continuidad temporal, que contempla las experiencias pasadas al mismo tiempo que la motricidad ofrece la espontaneidad de una experiencia continua (DaSilva, 2010).

Otra de las razones para adoptar una perspectiva fenomenológica es que a pesar de la centralidad de la experiencia multisensorial y en consecuencia, humana, Ingold (2018) siguiendo a Merleau-Ponty expone el concepto de “reversibilidad”, el cual continúa y reafirma el carácter interactivo de -y con- la naturaleza. La reversibilidad refiere a que la percepción descansa en el “ser percibido” por un otro, y esto que puede ser obvio en el contacto entre dos seres sintientes se desdibuja cuando nos referimos a otros elementos del mundo. Ingold (2018) propone que mientras los elementos no sintientes existen en un mundo de sintiencia nuestra percepción no puede sino verse influenciada por ellos:

El pintor ve los árboles; los árboles ven al pintor. Esto no es porque los árboles tengan ojos, explica el arqueólogo Christopher Tilley refiriéndose en su trabajo sobre fenomenología del paisaje, a lo que Merleau-Ponty dice sobre este punto. Es más bien “porque los árboles afectan y mueven al pintor, se convierten en parte de la pintura que sería imposible sin su presencia”⁵. (Ingold, 2018, p.126)

V. Metodología

Tipo de diseño

Para poder indagar en los aprendizajes significativos en torno a la naturaleza y en cómo las personas valoran, modifican o reinventan dicho conocimiento nos propusimos un estudio con enfoque cualitativo; pues permite la construcción de información desde las apreciaciones, sentires y percepciones de las personas con las que trabajamos, al mismo tiempo que acepta técnicas de producción de información menos estructuradas que resultan compatibles con la perspectiva teórica propuesta.

Se optó por una perspectiva fenomenológica, la cual, siguiendo a Hernández et al. (2014), nos permite elegir un fenómeno común a las y los participantes de la investigación -en este caso los procesos de aprendizaje en torno a la naturaleza-. De esta manera se construye un panorama general de la experiencia, para luego construir categorías de significado que permitan encontrar sincronías en los relatos, al mismo tiempo que admiten sus posibles divergencias. Esta perspectiva permitió poner atención a la experiencia cotidiana desde lo corporal al mismo tiempo que a los relatos construidos por cada persona, los cuales se impregnaron de las experiencias vividas según el sector que habitan, el oficio que trabajan, su género o los distintos hitos biográficos de sus vidas.

Técnicas de producción de información

Durante el desarrollo de esta investigación se trabajó con visitas etnográficas tanto en los hogares de los participantes como en espacios de comercialización de sus productos. En algunas instancias de visitas al hogar se generaron momentos de entrevistas semi-estructuradas. La principal herramienta de registro fueron los cuadernos de campo, en los cuales se tomaron notas específicas para una vez concluida la visita profundizar en el contenido conversado.

Se trabajó en profundidad con 6 personas cuya caracterización se presenta más adelante. En los casos de Benedina, Antonio y Claudia las primeras conversaciones largas ocurrieron en sus hogares, ya que se establecieron contactos previos con aquellas personas a través de contactos familiares. En aquellos casos el trabajo de campo se realizó más rápidamente ya que al compartir directamente en sus hogares existía una base de información contextual, como el sector dónde viven y el entorno en el cual practican sus oficios. En aquellos casos se hizo 4 visitas, con Claudia y Antonio sólo se grabó una entrevista en la última visita y con Benedina se grabaron dos entrevistas en las últimas dos de las cuatro visitas. La dinámica fue distinta con Patricia, Leticia y Herman, con quienes se conversó y acompañó mayoritariamente en contextos de feria, lo que dificultó la posibilidad de grabación de audio. Esta condición impactó en la cantidad de visitas que se realizaron, ya que al ser contextos de mayor interrupción y menos privacidad hubo temáticas que fueron siendo abordadas de manera más pausada o directamente consultadas cuando sí hubo la oportunidad de visitar a estas personas en sus hogares. Patricia fue la primera persona con quien se estableció el contacto y coincidió ser con quien el trabajo de campo fue más largo, contando más de 25 visitas en su puesto. Con Leticia y Herman el trabajo de campo se desarrolló entre febrero del 2023 y mayo del 2023, con seis visitas a Leticia -una de las

cuales fue en su hogar- y con 7 visitas a Herman, 5 en la feria de Rahue en Osorno y dos en su hogar en el campo.

Independientemente de la cantidad de visitas y la locación de las mismas, las primeras conversaciones con las y los participantes de esta investigación se pensaron intentando seguir la propuesta de “no directividad” de Rosana Guber (2011). Para ella una de las características de la entrevista etnográfica -en este caso visita- es la “no directividad”, concepto que se entiende como una disposición de la investigadora al momento de entablar una conversación, la cual se relaciona con no encausar el diálogo hacia categorías o nociones previas. A pesar de que podría sonar como una pretensión de objetividad, la “no directividad” apunta hacia permitir que las personas construyan sus marcos de significación para que luego la investigadora verbalice sus preguntas o intenciones en términos que guarden sentido con la experiencia de aquellas personas (Guber, 2011). Aplicado a esta investigación lo que se hizo en las primeras visitas fue explicar los objetivos de la investigación a las y los participantes, comentar que sería un trabajo de varias sesiones de conversación, que podía ser necesaria la grabación de audio -bajo las condiciones que consideraran apropiadas- y que lo ideal sería poder acompañarles algún día en las labores de sus respectivos oficios. Acompañando esta presentación se plantearon preguntas generales, las cuales esperaban marcar temáticas de interés sin recibir respuestas tan directas. En esta línea se les pidió que comentaran qué tipo de oficios rurales practicaban, dónde vivían y desde cuándo habitaban allí.

Una vez que existía una idea general de los oficios que practicaba cada persona se fueron integrando preguntas más dirigidas sobre su trayectoria de vida, qué edades tenían cuando comenzaron a trabajar el campo, quiénes los guiaron en esos aprendizajes y qué momentos fueron significativos para su oficio. De manera similar, una vez que se identificaron los oficios que resultaban significativos para cada persona se comenzó a acompañar en ciertas labores. En esta tarea la guía era el concepto de “paseo etnográfico”, técnica utilizada tanto por Cristina Fontes (2019) como por Nuria Cano (2015). Las autoras utilizan la idea de “paseo” para explicar cómo los trayectos diarios de las personas son una oportunidad no sólo de activar los nudos en la memoria sino también de tener una experiencia multisensorial para él o la investigadora que pueda abrir nuevas preguntas. En el contexto de la investigación esto ayudó a ver qué elementos del recorrido les parecían relevantes para señalar y de qué manera se presentaba el entorno.

Una de las necesidades de la investigación era lograr situar los aprendizajes sobre la naturaleza en una trayectoria biográfica más amplia, lo que significaba no sólo trabajar con el oficio desde el presente, sino también desde el pasado. En este punto resultó importante retomar las palabras de Sosenki (2012) y asumir que tanto lo recordado como lo olvidado es relevante en el relato y que por lo tanto, no se puede pretender una “rigurosa cronología” sino “mosaicos de múltiples evocaciones” (p. 172). Siguiendo esta idea, a través de la conversación surgieron evocaciones del pasado, recuerdos de infancias, anécdotas de la crianza de las y los hijos, etcétera. Sin embargo, es sobre este punto en que fue necesario realizar preguntas más directas y pedirle a las personas que situaran ciertos hitos dentro de su trayectoria. Aquí la idea de “no directividad” presentada previamente operaba desde la apertura que se tuvo respecto a esos hitos, por ejemplo con una persona fue muy importante un proceso migratorio, mientras que para otra un proceso de enfermedad o para otra el nacimiento de su hijo e hija. No se registraron el mismo tipo de hitos con todos y

todas las participantes pero sí en todos los casos se reconocieron momentos significativos en sus biografías para sus aprendizajes.

En cuanto a la realización de entrevistas semi estructuradas estas ocurrieron a medida que fueron siendo necesarias. Se consideraba la realización de entrevistas cuando a través de las visitas ya se hubiese construido una relación de confianza, ya se tuviese un panorama general de los oficios y aprendizajes significativos, pero aún así faltara profundizar en ciertas temáticas. En aquellos casos se prepararon pautas de entrevistas semi estructuradas considerando los objetivos de investigación y las visitas previas. En los casos de Leticia y Herman se optó por no aplicar entrevistas semi estructuradas con grabación de audio porque se visitó una vez a las personas en su hogar y en ambas circunstancias se les acompañó en labores o hubo movilidad, la cual dio paso a conversaciones más libres y en ambos casos más referidas al paisaje con que nos encontrábamos. Ante esta circunstancia se decidió visitarlos las últimas veces en los lugares de comercialización de sus productos y allí preguntar por aquellas temáticas o elementos que hubiesen quedado sin concretar.

El registro del trabajo de campo se hizo en varias etapas, durante las visitas se tomaban notas de campo en un cuaderno, más que nada apuntando palabras claves, datos específicos o enunciaciones que las y los participantes hubiesen hecho que tuviesen importancia por la manera en la que se dijeron. Una vez concluida la visita, se grababan registros de audio con un celular, en aquellos audios se describen cómo fue la visita, qué temáticas se hablaron y qué elementos o situaciones llamaron la atención. De manera posterior, se transcribió el contenido de las grabaciones de audio, organizando de mejor manera el relato y sumando algunas percepciones propias de la investigadora, además de abrir preguntas para próximos encuentros.

Diseño muestral

Se trabajó en conjunto con seis personas adultas mayores, de las cuales cuatro son mujeres y dos varones. Las edades de las y los participantes fluctúan entre los 59 años y los 73 al momento de las entrevistas. Las cuatro mujeres estaban en el tramo desde los 59 a los 67 años y los dos varones tenían 72 y 73 años respectivamente. En cuanto a sus ocupaciones, de los seis participantes dos personas se identificaban de manera más cercana con el concepto de artesano, tres se dedicaban más a oficios relacionados a la huerta y una persona trabajaba comercializando productos secundarios asociados al mundo rural como muday, harina tostada, mermeladas y licores de fruta.

En cuanto a la edad se propuso trabajar con personas adultas mayores para lograr explorar sus aprendizajes desde una perspectiva de trayectoria de vida, comprendiendo también que sus vidas han estado íntimamente ligadas a las transformaciones del campo y los modos de producción agrarios de los últimos 40 años. Sin embargo, al contactar a estas personas por medio de espacios como ferias libres ocurre un sesgo de edad que guarda relación con las edades en que las personas también se retiran de estas formas de trabajo -lo cual no significa necesariamente que dejen sus labores-. En cuanto a la edad también cabe explicar la inclusión de una participante de 59 años, quien, si bien no es estrictamente adulta mayor, fue una de las personas con quienes más se conversó sobre los procesos de envejecimiento, los cuales en su caso guardan relación con el desarrollo de una enfermedad que ha afectado su movilidad.

La cantidad de personas con quienes se trabajó fue una decisión que se tomó a medida que se desarrollaba el trabajo de campo, que en casos de algunos participantes se extendió por alrededor de 4 meses. Considerando los tiempos acotados de la investigación y el notorio impacto que tuvo el clima invernal en la búsqueda de contactos para trabajar se decidió trabajar sólo con seis personas. Asumiendo que la inclusión de otras personas podría haber contribuido a sumar nuevas perspectivas a las temáticas tratadas, la situación guarda relación con la lentitud propia del trabajo en profundidad con cada persona.

En cuanto a la distinción entre agricultores y artesanos, si bien es algo que en un inicio se planteó como propuesta en el diseño muestral original, fue una clasificación que rápidamente perdió sentido en la práctica. Esto fue notorio sobre todo en el caso de las mujeres que trabajan la huerta ya que además de ser agricultoras realizan trabajos artesanales en lana o la producción de alimentos secundarios de sus propios cultivos.

Técnicas de análisis

Para realizar el análisis de la información se consideró la noción de Elsie Rockwell (2009) quien plantea que al hacer etnografía el análisis comienza al tiempo que se construye información, lo cual se hizo patente sobre todo al momento de registrar en los cuadernos de campo que se convirtieron en la herramienta principal de esta investigación. La temporalidad también fue un elemento relevante en la investigación ya que no se trabajó con todas las personas al mismo tiempo sino más bien en distintos momentos. Esto contribuyó a que las experiencias con las y los primeros participantes entregaran información contextual que facilitó el trabajo posterior. De la misma manera fueron notorias las diferencias estacionales -trabajar en invierno o verano- lo cual al igual que lo mencionado anteriormente refiere a los tiempos y a la manera en que las personas manejan ciertas condiciones cíclicas de sus oficios, recordando que se trabaja en:

un mundo en constante cambio, en el que seguramente se modificará aquello que pudimos captar en un momento dado. Recordar que nuestras versiones son provisionales significa respetar la capacidad que tienen los sujetos individuales y colectivos de transformar su mundo. Incluir una dimensión temporal en el estudio etnográfico de procesos sociales y culturales actuales también nos obliga a reconocer su naturaleza cambiante. (Rockwell, 2009, p. 75)

Siguiendo la lógica fenomenológica propuesta por Hernández-Sampieri, Fernández y Baptista (2014) se construyeron categorías de análisis, las cuales se comenzaron a esbozar durante la escritura de los cuadernos de campo y se armaron de manera más completa a través de la lectura del material completo. Este ya transcrito fue ingresado al software de análisis de datos Atlas.ti y una vez codificado se agruparon las temáticas encontradas en nueve grandes categorías. Las temáticas a su vez se asocian a los objetivos de la investigación y existen un par que corresponden a información más bien contextual o transversal a los objetivos.

Las categorías más contextuales o transversales son las de "Información General" que agrupa las citas que refieren a las edades, el sector que habitan, quiénes componen sus hogares, etc. En esta línea también se encuentra la categoría de "Transformaciones del mundo rural", la cual refiere a los cambios estructurales del mundo rural que las y los

participantes señalen y hayan vivido o les hayan afectado. Por último se generó una categoría de “Comentarios metodológicos” que apuntó a reunir aquellas apreciaciones sobre el trabajo de campo que surgieron a lo largo de la investigación. Las otras categorías de análisis se relacionaban de manera más directa con el contenido expuesto en los resultados de esta investigación y refieren a la “Descripción del oficio”, los “Recuerdos de Aprendizaje”, los “Hitos biográficos”, la “Transmisión de saberes”, la “Valoración de la Vida Rural” y la “Conexión con la Naturaleza”.

Consideraciones éticas

Considerando que esta investigación trabajó con experiencias, sentires y procesos subjetivos de la historia de vida de las personas fue necesario establecer un marco ético bajo el cual aproximarnos a la información. Esto involucró como principio básico que las personas que decidieron participar de esta investigación estuviesen en conocimiento de sus objetivos, lo que se esperaba de su participación y la posible duración del proceso. La conversación sobre aquello se planteó en los primeros encuentros largos con cada persona, allí también se explicó la figura del consentimiento informado, el cual fue firmado por las y los participantes en un segundo encuentro, luego de que se conversara sobre los límites de su participación.

Más que una exigencia de parte de las personas, se considera que el uso de un consentimiento informado -sobre todo en situaciones de grabación de audio- clarifica y recuerda a las personas que son colaboradoras en un proyecto y que como tales no estaban en la obligación de tocar temas que les incomodaran o abrieran espacios que no consideren apropiados. En esta línea, también se abrió la posibilidad de anonimato, el cual no interfiere en los propósitos de esta investigación, sin embargo, todas y todos los participantes expresaron su comodidad con el uso de sus nombres.

En cuanto a la devolución de esta investigación se intentó abordar esta necesidad desde distintos frentes. En primer lugar se mantuvo contacto -más o menos cercano dependiendo de la persona- con las y los participantes, a través de visitas posteriores en sus lugares de trabajo como ferias libres, en las cuales se conversaba sobre el estado de la investigación y las posibles fechas de término de la misma. En segundo lugar se intentó contribuir a los oficios de estas personas desde lo comercial, recomendando sus trabajos, visitando sus puestos en ferias, entregando elementos que necesitan en algunos casos como frascos para envasar licores o mermeladas, e incluso acompañando en procesos de postulación a fondos concursables para recibir apoyos a sus emprendimientos. Estas acciones se realizaron desde lugares conversados y acordados intentando no traspasar los límites de la comodidad de estas personas. Por último, actualmente se está trabajando en una autopublicación que contiene ilustraciones de distintas escenas y momentos de los oficios compartidos, la cual se espera entregar a las y los participantes una vez terminado este proceso. Este último punto se guía desde las palabras de Rockwell (2009), quien señala que parte del proceso etnográfico es:

elaborar un registro que sea público y no privado, no con el afán de eliminar la subjetividad a lo positivista, sino con la intención de colectivizar el proceso de construcción del conocimiento, de socializarlo con el uso de registros inteligibles para otras personas, incluyendo los habitantes de la localidad. (Rockwell, 2009, p. 50)

VI. Las personas

Los resultados de esta investigación presentados a continuación se construyeron en conjunto con artesanas, artesanos y agricultores de la provincia de Osorno. En total se realizaron visitas y sesiones de entrevista con seis personas: 4 mujeres y 2 varones, de las comunas de San Pablo, Río Negro y San Juan de la Costa. Antes de pasar directamente a los resultados se presenta una caracterización de las seis personas con las cuáles se trabajó, el sector rural que habitan, el o los oficios que practican y dónde y cómo se inició el contacto con cada uno(a). Resulta relevante esta presentación, pues permite contextualizar algunos de los procesos de transformación del mundo rural de los cuales han sido testigos, que a la vez son parte sustantiva de nuestro estudio.

Los encuentros: primeros contactos, visitas y locaciones

Patricia de 67 años fue la primera persona a la que entrevisté y con la cual mantuve un vínculo por más tiempo, en mayo del 2022 caminando por el centro de Osorno la vi vendiendo sus productos, supe que venía del campo porque tenía hongos y frutas de recolección: gurgales, changle, manzanas y membrillos. Me acerqué a hablarle y desde el comienzo se mostró muy abierta a la conversación; durante los meses siguientes -con algunas pausas- la visité alrededor de una vez a la semana en el puesto itinerante que armaba diariamente en calle Cochrane. En principio mi presencia estaba permeada por la distancia y con el tiempo ella y yo fuimos concediéndonos ciertas libertades y permisos; después de unos meses me dejaba a cargo de la venta mientras ella iba al baño, solía regalarme frutas, yo le compraba verduras y le llevaba frascos vacíos para sus mermeladas. Conocí a su esposo, talabartero, que pasaba todos los días a buscarla, le ayudaba a cargar el camión y así fue desarrollándose una relación de cercanía y me atrevería a decir, cariño.

A Antonio lo había visto en la feria Pedro Aguirre Cerda muchas veces, lo conocía como “caballero de los milcaos”, que se paraba siempre junto a “Postón” un hombre san pablino que vende papas. Con él el contacto se vio intercedido por familiares que lo conocían de San Pablo, fui a hablar con él a la feria después de que un familiar le comentara que yo iba a pasar y que esperaba poder conversar con él. Eso sin duda abrió las puertas de su hogar, nuestras conversaciones siempre se desarrollaron en su espacio cotidiano, haya sido en su mesa de la cocina o en su huerta, pero siempre en su espacio, allí conocí a Claudia también. Si bien el reconocimiento previo a través del contacto familiar ayudó, diría que con ambos se construyó una interacción amable y de confianza a través de la cual ambos compartieron recuerdos y vivencias que no sólo dejaban ver sus posturas morales frente a la vida, sino que también la importancia emocional que tenían.

Con Benedina ocurrió algo similar, me contacté con ella a través de mi madre quien la conocía como usuaria del CESFAM donde trabaja. Debido a eso diría que con Benedina llegué con menos información, sólo sabía que trabajaba con flores y tejido, pero nunca nos habíamos visto hasta que fui por primera vez a su hogar. Y si bien no diría que aquello impactó negativamente en el trabajo sí sentí el salto de confianza en la interacción que con otras personas tomó más tiempo trabajar.

Con Leticia y Herman creo que mi disposición general fue distinta. Les conocí durante el verano de 2023, durante el cual viajé por distintos pueblos -turísticos como no turísticos- conversando con artesanas, artesanos y feriantes durante festivales campesinos y ferias libres. Tuve la apertura de conversar con múltiples personas, incluyendo a quienes notoriamente -por edad sobre todo- no cumplían con los requisitos de la muestra de la investigación. En este contexto creo que me familiaricé con varios de los productos y oficios que solían trabajarse en esos espacios, además de que ya iba con la experiencia del trabajo de campo previo y por tanto con más confianza a la hora de preguntar e intentar establecer contactos. Tanto a Leticia como a Herman les conocí en ferias, a Leticia en Maicolpué, un domingo en la costa de la región de Los Lagos y a Herman en una feria costumbrista huilliche dentro de Osorno pero con fuerte influencia del mundo campesino e indígena costero de la provincia.

El fundo, la pequeña propiedad y la forestal

El mundo rural ha vivido grandes procesos de transformación las últimas décadas: la desagrarización, la parcelación de sectores rurales para el sector inmobiliario, la tercerización de la economía en desplazamiento de la producción agrícola, el avance de la industria forestal, la caída del sector lechero artesanal o a pequeña escala, etc. Y si bien todas las personas con las cuales se trabajó mantienen su pequeña propiedad y su oficio como ingreso principal, no son indiferentes a estos cambios y el camino a sus hogares era parte de ese reconocimiento.

Claudia, Antonio y Benedina viven en los sectores de Hueleco y Pufayo respectivamente, en la comuna de San Pablo y el traslado a sus hogares -a unos 10-15 kilómetros de Osorno hacia el norte- se ve acompañado por la presencia de la industria lechera y ganadera; grandes extensiones de pradera con ganado vacuno, acopios de leche, letreros de Colun en los costados de algunos cercos significando que entregan leche a la cooperativa y algunos otros letreros de venta de queso. En general las casas de dichos sectores se encontraban cada ciertos kilómetros, juntas, entre medio o en los límites de lo que parecían grandes fundos y se diferenciaban con sus cercos uniformes y praderas limpias.

Por otro lado, ir a casa de la señora Leticia era un viaje camino hacia a la costa, de aproximadamente 30 kilómetros al cruce que se desvía hacia su hogar. Saliendo de Osorno por la ruta costera u-40 hay barracas, poco ganado, y mensajes alusivos a convertirse en “zona de sacrificio”, el cruce a la casa de la señora Leticia está unos 7 kilómetros antes de Puaucho, justo antes de comenzar a subir y bajar los cerros llenos de eucalipto. Del cruce hacia adentro el paisaje cambia, se nota la presencia de pequeños propietarios, ganado menor, mucho guaye todavía y varias casas con distancias caminables entre sí, pero el cerro que se observa justo detrás acaba de ser talado y está a la espera de un nuevo crecimiento de monocultivo.

Algo intermedio se podría decir que es el caso de Quilacahuín, sector en la comuna de San Pablo donde vive don Herman y la familia de su esposa. Allí se ve la pequeña propiedad y el fundo, los más llamativos son los frutícolas, cereza y avellana europea parecen ser los más cercanos a su hogar. Aunque aquí cabe mencionar también que este no es el lugar donde Herman creció, pues nació en el sector de Carimallín, Río Bueno. Su infancia y juventud estuvieron marcadas por la movilidad rural junto a su padre que buscaba trabajo

por distintos fundos de la región, lo cual hace que no haya una identificación tan clara con un sector específico sino más bien con la idea del campo.

La señora Patricia en la comuna de Río Negro es la que vive más lejos de Osorno, con un viaje en bus de una hora y cuarenta minutos, en el que se pasa por varios pueblos y caseríos intermedios, en los cuales se ve una mezcla de todo lo anteriormente descrito. Cabe mencionar que a pesar de que ella viaja constantemente a Osorno para vender sus productos, es la persona de las que conocí que vive más alejada de un centro urbano o cuyo hogar tiene más difícil acceso.

Los hogares, las familias y cuidados

Patricia vive con su esposo Remigio en su campo en Riachuelo, se conocieron estudiando en Osorno cuando ella tenía 17 años. Tiene dos hijas y un hijo, a quien ven menos porque vive en Rancagua, todos son madres/padre, así que además la señora Patricia es abuela de varios nietos. Cuando se queda en Osorno dentro de la semana para vender sus productos en la ciudad duerme donde su hija en el sector de Rahue Alto. Sus hijas creen que ya está vieja para el ritmo de trabajo que lleva, lo cual se agudizó a finales de abril de 2023 ya que la señora Patricia tuvo un accidente en el cual se quebró el brazo cargando el camión. A día de hoy se ha ido recuperando bien, pero este incidente cambió considerablemente su rutina y quehacer nuevamente. Además de sus hijas, son importantes en su relato sus hermanas -quienes decidieron estudiar carreras técnicas y no trabajar el campo- y su abuela que vivía en Canchalarga y fue quien le enseñó varias tareas del mundo rural.

A día de hoy Claudia y Antonio viven con sus dos hijos, las primeras visitas siempre se referían a ellos como “el hijo” y “la hija”, lo que supuse era un trato de respeto. La hija tiene alrededor de 20 años y el hijo alrededor de 24. Ambos estudian en la Universidad de Los Lagos en Osorno. Antonio es el hermano del medio entre 12 y tuvo que asumir labores de cuidado y crianza desde pequeño porque su padre estaba enfermo. Claudia vivió con su madre y hermanos la primera infancia y cuando iba en sexto básico fue a vivir con su abuela y un tío. Cabe mencionar también que el terreno donde viven es la parte de Antonio del campo de sus padres, el cual se subdividió junto a sus hermanos, algunos han regresado en su vejez a vivir al sector.

Benedina vive con su marido en el campo que solía ser de la familia de su esposo, él trabaja con ganado vacuno. Tienen tres hijas mujeres, una de ellas vive en Finlandia, otra en Villarrica y la tercera en Frutillar. Su hija que vive en Finlandia es la mayor y tiene 3 hijos, la señora Benedina ha viajado dos veces a visitar a su hija y suele hablar de esos viajes con mucho cariño y fascinación por lograr haber ido sola durante el viaje. Habla con orgullo sobre lo independientes y libres que son sus tres hijas.

La señora Leticia -o Choly- vive en el mismo terreno que sus padres y su hermana. Ella es la menor de cuatro hermanos, un hermano y dos hermanas además de ella. Su padre tiene más de 90 años y requiere de cuidados de terceras personas dentro de la familia pero se mantiene bien de salud. Vive sola con su marido en su casa, él es un par de años mayor y juntos tienen un hijo de 26 años que estudió una carrera técnica en Osorno y que hace un par de años dejó el hogar. La señora Choly suele mencionar que no había trabajo para él en el campo y que la única opción era estudiar otra cosa.

Don Herman vive con su esposa y sus hijas, quienes trabajan junto a su madre -una a tiempo completo, otras de manera más ocasional- en el negocio de cocinerías, venden comida en ferias y distintos eventos campesino-huilliche. Se nota en el discurso que gracias a su matrimonio su vida se acercó a comunidades indígenas de la costa y que las dinámicas del hogar también se ven permeadas por dicha cultura. Don Herman es el segundo de siete hermanos, su padre murió cuando era adolescente y él tuvo que hacerse cargo de parte importante del trabajo y el cuidado de hermanos y hermanas menores.

Los oficios

Como mencioné previamente todas las personas con las cuales se trabajó habitan completa o parcialmente una pequeña propiedad en sectores rurales. Todos mantienen huerta, que va desde el autoconsumo como don Herman que cuida matas de zarzaparrilla y murta para las conservas familiares y hierbas para las pastas de ají que prepara su esposa, hasta la señora Patricia que mantiene 3 invernaderos con apoyo de trabajadores externos. Esto varía dependiendo del rol que tiene la chacarería en sus ingresos familiares.

Para Patricia lo principal es la huerta, sus invernaderos, sus papas y acelgas que mantiene afuera. De manera complementaria está la venta de huevos, la crianza de aves, la venta de hierbas medicinales, la preparación de alimentos: mermelada y harina tostada a la que destina los días lunes. De manera ocasional también el tejido, en lo que avanza mientras atiende su puesto y cuando tiene pedidos de boinas. De martes a viernes trabaja vendiendo sus productos en el centro de Osorno, sin permiso más que de dios -dicho en sus palabras- instala su puesto durante el día. Con Claudia y Antonio es similar, la huerta ha sido lo principal los últimos 15 años, antes de eso fue la lechería y a día de hoy también están en transición. La venta de milcaos es hoy su ingreso seguro, la venta de huevos, mermelada y tejidos -todas actividades más de Claudia- son complementarias. Ambos se turnan para asistir a ferias libres donde llevan sus productos, a veces sus hijo e hija también colaboran en esta tarea.

Con Benedina los oficios principales en términos de ingresos no son los más relevantes para esta investigación. Ella trabaja vendiendo peonías para la exportación, frambuesa en el verano y tejidos a telar en muestras de artesanos. Sin embargo -y en el análisis de resultados se profundizará- dichas labores no surgen de aprendizajes desde la tradición de un oficio sino desde instancias institucionales de capacitación rural. Lo que no quita la riqueza del aprendizaje pero sí limita el relato de aprendizaje a breves descripciones con poco involucramiento personal en dichos procesos. En cambio, con Benedina se trabajó más sobre el vivir en el campo y cómo su trayectoria personal generó un sentido de arraigo al espacio rural.

En el trabajo de campo junto a Leticia surgieron claras diferencias entre actividades u oficios que conocía y realizaba para el consumo familiar y otros para la venta. Tiene conocimientos sobre manejo de animales, desde la crianza hasta el faenamiento, además de la preparación de alimentos secundarios como prietas y la utilización de grasas animales para la cocina. Pero aquello es ocasional y en contextos familiares, para la venta se enfoca en la preparación de ajíes, mermeladas, muday, harina tostada y pan. Va dos días a la semana a

Puaicho para vender sus productos y los días lunes viaja a Osorno a trabajar como asesora del hogar.

Don Herman es probablemente la imagen de artesano más clásica. En su conjunto familiar se realizan múltiples actividades relacionadas al mundo rural; su esposa trabaja preparando pastas de ají, licores con aguardiente y comida tradicional en ferias costumbristas. Él también hace chicha junto a familiares y mantienen una huerta para la familia, sin embargo, su jornada está orientada hacia el trabajo en madera. Su trabajo en madera no sólo es su sustento principal, sino que además es el oficio por el cual es reconocido, y para él ha adquirido cierta valoración social en círculos tanto huilliche de la ciudad como entre otros creadores y artistas.

VII. Resultados

Para la continuidad de resultados se propone seguir la línea propuesta por los objetivos de la investigación; desde lo más descriptivo hacia lo más específico y/o reflexivo. Se comenzará con el contenido asociado al primer objetivo específico que refiere a la identificación y descripción de los oficios y aprendizajes significativos de las personas con las que se trabajó. Este capítulo espera mostrar la diversidad de oficios practicados por estas personas y las distintas valoraciones que existen respecto a ellos. Además de la importancia de los marcadores temporales en las descripciones de su quehacer. Ya sea desde su trayectoria de vida, la estacionalidad -que guarda estrecha relación con los ciclos de cultivo- y la rutina, que en varios casos es decisiva a la hora de entender qué labores son prioritarias y cuáles tienen un papel más ocasional en sus vidas.

El segundo objetivo específico entra de lleno a la idea de aprendizaje buscando describir cómo se aprendió aquello que se hace, cuándo y qué ocurría en las vidas de estas personas en ese momento. En este punto se trabaja sobre el recuerdo. La infancia y juventud son protagonistas de este segmento, muchos de los aprendizajes descritos -y sobre todo aquellos descritos desde la afectividad- rememoran aquellos procesos donde terceras personas, en especial familiares, acompañaron el descubrimiento y el asombro de aprender. Sumado a ello, en este capítulo también se presentan procesos de aprendizaje que vienen de instancias formativas formales, como la escuela o las capacitaciones posteriores, las cuales dependiendo de la persona adquieren más o menos relevancia.

El último objetivo específico responde a la identificación de ciertas transformaciones o resignificaciones del quehacer aprendido. Para ello se expondrá el material asociado a la transmisión de conocimientos; por ejemplo si consideran aquello que realizan parte de una tradición familiar o cultural, cómo ven el futuro de sus oficios y cómo reflexionan sobre ellos desde la vejez. En este punto también se hacen presentes ciertos hitos biográficos que puedan haber marcado su trayectoria laboral, los procesos de salud o enfermedad propios o de familiares que hayan requerido cuidados, la compatibilización del trabajo con la crianza, etc. Para cerrar los resultados se articularán dos secciones referentes a las percepciones y valoraciones de los seis participantes sobre la vida en el campo y los elementos asociados a los conceptos de naturaleza y territorio. Esto con la intención de referirse al objetivo general de la investigación, al mismo tiempo que se encausan las posteriores discusiones teóricas y reflexiones.

Los oficios: qué hacen y qué prefieren

Patricia y la huerta

Patricia trabaja en el cultivo, elaboración y/o manufactura de la mayoría de los productos que ofrece a la venta en su puesto itinerante. A un costado tiene cajas con plantas: del tipo hierbas como ruda, romero y tomillo, árboles como boldo o frutales como frutillas en verano. En el largo mesón ofrece cilantro, perejil, chalota, lechugas, espinacas y acelgas de su huerta, cebollas, ajos, a veces limones de reventa. Bolsitas de habas, de porotos, enteros y "picados para los flojos". Tomates cherry, frambuesa y murra cuando hace más calor, murta saliendo del verano. En el piso se disponen distintos tipos de papas: papas normales, papas cacho, papas alcachofa "o topinambur como le dicen ahora" dice Patricia. También se ven

zapallos, unos grandes que conserva durante varios meses entre paja seca, zanahorias, castañas dependiendo de la fecha, al igual que piñones. Cuando la conocí en mayo del 2022 también ofrecía changle, gargal y niscal. Las siempre presentes manzanas, limonas, cabeza de niño, punta de fierro y todas las que recolecte en su campo, dependiendo de la fecha también se ven membrillos.

Sobre la mesa también los ajíes; de ají verde y cacho de cabra ahumado por ella, pasta de ajo y mermeladas: de membrillo, de murra, de mosqueta, de ciruela, siempre varios frascos sobre el mantel rojo. Al lado siempre la harina tostada, unas docenas de huevos y un tarro de café vació con cucharas de palo, a veces bolsitas de cochayuyo y potes de miel. En verano también las botellas de chicha, que cada par de horas abre para que salga el gas pero que alguna vez también se le reventaron en el trayecto a casa. En otra caja de cartón en el piso tantas hierbas secas en bolsas individuales que parecía que no había ninguna repetida: boldo, manzanilla, ruda, menta, hierbabuena, matico, paico, melisa, laurel, chilco, cedrón, eucalipto, lavanda, palo negro y pata de vaca. Sobre las hierbas, unos pares de medias de lana, que van aumentando dependiendo cuánto teja la señora Patricia durante el día.

Todos los productos de la huerta son sembrados y cultivados en su hogar. En su campo cuenta con tres invernaderos en los cuales siembra los productos que son más delicados o aquellos que quiere mantener durante todo el año, como los tomates cherry que no sobrevivirían el invierno fuera del invernadero. Afuera planta papas, pepinos y verduras de hojas duras como acelgas, rabanitos o puerros. Para esta tarea cuenta con la ayuda de dos trabajadores externos, con quienes trabaja de manera conjunta algunos días y a quienes les deja instrucciones para los días que ella vende sus productos en Osorno. Sin embargo, se nota cuando hay un proceso importante en la huerta, ya que prioriza su presencia en el campo, por ejemplo en una visita de agosto de 2022 mencionó que a finales de mes se iba a ausentar uno o dos días de vender en Osorno porque tenía que plantar zapallos.

Dentro de los conocimientos que Patricia tiene sobre distintos oficios rurales hay algunos que descarta o que prefiere no realizar. Uno de ellos es el queso, aprendió a hacer queso de niña junto a su abuela, pero nunca le gustó, al ser consultada por ello me dijo que nunca quiso tener vacas y nunca en su vida adulta las tuvo. Al igual que otras participantes de esta investigación Patricia trabaja en paralelo tejiendo y tiene conocimientos sobre los procesos del tratamiento de la lana; sin embargo, es un oficio del cual decide restarse por motivos económicos y de eficiencia:

era mucho trabajo, había que esquila, lavar, limpiar, escarmenar, juntar en ovillo, hilar y torcer (que se refiere a cuando ya están hechas dos hebras se unen para formar la lana). En total por ejemplo, de una oveja eran más o menos tres kilos y medio de lana. Cuando estábamos hablando de esto yo le pregunté si vendía lana y me dijo que “no, porque la gente no paga lo que vale, quieren pagar 100 pesos” y le comenté que había visto a 18 mil pesos el kilo y me dijo, “barato po” me dijo que ella no vendía lana pero si alguien le preguntaba o insistía le decía que sí pero a 25 lucas el kilo, que ese era su precio. Ella ya no hace el proceso de hilado, nunca fue buena con el huso, lo hacía, pero nunca le gustó. A ella le gusta lavar la lana y escarmenar, después le pasaba a su mamá para que hilara. Y que ahora le pagaba a una chica para eso, que ella le cobraba 12.000 el kilo de hilado, y es rápida porque le tiene dos kilos al mes.

(Cuaderno de Campo, 11 de mayo de 2022)

En una línea similar, una de las visitas en tiempo de fruta de verano comentó que iba a realizar conservas el fin de semana, pregunté si eran para la venta y me respondió que la gente no las pagaba bien. Respecto al tejido cabe mencionar que si bien es una actividad constante y presente en el cotidiano, opera desde el paralelo a otras labores. Y al funcionar mucho desde la dinámica de los pedidos de chombas, boinas o medias de lana también se asocia más directamente con las ganancias económicas:

P: Por amor a la plata, tu hacís cosas bonitas, si yo tejo guantes, hago las boinas, si ahora armé un par de guantes y se me quedó el tejido en la casa. Me puse a pelar castañas mejor, por la sencilla razón que uno no puede estar sin hacer nada. Llego a las 10:30, 11:30, 12:30, una, dos, tres, cuatro, estoy seis horas aquí.

(Entrevista a Patricia, 17 de mayo de 2022)

Respecto a lo que es suyo y lo que no, siempre se hizo una distinción. Hay productos que otras personas le entregan como las cucharas de palo y el cochayuyo que intercambia o le pasa un familiar de la costa. La miel también es algo que ella no produce pero vende y lo mismo ocurre con frutas y verduras no propias de la zona como los limones o algunos tomates. Los hongos si bien son algo que reconoce como parte de sus conocimientos, ya que suele explicar cómo prepararlos y sabe recolectarlos, a día de hoy no recolecta, principalmente porque hay que subir mucho hacia la montaña por caminos no habilitados y ya no tiene el tiempo ni la energía para esa tarea. A pesar de su apertura a reconocer cuando ella no produce algo de lo que vende, sí hubo una defensa constante a lo que sí es de ella. Solía ocurrir que alguien le pregunte “¿y estas manzanas son de campo?” y que la señora Patricia respondiera con un dejo de ofensa “claro que sí, yo misma las coseché en mi casa en Riachuelo”.

Otra constante en su forma de relacionarse con las personas que compraban es que ella se preciaba en la calidad de sus productos. Una vez le comenté que compré habas en la feria y me habían salido duras, me dijo que era porque no estaban tomadas de ese día. Solía contar anécdotas de clientes que le contaban que le habían vendido harinilla en vez de harina tostada o a una señora que le tiñeron los huevos con azul para venderlos más caros. Un día:

se sentó en el tarro y comentamos sobre los precios de las plantas, me dijo que ella sabía que la gente encontraba caro 7 mil pesos por el romero grande -que debe medir un metro aproximadamente- pero que ella lo cuidaba hace meses y que la planta ya estaba hecha e hizo el comentario de que la gente estaba acostumbrada a comprar barato en la feria y que le vendieran un puro palo en la tierra que no tenía raíz.

(Cuaderno de Campo 4 de octubre de 2022)

En esta línea se nota su esfuerzo por entregar productos de calidad, lo cual también se involucra directamente con cómo se trabaja el oficio. Un día le pregunté por las semillas, si compraba, intercambiaba o tenía las suyas. Me contó que una vez recibió semillas de lechuga escarola a través de una capacitación de INDAP y fue un fracaso. Esto ocurrió hace años pero sigue recordando que varias personas le reclamaron por lo malas que salieron las lechugas. Y es relevante porque me dijo que desde entonces no compra semilla y cuando recibe es de personas de confianza; por ejemplo en una instancia institucional

también, se dio la oportunidad de intercambiar semillas con agricultores de Chiloé y así había obtenido las papas cacho, las cuales ahora eran un constante en su huerta.

Además de la calidad, se nota que disfruta de poder conversar y tener la dinámica de venta, ella reconoce su facilidad para esa parte del quehacer. Un día me comentó que su mamá le decía "si vos pintaras una piedra creo que la vendes". Y parte de ello también es la conversación y la entrega de saberes. Durante el tiempo de las castañas varias veces la vi mostrando cómo pelarlas o explicando cuánto tenían que estar en el horno para que no se quemaran. Lo mismo con el hacer mermelada y la textura que había que lograr. Con las hierbas medicinales también, no sólo se daba el tiempo de explicar cómo preparar ciertas infusiones como por ejemplo la pata de vaca para la diabetes, sino que también existía el reconocimiento de qué hierba servía para qué fin y había una preocupación en siempre tener disponibles aquellas para las dolencias recurrentes entre las personas que pasaban a comprarle.

Claudia y Antonio: Milcaos y las nostalgias huerteras

Claudia y Antonio realizan una diversidad de labores en su predio, entre ellas la huerta, la preparación de masa de milcaos que se vende por kilo en ferias libres, el cuidado de aves, el tejido y la preparación de alimentos secundarios como conservas y mermeladas frutales de árboles que también mantienen en su hogar. Cabe mencionar que sí hay tareas que corresponden más a uno que al otro. Cuando les conocí estaban pasando por un período de ajustes y acomodaciones debido al estado de salud de Claudia, quien vive con una enfermedad degenerativa en los huesos que le causa dolor y dificulta su movilidad.

La tarea que a día de hoy significa el ingreso principal del hogar y a la cual son destinadas más horas de trabajo a la semana es la producción de masa de milcaos. Esta tarea significa varias etapas del proceso: pelar las papas, cocer una parte, moler las crudas y las cocidas, mezclar y embolsar por kilo. Los días previos a la feria Claudia comienza a pelar papas, a veces con ayuda de una cuñada, a veces con su hija o hijo, a veces sola. Es una actividad que no le parece entretenida pero que puede hacer sentada por lo que no es problema respecto a sus dolores. Exceptuando este proceso, el resto de las labores parecen ser más responsabilidad de Antonio, quien explicó el proceso en una visita a su hogar en la cual recorrimos el espacio de trabajo:

El final del recorrido fue la construcción de lata que está al lado de la casa, ahí es donde Don Antonio tiene las máquinas para preparar los milcaos. A un costado están los sacos apilados, había como diez, el equivalente a una semana de producción. Pelan las papas adentro, de ahí las llevan en peroles de aluminio con agua. Afuera, lava de nuevo las papas y las comienza a rallar en un rallador eléctrico, una vez que la papa está rallada se va a la centrifuga, máquina de la cual tenían dos -en caso de que una fallara-. El rallador es de acero inoxidable al igual que los peroles a los que se traspasa la papa rallada y centrifugada. Se mezcla con la parte de papa cocida y al día siguiente, antes de irse a la feria envasan todos los kilos desde temprano, los sábados Antonio se despierta a las 4 de la mañana. En este espacio se habló mucho de mejoras, de posibles ajustes, mejores mesas, desagüe en el piso, la ventana y el techo, lo que me dio la sensación de que saben que este es el nuevo rubro en el que están dedicando más energía e inversión.

(Cuaderno de campo, 19 de octubre de 2022)

Esta tarea tiene importancia respecto a las variables ya mencionadas -ingresos y tiempo- y se proyecta como un rubro en el que se invertirá a futuro. Sin embargo, los procesos de aprendizaje narrados por Antonio y Claudia no se asocian a esta labor. Además de los milcaos, el rubro fuerte es la huerta y los invernaderos:

Lo que más plantan es lechuga, puerro, zanahoria, en invierno andan a puro puerro y zanahoria, pero en verano plantan frutillas, aunque han probado con distintas cosas. Un año hasta plantaron sandías, pero no fue muy rentable, usaban mucho espacio del invernadero y el precio no competía con las sandías del norte, pero a Claudia le gustó. Este año Claudia, quería hacer prender unas matas de calafate y de murta para hacer conservas o mermeladas, que también es uno de los ingresos secundarios de la casa.
(Cuaderno de Campo, 13 de septiembre de 2022)

Tal como se expresa en esa nota de campo “el gusto” o interés por las tareas es un elemento recurrente en el discurso, ambos hablan sobre que mantener aves es poco rentable a día de hoy, pero les gusta criar pollos, patos y gansos. Claudia expresaba su aprecio por la huerta y en este punto sobre todo se notaba el impacto de su enfermedad en la dinámica del trabajo familiar. Cuando me mostraron los invernaderos con coles que ya estaban listas para ser trasplantadas fuera, don Antonio comentó varias veces que ese año los invernaderos estaban muy distintos a otros porque había cambiado su ritmo de trabajo y ese espacio que solía ser más de Claudia ahora dependía más de él, al igual que las aves, a quienes Claudia solía cuidar. Parte de ello ha significado sumar a otras personas a las labores de huerta, como una vecina que compró el predio al lado de la casa de Claudia y Antonio y viene “del norte”. Claudia le ha enseñado cómo sembrar algunas cosas y comparten algunas tareas:

En la huerta completamente al exterior había habas -parte de las cuales compartían con la vecina llegada del norte -a quién Claudia también pensaba pedirle ayuda para limpiar alrededor de las frutillas-. Había varias corridas de frutillas -las que parecen ser un ingreso significativo del verano porque las siembran hace varios años ya-. En ese tema también se notaban los cambios en la dinámica de trabajo, porque había varias corridas con plantas viejas que tenían que limpiar pero que Claudia ya no podía hacerlo y a Antonio no le daba el tiempo. Me contaban que las frutillas tenían ciclos de más o menos de tres años y después de eso dejaban de producir.

(Cuaderno de Campo, 19 de octubre de 2022)

Otra acomodación que Claudia ha hecho debido a sus dolores y la imposibilidad de estar parada por ratos largos es el intentar hacer otras tareas sentada, como la poda de algunas plantas. Cuando recorrimos su terreno, a la derecha de la casa estaban las frutas: zarzaparrilla, mosqueta, frambuesa y una parra. Ella comenta que ha intentado salir, podar estas plantas y recolectar las frutas más bajas como la mosqueta y la frambuesa. Además de estas plantas existen un par de árboles de manzana, un ciruelo -que hace unos años ya no produce mucho- y varios cerezos. Las manzanas se recogen y se venden estacionalmente en la feria, las cerezas solían ser parte de los ingresos del verano, pero desde hace unos años está infectada.

El tejido aparece como una tarea relevante para Claudia en sus aprendizajes e identidad campesina. La primera vez que visité su hogar estaba hablando junto a ambos y se dio la siguiente situación:

Ella teje y Antonio comentó que lo hacía porque le gustaba tejer y trabajar la lana, más que por ser un ingreso fuerte para el hogar. Eso lo sentí con una cuota de paternalismo que Claudia rebatió de inmediato diciendo “ya, pero también aporta”. Me contó que a ella más que nada le encargaban tejidos a palillo como medias y chalecos. Allí se rieron un poco porque este año había hecho dos chombas para la venta y “alguien” -dijo mientras miraba a Don Antonio- se había quedado con ambas, entonces este año había vendido solo medias.
(Cuaderno de Campo, 13 de septiembre de 2022)

Claudia realiza todo el proceso de la lana, la recibe en crudo y ella lava, escarmena, hila, tuerce, trenza y tiñe, sabe hacerlo con pigmentos naturales y anilinas artificiales. Comentó que la única parte del proceso en que pide ayuda es para colgarla en los cordeles o el cerco mientras se seca después de lavar y teñir. Se nota que esta tarea es una que se realiza en ratos “libres”. En una de las visitas llegué y Claudia estaba sola, estaba en el sillón frente a la televisión, hilando con huso mientras estaban las noticias de fondo. La primera parte de nuestra conversación se dio bajo esta dinámica, me iba explicando cómo se podía obtener lanas de distintos grosores y que dependía de su fin, por ejemplo ese día estaba saliendo gruesa porque era para una chomba.

Otra de las habilidades comentadas es la capacidad de don Antonio de encontrar agua, es decir con una varilla lograr reconocer dónde corre el agua de manera subterránea. Si bien esta habilidad es algo que reconoció en su adultez también abre un tema de conversación interesante a su alrededor, ya que ambos lo describieron como algo con lo que se nace, no se hace, es decir que no se puede aprender ni enseñar.

Ambos suelen trabajar en ferias libres y disfrutan haciéndolo. Antonio comenta que de joven trabajó un tiempo en una fábrica en la ciudad y parte del por qué no le gustaba era que siempre se veía a la misma gente, en cambio trabajando en feria parte de la entretención es conversar, “echar la talla” con otros feriantes, etc. Claudia comenta que esa fue otra de las tareas que cambiaron con el desarrollo de sus dolores y que durante mucho tiempo no fue a la feria, a día de hoy sí va a la feria de San Pablo. Le gusta el ambiente, dice que son solidarios, que se siente la confianza para dejar mirando el puesto a ratitos, se puede pedir ayuda para hacer cambio, pedir prestado para algún vuelto o compartir una comida.

Benedina: Las flores, el tejido y la huerta

Benedina distribuye su tiempo entre varias tareas que adquieren más o menos protagonismo en sus rutinas dependiendo de la fecha del año. Durante parte importante de su adultez trabajó en la huerta e invernaderos cosechando verduras para entregar en supermercados o escuelas. Nunca participó de ferias libres con las verduras, siempre trabajó con la modalidad de entregas grandes, lo cual determina un ritmo de trabajo que Benedina suele describir como agotador y que se vio motivado por la necesidad económica sobre todo mientras sus hijas estudiaban en la educación superior:

Sipo en la universidad, se gastaba hartito. Y ahí con las chicas en la universidad empecé con mis invernaderos. Nosotros, yo aquí fui una de las primeras que tuvo invernadero en esos años y empecé con uno, se me hizo chico, lo agrandé, empecé con otro y otro y así. Cada vez me iban faltando más hortalizas así que me iba ampliando más, haciendo más invernaderos. Sembraba al aire libre y bajo plástico. Y así estuve como quince años y de ahí me aburrí, ya no quise más guerra. Y de ahí fue que cambié el switch, a las lanas, y después

de a poco entré a las flores. Y ahora estoy con tres cosas po, emprendimientos, las flores, las frambuesas y las lanas.

(Entrevista a Benedina, 20 de diciembre de 2022)

Tal como ella relata, a día de hoy sus rubros principales son la plantación de peonías para exportación, la cosecha y venta de plantas de frambuesa y la manufactura de productos tejidos. Dentro de estos rubros se profundizó en dos: las flores y el tejido. Estos dos quehaceres difieren significativamente de otros descritos en esta investigación porque ambos se relacionan con instancias formativas institucionales, como cursos dictados por INDAP. El manejo de las flores era claramente muy técnico, la narración de ese oficio solía moverse en términos de los estándares requeridos para la exportación: cuándo cosechar, el uso de químicos para evitar plagas, hasta el largo de los tallos a la hora de cortarlos. En esta línea también era obvio el manejo que tenía sobre el cuidado y tratamiento de las flores:

Fuimos a la parte de atrás donde están las peonías y me iba contando por qué algunas estaban buenas o pasadas para cosechar. Como fuimos después de la cosecha de la tarde, habían varias pasadas que no se sacaban durante la cosecha del día porque ya no sirven para exportación. Por el contrario, habían muchas con el botón aún muy cerrado y me iba apuntando y diciendo “esta va a estar lista el miércoles” o “esa va a estar mañana” porque sabe cuáles son las que les falta aunque sea un día de diferencia. En el mismo lugar donde tenían las mesas de trabajo me mostró que tenía varias ya cortadas pero que no pasaron su última revisión.

(Cuaderno de Campo, 21 de noviembre de 2022)

Fue interesante ver cómo a pesar de este manejo después de diez años trabajando con flores, aún hay elementos de “no control” o azar. Como el no crecimiento de algunas de las plantas. Una sección de la plantación no estaba dando flores, ella creía que podía ser el suelo así que estaba marcando las plantas para re-localizarlas y ella asumía ese tipo de situaciones como algo inevitable en estos oficios. En esta misma línea fue interesante ver cómo había ciertas prácticas “no necesarias” o no requeridas por los agrónomos que le enseñaron a cultivar peonías o los estándares de exportación, pero que significaban decisiones personales. Por ejemplo, el uso de fertilizantes orgánicos en vez de químicos, la contratación únicamente de mujeres para la cosecha, y el trasplante de las peonías hace unos años, que no es mandatorio ya que pueden pasar 40 años en el mismo suelo.

El tejido es una actividad que desde su infancia y juventud vio realizar a su madre, pero que en sus palabras nunca le llamó la atención:

B: Sipo. Mi mamá antes tejía, tejía a crochet, a palillo pero yo nunca miraba lo que ella hacía y después con los años ella fue dejando eso y yo hice cursos y así fui haciendo mis cosas.

G: Claro son cosas que sabía que se hacían incluso en su casa pero usted no practicaba.

B: Nopo no lo sabía y nunca me llamó la atención tampoco, ni miraba lo que ella hacía, no me llamaba la atención.

(Entrevista a Benedina, 20 diciembre de 2022)

Al igual que con las flores, el tejido fue algo que aprendió en su adultez a través de cursos, y marca una diferencia también en torno a qué tipo de productos trabaja y quiénes son sus potenciales compradores. Si bien realiza procesos artesanales de hilado con uso, suele

comprar lana lista para ser trabajada. Comercializa sus productos en Puerto Varas durante el verano, donde espera vender telares y tejidos decorativos como pieceras y cojines a un público extranjero. En este tema es clara la valoración que otorga a las invitaciones que recibe para llevar sus productos a distintas ferias y el reconocimiento de la calidad de su trabajo. En mis visitas solíamos hablar en una construcción tipo taller, donde tenía guardados sus telares, sus trabajos ya realizados, las lanas disponibles, etcétera. En las paredes colgados varios letreros de su marca “kuyen”, nombre que sus hijas sugirieron pero que ella no estaba segura de su significado en mapudungun. A pesar de las diferencias entre esta manera de trabajo y las descritas por Claudia y Patricia en torno al tejido, existe una regularidad y es que el tejido es algo que se hace mientras “se descansa” o cuando hay tiempo libre de otras actividades. Benedina lo describe como algo que la relaja y es casi terapéutico, además de algo que se avanza esporádicamente dentro del día: “Y el tejido uno no lo deja porque todos los días tejo, porque a ratos po. Igual aunque esté en el jardín o en la huerta en la tarde me entro y agarro el tejido” (Entrevista Benedina, 20 diciembre 2022).

Por último, la huerta es otro oficio que reconoce haber visto en su madre cuando se mudaron al campo. A día de hoy, años desde de que dejó la venta de verduras, mantienen una huerta y frutales para consumo del hogar:

La huerta que tienen; ella la describe como “chiquitita”. Había un invernadero donde había lechugas y cilantro, afuera había habas, arvejas y porotos. Tenían varias matas de frutilla y frambuesa de las que vende una parte. Los árboles frutales me dijo que le daban lata porque a veces se perdía todo, ninguno tenía tiempo para cosecharlos. Me dijo “¿para qué tanta manzana? ¿qué voy a hacer con tanta manzana?” había una manzana limona, rica con la que a veces hacía mazamorra pero los últimos años había empezado a sacar menos, ¿para qué tanta? me decía. Las cerezas desde que se apolillaban habían dejado de sacarlas un poco porque se echaban a perder muy rápido. Los loros sacan las manzanas y se comen solo las pepas y dejan el regadero de manzana botado por ahí. Lo mismo pasaba con las ciruelas. Guindas había un árbol chiquito que aún no daba fruto.

(Cuaderno de campo, 21 de noviembre de 2022)

Benedina resaltó aspectos físicos del trabajo en la huerta que no surgieron en visitas con otros participantes, al menos nunca de manera tan explícita. Benedina comentó que el trabajo en la huerta “te agota po, te hace pedazos las manos, te salen callos, todo eso” (Benedina, 29 de diciembre 2022). A raíz de estas dificultades se habló sobre aquellas veces que el trabajo en el campo no resulta como uno espera y el cómo o en quiénes se puede apoyar para mejorar su quehacer:

G: En realidad no sé qué tanto pase, pero ¿el aprender de los vecinos?

B: Sí, si porque si uno no sabe algo, pregunta. O si ellos no saben algo, preguntan y así uno va mejorando su calidad al sembrar o hacer cosas po. Porque uno no nace sabiendo po, uno tiene que preguntar si no sabe algo po.

G: Claro me imagino, en la huerta a veces pasan cosas, verduras que se suben, semillas que no salen.

B: Que no germinan po, claro, y uno no sabe por qué a veces, no se explica por qué po. Lo mismo pasa con las aves po, yo cuando empecé no tenía idea, yo echaba los huevos no más po y ahí esperaba, esperaba hasta que salgan po.

G: ¿Cómo echaba los huevos?

B: A las gallinas se les ponían huevos, para que tengan pollitos claro. Y yo les ponía huevos no más no sabía qué cantidad y sabía más o menos sí cuando tenían que sacar. Así que ahí andaba vigilando, si todo después se va aprendiendo.
(Entrevista Benedina 29 de diciembre 2022)

Leticia: El disgusto por la cocina, el gusto por el campo

A la señora Leticia la conocí vendiendo en una feria en Maicolpué, ese día ofrecía pastas de ají ahumado, de ají verde y de ajo con distintos sabores: romero, albahaca, merken, orégano; además de licores a base de aguardiente con distintos frutos como enguindao, murtado, con frambuesa, zarzaparrilla e incluso chupones. Me contó que ella misma recolecta los frutos para sus licores, excepto por la murta, que este año no le había dado el tiempo de subir a la montaña. De igual manera en su huerta siembra las hierbas para sus pastas de ajo, excepto por el orégano que un día tuvo que comprar porque su marido -el encargado de los animales- dejó la reja de la huerta abierta y las ovejas se lo comieron.

Ella comercializa sus productos dos veces a la semana en la feria de Puaucho, la localidad central de la comuna de San Juan de la Costa. Allí además de lo ya mencionado vende pan, kuchen, queque o alguna otra cosa dulce, muday, mermeladas, papas, alguna verdura ocasional de su huerta -que por lo general es más de consumo familiar- además de un par de bebidas o jugos que lleva cuando encuentra una buena oferta en Osorno y compra varias unidades.

En la visita a su hogar la vi en el proceso de preparación del muday y cuando le pregunté por las proporciones entre azúcar y agua se río y me dijo que nunca lo había medido, le echaba al ojo y probaba el agua para saber si estaba lo suficientemente dulce o pasado. Comentó que podía hacerlo así porque el muday es algo que ha consumido toda su vida, desde la infancia y que en general la gente del campo sabe hacer. Hasta hace unos dos años solía plantar el trigo que usaba con su marido, pero la última vez que sembraron perdieron mucho porque no pudieron conseguir mano de obra a tiempo para cosechar.

Uno de los aprendizajes en los que se notaba su entusiasmo era el manejo de animales, comentaba con orgullo que ella sabe “manear”, “carnear” y faenar un animal. Además de trabajar ciertos alimentos secundarios a raíz de ello, como la fabricación de prietas:

comentó que su mamá preparaba prietas muy buenas, pero ella también. Le pregunté si era un proceso muy largo y me dijo que no tanto realmente pero sí; limpiar la tripa es lo que más demora, me dio una descripción de cómo era el proceso que involucra lavar, raspar y dejar en sal y vinagre un rato para que termine de salir todo lo necesario. Se notaba que era algo que le gustaba cocinar. Me dijo también que ella sabía cómo carnear, sabía “manear” y esquilar, a lo que yo le pregunté qué era manear. Me respondió que era el proceso de agarrarle las patas al cordero y amarrarlo para colgarlo.
(Cuaderno de Campo, 1 de febrero de 2023)

En las conversaciones con Leticia surgió varias veces su disgusto por las tareas del hogar como la cocina, en parte asociado a que trabajó durante años como “asesora del hogar” -ese fue el término utilizado por ella- para familias adineradas en Osorno. Una de las primeras veces que nos vimos me comentó que su marido era de una generación muy machista, que no entendía que ella llegaba cansada de trabajar y no quería volver a su casa

a hacer las labores que ya había estado realizando durante el día en casa de otros. Varias veces expresó su poco gusto por ciertas tareas como la cocina y el tejido:

A raíz de la conversación sobre los animales le pregunté si ella trabajaba en lana -considerando que sabía esquilarse-. Me dijo que nunca le había gustado, que nunca le había gustado lavar la loza, cocinar, la lana, y en eso siento que ella agrupó una serie de labores que se relacionan al espacio privado y a “lo femenino”. Me comentó algo en la línea de que eran trabajos de “adentro”, de gente ordenada, limpia y minuciosa. Se rió porque nunca le había gustado hacer el pan y ahora “aquí estoy vendiendo pan”. Me dijo que no le gustaba pero sabía hacerlo, sabía esquilarse, hilar y su hermana trabajaba más en artesanía.

(Cuaderno de Campo, 1 de febrero de 2023)

En contraste recalcó su gusto por tareas manuales como el uso de herramientas, la construcción o arreglo de su casa, el hacer cercos, etc. Parte de ese gusto está asociado a una sensación de autonomía que ella considera necesaria para la vida en el campo donde no siempre se puede contactar a alguien que arregle las cosas y hay que ingeniárselas.

Con la señora Leticia también aparece el elemento económico de manera fuerte en las decisiones y transiciones respecto a sus oficios. Dice que ahora trabaja en el tema de las pastas de ajo en parte porque puede hacerlo, pero en momentos de más necesidad ha retornado al trabajo en la ciudad como asesora del hogar, incluso con periodos puertas adentro. De igual manera junto a su esposo han trabajado de manera extraordinaria en la venta de leña: cortaban, acarreaban y vendían leña para un vecino mientras su hijo estaba estudiando en Osorno. Criticó la tala indiscriminada de guaye por parte de sus vecinos para vender leña, sobre todo porque son los vecinos con más hectáreas en el sector, pero lo único que trabajan es botar guaye, hasta que se acabe, cree ella. Esta crítica no está exenta de reflexión, la cual apunta a que sembrar no está siendo rentable a día de hoy.

Herman: la artesanía y los patrones

Don Herman se presenta como artesano en madera, talla piezas que en sus palabras recuperan la memoria indígena como figuras de hombres y mujeres mapuche, mujeres mapuche con un kupulwe a la espalda, objetos decorativos alusivos a la wenufoye, entre otros trabajos. Su relación con el trabajo en madera está inscrita en una serie de conocimientos más amplia sobre la vida rural, la cual también rememora a través de trabajos en hueso como utensilios para hilar en uso y piezas de cacho.

Vende sus trabajos en ferias artesanales, campesinas, huilliche sobre todo durante el verano; y al igual que Benedina le otorga importancia a los reconocimientos que ha recibido como artesano y se enorgullece de las invitaciones a exposiciones que le llegan. Suele vender viernes y sábado de manera presencial en la feria de Rahue en Osorno -espacio históricamente asociado a la ruralidad costera y a los productores que allí habitan-.

Entre sus piezas de madera también son recurrentes utensilios de cocina como morteros, cucharas y mates. Suele tener husos para hilar, juegos de ajedrez con figuras de hombres y mujeres mapuche, letreros para negocios o numeraciones talladas para casas. Además en su puesto de la feria de Rahue revende ollas y pailas de greda que le manda un colega artesano desde Pomaire, bombillas para el mate, gorros y llaveros con motivos mapuche, pequeños llaveros tallados por él y los productos de su esposa como ajíes, pastas de ajo, mermeladas y licores artesanales.

Sobre su proceso de creación le pregunté con qué herramientas trabajaba, me mostró un cuchillo cartonero que siempre lo acompaña, lo vi varias veces en la feria de Rahue y siempre andaba con él, para trabajar mientras atendía y no aburrirse, pero también para que la gente le creyera que él hacía sus trabajos. En su taller la dinámica cambiaba y había otro tipo de herramientas como hacha, machete y un combo de laurel que él mismo se había fabricado, también estaban las grandes piezas -diría troncos- de madera al bruto, los cuales corta y dimensiona para luego moverse entre ferias sólo con las pequeñas piezas de madera que les falta ser talladas. Trabaja con distintos tipos de madera, a veces la misma que la gente le lleva cuando hace pedidos, también madera que recolecta en el campo en Quilacahuin. Entre los tipos de madera que menciona están el ciruelillo -o notro-, arrayán, alerce, laurel, raulí y radial.

El reconocimiento de distintos tipos de madera es parte de los conocimientos expertos que conversamos más, el cómo aprendió a reconocer y cómo se comporta o para qué sirven distintas maderas. La primera vez que hablamos en una feria era porque tenía varias cucharas de palo en su puesto y riéndose con una tercera persona comentó que una señora una vez le llevó una cuchara y le dijo que la comida le quedaba picante, era porque le habían vendido una paleta de canelo. En esa línea también contó sobre su tiempo en Santiago y el dónde conseguir madera en ese entonces, pasó un tiempo en los ochenta comprando madera en demoliciones y barracas de Santa Rosa, donde le enseñó al vendedor la diferencia entre madera de avellano y raulí.

Su proceso de trabajo suele ser tallando con varias piezas a la vez. En el contexto de feria siempre tiene trabajos más o menos avanzados a través de los cuales suele explicar su manera de tallar cuando un cliente le pregunta. La segunda vez que lo visité en la feria de Rahue me explicó lo siguiente:

él siempre trabajaba donde estuviera. Me mostró unas cucharas pequeñas que estaban a medio terminar, son pequeñas, las vende a \$1000 pesos. Ya estaba hecha la forma pero faltaba lijar y dejar más finas. Me mostró también que tenía a medias unas figurillas de las que siempre hace, ya tenía listo al hombre, le faltaba la mujer. Me la mostró y estaban marcadas las líneas, como pequeños surcos, hechos con el cortacartón que siempre trae. Los surcos delineaban lo que iba a ser el pelo, le pregunté si siempre marcaba primero y después iba despuntando. Me explicó que dependía, porque habían sectores donde tenía más interiorizado el movimiento del cuchillo para el corte exacto pero otras partes donde prefería marcar primero. Me mostró que si la madera no está saliendo fácil no se hace el movimiento de apuñalar o serruchar de un lado a otro, porque eso pica la madera y podría quebrarse- lo que hace es ir sacando de a pequeñas capas, como lonjas de madera. Eso hace que vaya siendo un proceso lento y de a poco, pero el trabajo sale más preciso. A veces cuando la madera estaba más dura, le ponía cera de abeja al cuchillo, que también se puede hacer con sierras y serruchos, hace que la lámina pase más suave y no se trabe. Cuando la madera está muy dura, en vez de deslizarse y cortar, se picaba y podías terminar cortando los dedos. Algo similar describía con la madera muy blanda, que había que tener cuidado con cuánta fuerza aplicar.

(Cuaderno de Campo, 4 de marzo de 2023)

Este tipo de interacciones y su apertura a la hora de explicar su trabajo en estos contextos es parte de su quehacer en la feria. Don Herman me contaba que parte de su trabajo ahí, donde ya llevaba 9 años trabajando era conversar y muchas veces escuchar a quienes pasaban por su puesto. Estando con él ahí se notaba que muchas de las personas que pasaban lo conocían de años, me dijo que varios eran personas que conocía del campo.

Además, era palpable su emoción cuando las personas asociaban su trabajo a una tradición campesina. Varias veces hubo conversaciones sobre los morteros de madera, en las cuales una persona le decía “ah mi abuelita tenía uno de esos”. El objeto que más llevaba a esa conversación eran las cahuiscas:

Después don Herman levanta otro utensilio, un cacho de vaca cortado, es decir solo la punta, que tiene un corte diagonal y está lijado para tener un borde que pueda cortar. La pequeña herramienta era para comer manzana, se llama cahuisca -no estoy muy segura si el utensilio o la forma de comer-, los antiguos al comer manzana le sacaban toda la carne pero le dejaban la cáscara, a veces se usaba cuchara o algún otro implemento.

(Cuaderno de Campo, 4 de marzo de 2023)

El quehacer y la temporalidad

La rutina

Al describir sus oficios una de las maneras recurrentes para explicar qué hacen fue dar marcas temporales sobre sus días y de esta manera establecer una rutina. Esto ocurrió particularmente con quienes asisten de manera regular a ferias libres, es decir Herman, Claudia, Antonio, Leticia y Patricia que al menos uno o dos días a la semana se dirigen a estos lugares, lo que no solo significa el tiempo allí sino también la preparación previa.

Esto estuvo presente a la hora de planificar visitas a sus hogares, por ejemplo Claudia y Antonio me comentaron que preferían que fuera a su hogar martes o miércoles, ya que desde el jueves en adelante se dedican a la preparación de la masa de milcaos para las ferias del viernes, sábado, domingo y martes. Aproximadamente preparan entre 90 a 100 kilos de masa de milcaos semanalmente. Claudia va a vender a la feria que se hace viernes, domingo y martes en la plaza de armas de San Pablo, los días domingos y martes vende alrededor de 10 kilos de milcaos cada día, los viernes que suele haber más movimiento lleva 35 kilos. Por su parte don Antonio va los sábados a la feria Pedro Aguirre Cerda en Osorno y lleva alrededor de 45 kilos todas las semanas.

De manera similar, cuando coordinamos la visita a su hogar Leticia me dijo que el día ideal era jueves o viernes, porque los lunes trabaja como asesora del hogar en Osorno, los martes se prepara para la feria del miércoles, y los sábados también asiste a la feria en Puaucho. Por su parte la señora Patricia prefería visitas los lunes porque de martes a viernes vende en Osorno, sábados trabaja en conjunto con los trabajadores del campo y domingo lo dedicaba a actividades de la iglesia junto a su familia. Los lunes son el día destinado a las actividades de “adentro” como la preparación de mermeladas y conservas en la época de la fruta y la preparación de harina tostada durante todo el año.

Otro elemento que se repite es la levantada temprano, lo que coincide con procesos estacionales como la cosecha de las peonías para Beneditina, que tiene que cosechar las flores antes de que salga el sol y comiencen a abrirse; ya que una vez florecidas, las peonías no son aptas para la exportación. La preparación previa a la venta de productos también requiere comenzar temprano. Por ejemplo, Patricia los días que vende en Osorno se levanta alrededor de las 6 de la mañana a ordenar sus verduras, a atar los paquetes de espinaca, acelga, cilantro y perejil. Algo similar hace don Antonio los días de feria con el

envasado de los milcaos: a las 4:30 está comenzando a separar la masa en bolsas, termina a las 7:30 y sale a la feria.

Una tarea que ninguna de las mujeres participantes de la investigación situó a una hora o momento específico es el tejido. Patricia teje mientras vende sus productos, Claudia avanza entre medio de otras tareas y ni siquiera Benedina, para quien el tejido es uno de sus ingresos principales y significa una acomodación durante los meses de verano -porque viaja a vender a Puerto Varas-, menciona una rutina respecto al tejido como sí lo hace con otras tareas. Uno de los episodios más explicativos sobre el lugar y tiempo del tejido fue un día que visité a Claudia y Antonio y cuando llegué conversamos solas por casi una hora en la cual estuvo hilando:

Entré y nos sentamos en los sillones frente a la televisión, Claudia dejó la televisión en un canal de música y comenzó a hilar. Le pregunté qué tal su día y me dijo que recién se estaba sentando, que en la mañana había ido al Cesfam, a su hora con la kinesióloga, que luego había estado alimentando a los gatos, a los perros.

(Cuaderno de campo, 12 de octubre de 2022)

Describió la mañana como el comienzo de un día ajetreado para luego comentar que se estaba “sentando recién”, lo cual interpreté como un posible descanso o pausa dentro del día, que en su caso significaba hilar dos kilos de lana cruda.

Otra noción que surge respecto a la temporalidad tiene que ver con el ritmo de trabajo en el campo. Esto fue comentado con Claudia y Antonio, pero fue Benedina quien profundizó en la idea, sobre todo cuando se refiere a tareas que no estaban contempladas en la planificación del día:

B: Uno tiene que coordinarse, o sea yo me programo al menos, todos los días y a veces me programo ya para varios días. Para varias semanas, ¿qué es lo que tengo que hacer? Y entonces ahí uno se va programando y ahí va. Alcanzan los tiempos para lo que tengo que hacer. Y a veces igual me atraso porque no falta, cuánto es, los imprevistos.

G: Claro, las reuniones, las horas al médico, los animales y son cosas que tampoco pueden esperar.

B: Sipo, claro. De Repente ya, se rompió el cerco, salen los animales, hay que entrar a encerrarlos, correrlos o salta un animal para un vecino, le destruye su huerta y así po, todo eso hay que tener cuidado.

(Entrevista a Benedina, 29 de diciembre de 2022)

La estacionalidad

Durante el trabajo de campo surgen dos áreas en las cuales la planificación por estación o temporada se hace presente: en los ciclos de la huerta y en los períodos de feria. Con Leticia, Herman y Benedina, quienes asisten no sólo a ferias libres sino también a exposiciones de artesanía, ferias costumbristas o campesinas, es clara la influencia del verano. Benedina se traslada por dos meses a Puerto Varas y todos los días vende sus productos en una carpa de la costanera. Don Herman suele ir menos a la feria de Rahue -feria libre- porque suele estar viajando por otras localidades del sur exponiendo sus trabajos en lugares más turísticos que Osorno. Algo similar comenta Leticia quien dice que es clara la diferencia en el flujo de gente que pasa por la feria de Puaicho durante el verano y durante el invierno.

A raíz de aquello también existe un cambio en el ritmo de trabajo durante estas fechas, como la señora Benedina tejiendo varios telares o pieceras a la semana para llevar a exposiciones de artesanos o Leticia calculando cuándo empezar a macerar la fruta para que sus licores alcancen a estar listos para una feria. En una de nuestras conversaciones Leticia comentó que desde que vendía sus productos ya no salía de vacaciones, porque el verano era el momento en que se ganaba más dinero y en la dinámica de feria había encontrado una autonomía económica que necesitaba:

Le pregunté por las vacaciones y me dijo que desde que vendía sus productos no salía de vacaciones porque el verano era un buen momento para vender y asistir a ferias. Me dijo que estaba bien no más sí, porque antes de empezar con su emprendimiento le estaban dando crisis de pánico y lo que ella creía era depresión, por no estar haciendo nada y pasar mucho tiempo dentro de casa. También lo comentó en el sentido económico, ya que con la pandemia dejó de trabajar en Osorno y dejó de tener un ingreso propio. Comentó que su marido no era mañoso con la plata, pero aun así ella estaba acostumbrada a tener su propio dinero y no tenerlo le molestaba. Por eso decidía trabajar durante el verano, además se nota la diferencia en las ventas entre esta temporada y el invierno, contó que a veces durante el invierno iba a la feria y vendía una pura cosa, menos de 5 mil pesos, lo que no alcanza ni siquiera a costear el viaje desde su casa a Puaucho.

(Cuaderno de Campo, 1 de marzo de 2023)

En cuanto a la temporalidad invierno-verano y la cosecha se nota la emergencia de ciertos productos en cada época. Por ejemplo, la cosecha de fruta cobra relevancia en verano: la cereza, la frutilla, la frambuesa, la manzana y por consiguiente sus subproductos: licores, mermelada y conservas. Por otro lado, se vio cómo algunas verduras mantienen la economía familiar en invierno, allí se destacaron zanahorias, puerros, papas y zapallos, que coinciden en ser verduras que aguantan condiciones climáticas adversas en su crecimiento y que en su mayoría se pueden mantener por meses después de ser cosechadas.

Claudia y Antonio recalcaron la importancia de la siembra de zanahoria y puerro, que durante la pandemia además, era lo que podían vender a supermercados porque funciona por entregas grandes y no se echa a perder rápido. Patricia habló no sólo de la siembra del zapallo a finales de agosto y su cosecha en febrero sino también su cuidado; el cual puede prolongar su venta hasta el agosto siguiente si se mantiene en un lugar seco y oscuro entre paja. En el verano Claudia y Antonio se preocupan de sus árboles frutales, unos meses antes los podan para que no crezcan tan altos y sea fácil alcanzar la fruta, tienen distintos tipos de cereza y varios manzanos, sus ciruelos ya están terminando sus ciclos con fruta. Lo que más solían vender es cereza, pero los últimos años ha tenido mucho hongo y si no se cosecha el día justo, después ya tiene gusanos.

En general con todas las personas que se trabajó había marcadores de temporada según las cosechas que pautaron una u otra actividad. En una conversación la señora Patricia me comentó que una chica le había pedido que le enseñara a hacer mermelada alrededor de abril del 2022:

La chica le preguntó medio tarde para aprender porque la fruta para mermelada ya se está acabando pero que este fin de semana por lo menos le iba a enseñar a hacer mermelada de

membrillo y manzana, que la de mosqueta ya la estaba terminando así que ya fue muy tarde para enseñarle.

(Cuaderno de Campo, 4 de mayo de 2022)

Este tipo de nociones también aparecían respecto a sus propios itinerarios y planificaciones, Patricia varias veces me dijo que este o aquel fin de semana iba a plantar algo para estar cosechando en “julio-agosto” o “para navidad”. Junto a este comentario de la planificación solía sumarse una crítica de cómo algunas personas -sobre todo quienes encontraban caros sus productos- pensaban que las cosechas eran mucho más rápidas de lo que realmente son.

Trayectoria de vida

Los aprendizajes de cada persona se enmarcan en una trayectoria vital que dotan de significado ciertos procesos, haciendo que las personas mantengan o dejen un oficio, llevándolos a tener que aprender nuevas habilidades o nuevas maneras de trabajar según el contexto familiar, de salud o económico. Siguiendo esta línea resulta interesante la observación de ciertos hitos que marcaron las trayectorias rurales de las personas con las que se trabajó, ya que nos acercan a un entendimiento más profundo de sus vidas a la vez que sus valoraciones sobre habitar la ruralidad.

Procesos de Salud-Enfermedad

Con Claudia se profundizó en su proceso de enfermedad y los dolores que trae. No sólo porque es relativamente reciente -menos de 5 años- sino también porque en conjunto con Antonio se han realizado acomodaciones para mantener la huerta y otras labores. Se hizo énfasis en que Antonio ahora tenía más cosas de las cuales hacerse cargo, porque -en palabras de Claudia- antes de tener una reducción en su movilidad, las aves y la huerta eran “su territorio”. Parece ser que la conocí en un momento de retomar ciertas actividades y espacios que solían ser de ella. Por ejemplo, desde que comenzaron los dolores y durante la pandemia su hija la cubría en la feria de San Pablo, pero en diciembre del 2021 -casi un año antes de conocerla- Claudia había retomado sus idas a la feria. Su presencia a veces dependía de qué tan fuertes estuviesen siendo los dolores el día previo, pero ya llevaba varios meses asistiendo y pudiendo desarrollar esa labor.

De todos modos, era notorio cómo el discurso se movía entre “antes” y “ahora”. El día que recorrimos la huerta e invernaderos caminamos los tres por el predio. Claudia iba con muletas y avanzando lento, a veces don Antonio aceleraba el paso y esperaba un momento mientras miraba a Claudia hacia atrás. Durante esa caminata en la cual nos detuvimos varias veces frente a árboles o las frutillas, era recurrente la idea de que el campo estaba más descuidado de lo que habría estado otros años “antes de”:

Hicieron énfasis en que a esta fecha normalmente ya tendrían todo plantado pero este año la enfermedad de Claudia había estado particularmente dura y había retrasado el trabajo. Si estuviese todo plantado, estarían cosechando mucho en diciembre, así que las próximas dos semanas iban a ser de mucha actividad entre limpiar el invernadero, trasplantar las coles y sembrar. Estos comentarios se hacían con un dejo de pena, añoranza y diría también algo de culpa o vergüenza de mostrarme el campo en su estado actual mientras hablaban de cómo hubiese sido o cómo solía ser años atrás.

(Cuaderno de Campo, 19 de octubre de 2022)

A pesar de este discurso, Claudia declaró sus intenciones de ir retomando ciertas tareas. Entre esas estaba el cuidado de las aves, que fue uno de los lugares donde salieron los primeros comentarios respecto a su enfermedad y el uso de muletas. En la primera visita, Claudia me explica que le gusta estar afuera, que su trabajo preferido no es la lana, porque prefiere estar afuera, pero con su enfermedad suele caerse. Y uno de los lugares que menciona es el gallinero, entre risas comentó que allí sí que había quedado “toda cochina”. En la última visita, le comentó a Antonio que las próximas semanas que va a estar mejor el clima le gustaría hacerse cargo de alimentar y dar agua a las aves. En cuanto a la huerta, cuando se habla de sus tareas allí, responde:

C: Sí, es el lugar indicado, donde yo fui y me sigo viendo en la huerta. Toda la vida en la huerta y ahora que disminuí por mis enfermedades, me sigo viendo en la huerta, incluso a futuro. Todavía me sigo viendo ahí, haciendo cosas.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

La posesión de tierras y desplazamientos forzosos

Una de las condiciones que parece afectar la trayectoria -sobre todo laboral- de los participantes es la tenencia o no de tierras, siendo los cambios en la posesión de la misma un factor decisivo en la movilidad. Leticia y Herman crecieron en familias campesinas sin tierras propias. La familia de Leticia solía arrendar a un vecino que tenía 30 hectáreas, para poder cultivar y cuidar animales, ya que junto a su familia nuclear vivían en un predio pequeño. Durante su juventud, sus padres trabajaron en ocupaciones rurales pero que no ocurren necesariamente en contextos de pequeña propiedad como la venta de leña. Herman se movió entre distintos sectores junto a su familia ya que su padre trabajó como inquilino en distintos fundos de la región. De esta manera vivió cerca de Puerto Octay, en Playa Maitén a orillas del lago Llanquihue y en Pelleco, donde a los 15 años murió su padre y él se hizo cargo del trabajo en ese fundo hasta varios años después.

Las otras personas también tuvieron desplazamientos, pero con menos variaciones en la infancia que los descritos por Leticia y Herman. Patricia se crió en Riachuelo, cuando se casó con su esposo fue a vivir un tiempo con él y su familia hasta que juntos comenzaron a vivir en otro sector. Allí nunca les fue muy bien, Patricia relata que la tierra era mala, era una quebrada con mucha inclinación y rocas, los cultivos eran difíciles. Eventualmente logró comprar un terreno en Riachuelo, cerca de dónde se crió. Por su parte, Claudia y Antonio viven en el predio de la familia de Antonio. Cuando se casaron Claudia se mudó -previo a eso Claudia ya se había trasladado en su preadolescencia de la casa de su madre a casa de su abuela-; pero además de eso, el cambio más relevante en la posesión de tierras lo están viviendo hace unos cinco años, porque los hermanos y hermanas de don Antonio han regresado.

Antonio es el sexto de 12 hermanos. El terreno está dividido en partes iguales, pero durante décadas Antonio y Claudia manejaban 3 o 4 veces más terreno que el actual porque los hermanos lo habían cedido -de palabra, no legalmente-; sin embargo, y a medida que los hermanos de Antonio envejecieron, decidieron vender sus partes -así llegaron los vecinos “del norte” que viven al lado- o directamente volvieron de la ciudad para vivir sus años de jubilación en el campo. Esto modificó la dinámica de trabajo en tanto decidieron dejar

cultivos más extensivos como las papas o maíz y concentrarse en el trabajo dentro de los invernaderos.

Otros desplazamientos descritos tienen que ver con la migración campo ciudad, la cual está fuertemente relacionada con la dificultad de mantener económicamente un grupo familiar con las ganancias del campo. En el caso de Herman, esto se suma al disgusto e inconformidad de trabajar bajo un sistema de inquilinaje; quien comenta que para los años ochenta decidió irse a Santiago. Don Herman estuvo un par de años durante la década del ochenta en Santiago, trabajando de jornalero en la construcción. Trabajó hasta que la empresa quebró y despidieron a todos los trabajadores. Allí comenzó a vender sus trabajos en madera y en sus propias palabras “nunca más apatronao”, un tiempo después decidieron volver a Osorno porque él y su esposa extrañaban vivir en el sur. Leticia siempre trabajó en el campo con sus padres y por eso a diferencia de sus hermanos no la mandaron a trabajar tan joven a otro lugar. Sin embargo, alrededor de sus 16 años comenzó a trabajar puertas adentro para una familia en Osorno. Cuando lo contó hizo énfasis en el poco tiempo que tenía para ver a su familia, amigos o “tener una vida propia” ya que tenía un fin de semana libre cada 15 días y ni siquiera alcanzaba a ser un fin de semana completo porque el domingo en la noche tenía que estar de vuelta en la casa. Cuando se casó -a los 26 años- pudo volver al campo, a la huerta y a criar animales; sin embargo, varias veces durante su adultez volvió a trabajar puertas adentro durante 3 o 4 años cada vez que los ingresos del campo no eran suficientes.

Claudia y Antonio son testigos de otras acomodaciones forzosas en el campo de las últimas décadas, la más importante para ellos, el declive de la lechería artesanal. Antonio relata que a ellos les costó empezar a trabajar en chacarería, no sabían tanto y se equivocaban bastante, pero las cosas mejoraron alrededor de los setenta, cuando las lecheras empezaron a tener modelos cooperativos y compraban leches a pequeños productores como ellos. Desde entonces y hasta hace unos diez años, que Claudia marca como el último periodo en que recuerda tener vacas, la lechería fue una actividad principal del hogar y sobre todo para Antonio. Sin embargo, él relata como desde los años noventa en adelante el modelo productivo cambia drásticamente perjudicando a los microproductores como su familia:

Pero a medida que pasaban los años, las regulaciones y los requisitos para vender eran más, ya no se podía vender en tarro, cada productor tenía que tener disponible un acopio con condiciones para mantener la cadena en frío por varios días hasta que los camiones de lechería pasaran solo a retirar. De ahí en adelante la cantidad de gente que podía vender disminuyó, hasta que mataron el negocio para los microproductores y las grandes empresas como Nestlé y Soprole absorbieron las lecherías medianas -que compraban a pequeños productores- y desde ahí el negocio de la leche depende de fondos grandes, como Manuka.
(Cuaderno de Campo, 13 de septiembre de 2022)

Por último, cabe mencionar también el hito que significó para estas personas la pandemia, que en los casos de Patricia, Leticia, Claudia y Antonio modificó significativamente la manera en que se desarrollan laboralmente. En su infancia Patricia solía acompañar a su madre que vendía verduras, frutas y animales por encargo en Osorno, a medida que fue creciendo fue responsabilidad de Patricia viajar y entregar los pedidos. Ella solía trabajar en esta modalidad hasta la pandemia cuando en las oficinas y bancos en los que solía vender

ya no había trabajo presencial. Fue ante esta situación que por primera vez en su vida, el año 2020, comenzó a vender sus productos en la calle.

Para Leticia, Claudia y Antonio ocurrió que los cordones sanitarios impidieron su paso hacia Osorno. En el caso de Leticia significó que tuvo que dejar su trabajo como asesora de hogar y a raíz de ello volvió a trabajar en la huerta y en la preparación de pastas y licores que comenzó a vender en ferias en la costa. De hecho, la feria de la que participa miércoles y sábado se creó porque las personas que solían ir a vender sus productos a Osorno ya no podían llegar debido a un cordón sanitario entre las comunas de Osorno y San Juan de la Costa. Para Claudia y Antonio significó que no podían vender sus productos en Osorno los sábados y la feria de San Pablo bajó su regularidad durante los años 2020 y 2021; por lo que comenzaron a trabajar por pedidos a través de internet. En este proceso recibieron ayuda de sus hijos, particularmente de su hija que se encargaba de ofrecer los productos en grupos de facebook y agendar pedidos.

Los cuidados

Tres personas hablaron explícitamente del cuidado de hermanos menores: Patricia -la mayor de sus hermanos- y Herman y Antonio, que si bien no son los mayores sí tuvieron que hacerse cargo bajo la falta de una figura paterna -por enfermedad o muerte del padre-. Patricia dice que desde los diez años más o menos tenía que fijarse en sus hermanos pequeños, desde gestos como que no se caigan hasta enseñarles tareas de huerta o alistarlos para la escuela. Tuvo 10 hermanos y hermanas, su mamá se preocupaba de los más pequeños mientras ella se ocupaba de los que le seguían en edad.

Don Antonio era el hijo del medio, pero sus hermanos y hermanas mayores migraron a la ciudad -Osorno y Santiago principalmente- esperando encontrar mejores oportunidades laborales, él quedó a cargo del campo muy joven. Su papá siempre había estado enfermo, se quemó los pies de niño y no podía trabajar. Así que Antonio tuvo que encargarse de sus hermanos desde pequeño y en la última entrevista que tuvimos comentó que casi no tuvo infancia y que tuvo que crecer de golpe. Por otra parte, don Herman solía trabajar con su padre y sus hermanos en fundos; lo cual duró hasta que Herman tuvo 15 años, cuando su padre murió y él ante la pena de su madre y su único hermano mayor enfermo, se hizo cargo de trabajar para el patrón.

En cuanto al nacimiento de sus propios hijos, cabe aclarar que si bien todos los participantes son padres o madres, algunos relataron experiencias más detalladas como Patricia, Benedina, Claudia y Antonio. Para Benedina quien no nació en el campo y por tanto tuvo una infancia urbana fue un contraste criar a sus hijas en el campo, dice que ellas no notaron la diferencia porque el campo fue lo que conocieron, pero para ella no fue fácil. Habló del trabajo doméstico y cómo en el periodo en que sus hijas eran pequeñas no trabajó en nada más porque no le quedaba tiempo. Aquello fue alrededor de la década de los ochenta y aún no tenían luz eléctrica en su hogar:

B: ... yo empecé a trabajar las hortalizas cuando las chicas estaban en enseñanza media, antes no, porque me dediqué a estar con ellas, a criarlas bien qué se yo.

G: Y cómo fue eso, ¿criar en el campo?

B: Eso po, uno no tiene amigos no tiene nada, al menos yo aquí no tenía a nadie porque no conocía a nadie po, sola no más en mi entorno con mis chicas, después tenían amiguitas por ahí del colegio, venían a jugar acá y aquí me entretenía yo con ellas, que la comida, que el lavado de ropa. Y eso era de todos los días casi, entonces ya por ahí pasaba el día, el tiempo, si cuando uno tiene niños chicos no tiene tiempo ni de tejer, nada, a veces, no había tiempo para nada po. Ya venían del colegio, que tareas, que pruebas y ahí tenía que estar encima que estudien y así po, ayudándolas en todo y pasaba el día. Y antes tampoco había luz po, si pura vela.

B: Todavía las chicas con puras velas, porque después a los años después pusieron luz acá po, no existía la luz casi en los campos, pero después cuando las chicas estaban en enseñanza media teníamos luz.

G: Que me imagino que también hizo las cosas un poco más fáciles.

B: Sipo, de todas maneras. Ahí se aliviana harto todo porque después uno ya se acostaba más tarde, avanzaba más en hacer las cosas. Y ahí cuando estaban en enseñanza media igual me dediqué harto a ellas porque después ir a las reuniones en las tardes porque eso también cambiaba porque acá los campos todo en el día, después de 12 qué se yo o en la mañana po. Y en enseñanza media ya era en las tardes po y ahí ya tenía que entrar a quedarme a alojar en Osorno, cambiaba, empezó a cambiar la cosa.

(Entrevista Benedina 20 de diciembre de 2022)

Por otro lado, Patricia, Claudia y Antonio hablaron más de cómo acomodaron sus labores acompañados por sus hijos. Patricia contaba que cuando sus hijas e hijo eran pequeños se los llevaba a la huerta mientras ella trabajaba y los dejaba en un cajoncito de madera, lo que funcionó hasta que aprendieron a salir de ellos o se caían con cajoncito y todo. Claudia y Antonio contaban también que cuando su hijo era bebé solían ir los veranos a recoger cereza, porque era algo que se pagaba bien en ese entonces, y a él lo dejaban arropado con mantas en la parte trasera del vehículo -siempre con la puerta abierta precisó rápidamente Claudia- mientras ellos recogían fruta.

El envejecimiento

Uno de los hitos en la trayectoria de vida es el proceso de envejecimiento. Para quienes trabajan de manera independiente no existen momentos específicos como la jubilación para marcar la entrada a la vejez desde el punto de vista laboral. Cabe mencionar que se trabajó con 4 personas entre los 59 y 69 años y sólo dos entre los 70 y 79 años. Con Claudia y Antonio se conversó sobre la bajada del ritmo a medida que envejecían, si bien muchas veces estaba en directa relación con la enfermedad de Claudia, también se habló de que Antonio también estaba prefiriendo trabajar jornadas más cortas o darse un descanso más largo al medio día; lo hablaron en términos de “bajar las revoluciones”. En cuanto a Herman, un día estábamos hablando sobre su ritmo de trabajo y la conversación se movió en los siguientes términos:

Ahora que está entrando a la vejez ha tenido que dejar algunas cosas. Me dijo que ha dejado de trabajar con algunos clientes que le hacían pedidos grandes. No le pagaban tan bien porque eran pedidos casi al por mayor. Sentía que parte de eso era respetar su trabajo y ahora solo tomaba pedidos en los que le pagaran lo justo, ya no trabaja tan rápido pero eso no le preocupa ni asusta, él siente que está más lento pero no es un problema, ha comenzado a ser más selectivo con sus pedidos.

(Cuaderno de campo, 22 de abril de 2023)

Patricia comenta que ahora “se le atrofian los dedos” cuando teje mucho; sin embargo, uno de los últimos eventos relevantes respecto a los procesos de envejecimiento y el cambio en los ritmos de trabajo tiene que ver con que se quebró el brazo en mayo del 2023. Lo cual significó la intervención de parte de sus hijas quienes la instaron a que dejara de vender sus verduras en la calle. Benedina dice que ya bajó el ritmo cuando dejó de trabajar en grandes pedidos de verduras para supermercados hace unos diez años. Y al conversar sobre su envejecimiento simplemente me dijo que “a medida que me voy cansando más ahí dejaré, igual salgo, salgo harto, donde me invitan mis hijas allá voy” (Entrevista a Benedina, 20 de diciembre de 2022).

Recuerdos de Aprendizaje

Esta sección de los resultados apunta a describir cómo se aprendió aquello descrito en el capítulo anterior. Al conversar sobre ello los participantes recuerdan mayoritariamente eventos de su infancia y juventud. Algunos de aquellos recuerdos están teñidos por la nostalgia, el cariño a ciertos familiares, ciertas percepciones de género e incluso críticas a cómo fueron sus procesos de crianza.

Decisiones familiares sobre la trayectoria educativa

Los seis participantes de esta investigación crecieron en familias donde se trabaja el campo bajo distintos sistemas, que van desde la tenencia de la tierra, pasando por el arriendo, hasta el inquilinaje. De alguna u otra manera se comparten ciertas experiencias propias de la ruralidad; sin embargo, las expectativas familiares, las posibilidades de migrar o la necesidad de trabajar desde temprana edad indudablemente permean las trayectorias de aprendizaje de estas personas.

Benedina es la persona que al menos en su período de infancia y adolescencia -cuando llegó a vivir al campo- tenía más estabilidad económica y una familia que no necesitaba que ella trabajara. Eso se hizo patente cuando relata su llegada al campo y los intentos de su padre porque se adaptara:

ella llegó al campo cuando ya había terminado el liceo, a los 18 años. Tenía un hermano un año menor que ella y me contó que cuando recién llegaron al campo lloraban todo el tiempo porque no querían estar en el campo y esperaban siempre el fin de semana para irse a Osorno a carretear. Su papá intentaba de todo para que se acostumbraran, les hizo columpios grandes y me decía “nosotros ya éramos grandes, no nos interesaba, no queríamos vivir en el campo”.

(Cuaderno de campo, 21 noviembre de 2022)

Patricia relata cómo distintos miembros de su familia -sobre todo su madre y su abuela- le enseñaron a realizar tareas del campo. Lo cuenta de una manera en que queda claro que no era opcional aprender sobre estos oficios sino mandatorio. Dice que ella y sus hermanos y hermanas pequeñas tenían que aprender de todo, incluso aquellas cosas que no les gustaban tanto, como la preparación de queso que aprendió con su abuela. En cuanto a su futuro, Patricia estaba estudiando en Osorno cuando conoció a su esposo, quedó embarazada y se casaron. Sin embargo, varias veces ella comentó que sus hermanas

siguieron estudiando, sacaron sus carreras técnicas y a día de hoy estaban jubiladas. Me dijo que su familia también quería eso para ella, que siguiera estudiando pero a ella no le gustaba, prefería el campo.

Distinto es el caso de Herman y Antonio, quienes describen que en su adolescencia se hicieron cargo de sus hermanos menores y en sus relatos no existe otra posibilidad; es decir, cuando hablan sobre ello no parece ser una decisión sino una circunstancia. Por último, con Claudia y Leticia surge la idea de “no querer molestar” y el sentir que su familia ya había entregado lo que podía dar. Claudia relata que en sexto básico fue a vivir con su abuela y su tío, lo que mejoró su calidad de vida, pero eso significó un cambio de localidad y lejanía con su escuela:

Yo me ganaba la vida haciendo mantas antes, nunca me gustó trabajar de niña, porque fui hasta sexto básico no más po y llegué donde ella y había que ir a Río Bueno, yo no le iba a pedir “mamita mándeme a Río Bueno” si me estaban recibiendo po, o sea ahora lo pienso así, para mí llegar ahí ya era como te dijera, que me acogieran bien po. Entonces no podía pedir cosas, más de lo que me daban po. Entonces ahí nunca dije no a ninguna pega y lo que me mandaban a hacer lo hacía po, pero ya no era con gritos ni con garrotazos

(Entrevista Antonio y Claudia, 19 de octubre de 2022)

Esta sensación descrita por Claudia que da a entender que las circunstancias le impidieron continuar con su trayectoria en la escuela es similar a la de Leticia, quien relata cómo la falta de acceso a información de sus padres impactó en su trayectoria educacional:

Cuando terminó su octavo básico, su familia la envió a un internado en Puerto Octay. La anécdota comenzó con que la habían echado del internado, la señora Leticia se ríe y rápidamente aclaró que no fue por comportamiento o malas notas. El requisito del internado era tener 15 años cumplidos, pero ella recién iba a cumplir 14, la echaron cuando se dieron cuenta de la diferencia de edad. Yo le pregunté ¿por qué la habían inscrito antes?, a lo que me contestó que sus papás no sabían leer ni escribir, buscó las palabras adecuadas, pero me dijo que ella creía que no habían podido leer los requisitos y que “había mucha falta de información”. A raíz de esta situación ella volvió a su casa y dejó de estudiar. Empezó a trabajar con su papá en el campo de manera constante hasta que comenzó a trabajar puertas adentro en una casa en Osorno.

(Cuaderno de Campo, 1 de marzo de 2023)

¿Trabajo infantil?

Una de las temáticas constantes al estudiar infancia y ruralidad -sobre todo en pequeña propiedad- es la idea y etiqueta de trabajo infantil. Si bien aquí no se pretende emitir juicios sobre qué es y qué no es trabajo infantil, a continuación si se expondrán algunas reflexiones de las y los participantes de la investigación que refieren al concepto de trabajo y a las edades en que comenzaron a tener ciertas responsabilidades en el grupo familiar.

Las personas que hablan más abiertamente a este respecto son Leticia, Herman y Patricia. Claudia también lo hace pero se abordará en una de las secciones siguientes, porque más que la edad a la que trabajaba, reflexiona sobre las maneras en las que se dan las órdenes e instrucciones. Patricia dice estar desde los dos años en la huerta dando vueltas, pero entre los seis y los diez comenzó a tomar más responsabilidades. Relata que sus papás dejaban algunas tareas pensadas para ella y sus hermanos para después del colegio y a

medida que fueron creciendo y se fueron al internado a Osorno esa carga cambió. Aún les dejaban algunas tareas para cuando iban el fin de semana, pero se daba a entender que el tiempo en la escuela era inamovible. A pesar de ello, en una visita cuando le pregunté qué tipo de tareas realizaban la respuesta fue la siguiente:

yo le pregunté, “ah en ese tiempo tenían como 11 años y me imagino que hacían cosas distintas a lo que hacían a los 8 o a los 15 años, ¿qué tareas tenían en ese período?” y me contó que a esa edad ya acarreaban bueyes, que era una pega pesada, usó el concepto de que era un “trabajo de adultos”, pero que siempre tuvieron fuerza. Sobre los bueyes me contó que se llamaban Margarito y Clavel, me dijo que eran dóciles y los trataban casi como perritos, dijo que se daban con ellos, que era cosa de tratarlos con cariño no más.

(Cuaderno de Campo, 11 de mayo de 2022)

Uno de los aprendizajes importantes para Herman es el reconocimiento de distintos tipos de madera, cuando le pregunté dónde había aprendido me dijo que trabajando en fundos con su padre:

era algo que había aprendido más joven, trabajando junto a su papá. En los campos contrataban a un hombre y pagaban un sueldo, pero ojalá que tuviese y llevara varios de sus hijos para que trabajaran con él. Me dijo que se aprovechaban de tener gente que le hiciera pega gratis en el fundo. En esa dinámica él comenzó a trabajar con su padre, muchas veces para despejar predios para su posterior siembra ... Había que sacar murras, árboles, de todo, hacer leña también. Botaban de todo, yo le pregunté si botaban mucho guaye, me dijo que sí pero no sólo eso: guayes, canelo, todo lo nativo. Se acordaba de haber hecho hartas veces eso cuando chico y su papá le iba mostrando qué árboles eran y esas enseñanzas quedaron.

(Cuaderno de Campo, 25 de marzo de 2023)

Herman habla de “trabajo gratis” haciendo la diferenciación al referirse a trabajo que se realiza para terceras personas y por lo tanto debería ser asalariado. Discurso similar mantiene Leticia, que diferencia entre las labores de huerta o manejo de animales junto a su familia del trabajo puertas adentro que ella y su hermana asumieron a corta edad. Al igual que Patricia, menciona la escuela cuando se refiere a las labores que ella y sus hermanos tenían asignadas:

Cuando era chica, vivían en un sector llamado Los Guayes, vivían cerca de la escuela, entonces cuando llegaban en la tarde o durante los fines de semana, ella y sus hermanos tenían que apoyar con ciertas labores. Mencionó que dentro de la semana cuando llegaban tenían que ir a buscar agua y buscar, recolectar o cortar leña para rellenar el cajón y que quedara listo para el día siguiente. Dijo que desde pequeña le gustaba apoyar en estas tareas y que era mejor que sus hermanos para hacerlas, o al menos mostraba más interés. Una vez que se mudaron a otro sector las cosas cambiaron, porque vivían más lejos de la escuela y tenían que caminar una hora y media más o menos, limitando las tareas que podían hacer sobre todo los días de la semana.

(Cuaderno de Campo, 8 de febrero de 2023)

En contraste con esta narración donde se expone su interés por las tareas del campo, se habla de las decisiones de sus padres de enviar a su hermana a trabajar como asesora del hogar a Punta Arenas cuando tenía 15 años. Si bien es una situación excepcional, sí pone en perspectiva qué forma de trabajo Leticia crítica y cuáles son los límites de la misma:

Su hermana mayor nunca fue buena en los trabajos del campo, y desde más chica que ella incluso -como a los quince- su hermana comenzó a trabajar como asesora del hogar. Y la mandaron a trabajar a Punta Arenas, ella hacía la crítica de cómo sus padres dejaban que su hermana se fuera sola con una familia que no conocían a un lugar que tampoco conocían. No había certeza de cómo la iban a tratar, a ella le parece algo impensable a días de hoy. Su hermana lo pasó muy mal, en ese período ellos vivían en un lugar que no tenía luz eléctrica ni agua, ni siquiera podían enviarse cartas porque no tenían una dirección fija en Osorno. Estuvieron incomunicados gran parte de ese año y cuando volvió supieron que estuvo gran parte del tiempo enferma y con depresión.

(Cuaderno de Campo, 8 de febrero de 2023)

Trabajo de hombre, trabajo de niña

El trabajo no solo fue analizado desde la edad sino también desde las percepciones de género de los participantes. Patricia hizo referencia a las labores de cuidado y la distribución de género mientras que Benedina y Leticia profundizaron la reflexión sobre qué consideran “trabajo de hombre” y cómo lo valoran.

Patricia al ser consultada por quiénes le enseñaron las labores de la huerta y cuidado de animales contesta que su abuela le enseñó a su mamá y su mamá a ella, dando cuenta de cómo se inscriben estos oficios a nivel familiar. En otros momentos también menciona a su padre, sin embargo, dice que la mamá enseñaba más porque el papá salía más de casa, salía a “hacer estos trabajos de campo po, a arar la tierra porque hay que sembrar” (Entrevista Patricia, 11 de mayo de 2022). Esto concuerda con la idea de que el trabajo de cuidados recae más en las figuras femeninas, sobre la distribución de tareas en su infancia dice:

G: ¿Y ese hermano también tenía que cuidar a los otros o era más usted?

P: No, yo no más po, él jugaba. Los niñitos hombres juegan no más, la mamá nos hacía responsable a nosotras. A mí, a mí principalmente porque yo era la mayor
(Entrevista a Patricia, 17 de mayo de 2022)

Por su parte Leticia recuerda mucho el salir a trabajar junto a su padre a otros fundos, comenta incluso que pedía acompañarlo. Y relaciona esta experiencia con haber aprendido “trabajo de hombre” a la vez que explica su gusto por esas labores con la buena relación con su padre. A continuación se presentan dos episodios descritos en los cuadernos de campo en los cuales Leticia o terceras personas hablan del “trabajo de hombre” en distintas ocasiones:

Mientras conversábamos en un momento ella dijo que ella hacía “trabajo de hombre” también. Y yo le pregunté ¿qué creía que era trabajo de hombre? y si sus papás le habían enseñado cosas distintas a ella que a su hermano. Ahí me explicó que eran cinco hermanos, bueno, cuatro hermanos y una chica que su mamá acogió que era menor que el resto. De los cuatro hermanos, Leticia es la menor, pero me dijo que su hermano era “torpe” o como “leso”, “tan aweonao para cosas del campo”, en cambio ella siempre fue buena para esas tareas y siempre le gustaron.

(Cuaderno de Campo, 1 de marzo de 2023)

lo que realmente le gustaba era hacer cosas manuales, arreglar cosas, un cerco, las conexiones de agua, hacer un hoyo y la vecina chacarera le dijo “las cosas de hombre” y la señora Leticia dijo que sí, que creía que era porque esas son las cosas que aprendió

con su papá de chica. Contó que con los bueyes a ella no le gustaba guiar, le gusta timonear porque hay que tener fuerza, hay que dar la vuelta, sostener, ella no habló de trabajo de hombre directamente pero empezó a describir las actividades que más disfrutaba y la vecina las catalogó así.

(Cuaderno de Campo, 12 de abril de 2023)

Esta percepción resulta particularmente interesante cuando se tiene en cuenta la narración de Leticia sobre su madre, quien también incurrió en rubros poco comunes para las mujeres -más aún cuando ella era joven-. La describe como una mujer fuerte al mismo tiempo que resalta que su padre no tenía complicaciones con que desarrollara tareas “poco femeninas”, sobre todo porque él no era capaz de llevarlas a cabo:

En su juventud su mamá había trabajado cortando leña y vendiendo leña a medias, “a medio” decía. Lo que significaba que una persona que tenía bosque para talar se iba a medias con quién hacía la labor. Por ejemplo, su mamá cortaba los árboles y volteaba sola -eso lo dijo resaltando lo poco común que era que mujeres realizaran esa labor- para luego entregar la mitad de la leña al dueño del predio y la mitad para ella. Le pregunté qué se cortaba en ese tiempo y me dijo que ahí se hacía leña de puro nativo todavía. A pesar de que era un trabajo poco común para las mujeres, su mamá siempre lo hizo y nunca causó problemas en su hogar, su papá también sabía trabajar con leña, pero no podía trabajar con motosierras porque “le daba la corriente”.

(Cuaderno de Campo, 1 de febrero de 2023)

Benedina también en algún momento se refirió al hacer cosas “de hombre”, no tanto como una labor específica sino más bien desde la autonomía para arreglar posibles desperfectos de la casa:

B: Porque de alguna u otra manera si no tienes recursos, si no tienes locomoción pronto para ir a hacer algo a Osorno, comprar una pieza por ejemplo, de una llave, se corta una red de agua, uno tiene que entrar a aprender y saber instalar esa cosa po. Cortar el agua, ponerle todo lo que corresponde para arreglar, así que uno tiene que hacer a veces de hombre y mujer en el campo (risa). De todo un poco.

(Entrevista a Benedina, 29 de diciembre de 2022)

La idea de autonomía o capacidad de solucionar sola en estas situaciones se reitera con Benedina cuando habla orgullosa de lo libres que son sus hijas y de lo independientes que son en términos financieros. Leticia también profundizará en esta idea pero más relacionado al elegir la vida en el campo y asumir las dificultades que ello trae.

Aprender haciendo y lo que solo se hace

Parte del cómo se aprende tiene relación con qué tanto se participa del proceso y qué tan consciente es que se está aprendiendo algo nuevo. Benedina por ejemplo cuenta cómo su madre fue la primera persona que vio en la huerta de manera más constante, pero ella no se involucraba directamente. Incluso su madre, aunque tenía conocimientos, no realizaba los procesos de siembra y cosecha sola:

la primera vez que hablamos mencionó que su mamá le había enseñado de la huerta. Le pregunté sobre eso y me dijo que sí, que su mamá sabía pero habían otros trabajadores en el campo. Su papá tenía varias hectáreas entonces siempre había otros trabajadores en el campo y no existía la necesidad de que ellas estuviesen tan involucradas. Ella veía cómo se hacían las cosas, entonces algo entendía pero ella nunca había hecho cosas

hasta hartó después en su vida. Me dijo que su mamá sembraba, pero si eran papas, ella no aporcaba, a ella le preparaban la tierra y ella ponía las semillas o limpiaba, hacía las tareas “más livianas” de la huerta o de la siembra. Me dijo que después con sus suegros y con su marido aprendió más, me dijo que las primeras veces que sacaba papas se llenaba de callos y ampollas porque no sabía hacerlo, antes lo hacía todo con guantes y con el tiempo se había acostumbrado a usar las manos directo en la tierra. *(Cuaderno de Campo, 21 de noviembre de 2022)*

Resulta interesante que Benedina, siendo la única participante que no se crió en el campo resalta aspectos tan físicos del trabajo en la huerta como los callos o que uno de los recuerdos recurrentes en nuestras conversaciones sea la falta de luz eléctrica que la llevaba a tener que moverse con velas alrededor de la casa. Habilidad que no manejaba y que recuerda hacía que su ropa y el piso de su casa siempre estuviese manchado con cera de vela. En cuanto a la corporalidad, Leticia recuerda qué pequeña era en relación a los bueyes:

Me decía que cuando era chica lloraba para que su papá la llevara a trabajar con él, que su padre la llevaba incluso cuando trabajaba en un fundo ajeno. Me decía que eso comenzó cuando ella era muy pequeña, porque se acuerda de guiar bueyes y quedar a una altura más baja que la cabeza de los animales.

(Cuaderno de Campo, 1 de marzo de 2023)

En relación directa al cómo su padre le enseñaba, Leticia relató:

le pregunté cómo le enseñaba y me explicó que su papá un día decía “ya, mañana vamos a ir a hacer esto, esto y esto”, al día siguiente “íbamos po”. Y empezó a decir que son cosas “que uno sabe hacer y van quedando”, habló hartó del manejo de corderos en este tema, y usó de ejemplo el manear y matar. Me dijo “yo sé amarrar lazo, manear”, que hay cosas de práctica, me explicaba que si alguien no sabía amarrar un cordero para matarlo se notaba. Me explicó que se amarran tres patas, pero hay que saber qué pata dejar suelta para amarrar y que el cuello quedé del lado correcto para pinchar el cuchillo. Depende de qué mano usas para matar y usar el cuchillo.

(Cuaderno de Campo Leticia, 1 de marzo de 2023)

La idea de que hay cosas que “uno sabe hacer” se relaciona bastante con que se aprenden haciendo o se integran de manera no tan consciente, Leticia describe movimientos, más que una serie de acciones numerables, ella sabe cómo manejar un cordero. Algo similar ocurrió cuando la vi preparar muday y se río ante mi duda de las proporciones de agua y azúcar, porque es algo que no se mide, sólo se hace. Además es algo que se prepara en todas las casas, es un evento cotidiano o al menos recurrente. Reflexiones cercanas compartía Herman cuando dice que le costó ver su trabajo como artesanía y no algo utilitario solamente:

Me dijo que había aprendido muchas cosas en el campo cuando chico pero nunca las pensó como un oficio. Eran cosas ocasionales, para la casa y que todos hacían por sí mismos, por ejemplo los morteros. ¿Cada cuánto se necesita un mortero? es algo que se usa por muchos años. Se acordaba de una vez que el patrón los mandó a hacer algo parecido a un mortero pero para poner en las trancas de las entradas, un cubo de madera con un hoyo para poner el palo del cerco. Me dijo que en ese trabajo había aprendido a hacer hartas cosas.

(Cuaderno de Campo, 5 de febrero de 2023)

Las maneras: los afectos y los retos

Parte importante de las descripciones de aprendizaje en la infancia guarda relación con la forma en que las personas que enseñan -mayoritariamente adultos- se relacionan con quienes aprenden. Hay quienes vinculan los afectos hacia quien enseña con los recuerdos de su aprender, como Leticia. Mientras que otras personas reconocen violencia en las dinámicas de enseñanza. En el caso de Patricia esas reacciones “más severas” tienen que ver con lo estricta de su madre; mientras en el caso de Claudia se critica la manera en que fue criada y valora a quienes le enseñaron con más calma que sus primeros cuidadores.

Leticia en muchos de sus recuerdos de infancia habla de su padre, cuenta que desde pequeña lloraba para que su papá la llevara a trabajar con él. En sus relatos se describen episodios que ayudan también a formular una imagen de cariño y confianza en esta figura paterna. Un día en la feria de Puacho, conversando con Leticia y otras personas que venden sus productos ahí hablamos de culebras. En ese contexto Leticia cuenta que su papá hacía magia con ellas cuando niña y en su narración se nota el asombro y curiosidad que su padre era capaz de generar durante su infancia:

La señora Leticia contaba que su papá las manipulaba harto, que cuando eran pequeñas las tomaba y las metía dentro de una caja de fósforos en su bolsillo. Cuando las sacaba después en la tarde le mostraba siempre la caja vacía porque la culebra había desaparecido, las tomaba con las manos, dejaba que se enrollaran en su palma y las guardaba en la cajita. El vecino con cara de incredulidad le pregunta “y ¿cómo? ¿qué se hacían?”, para la señora Leticia era un misterio que quedó en la magia o inocencia de la infancia, al parecer no tenía una explicación ni le interesaba tenerla.

(Cuaderno de Campo, 12 de abril de 2023)

Con Claudia uno de los comentarios recurrentes en las visitas fue que ella no se sentía cómoda estando quieta, su hija le decía que descansara y a ella le era difícil dejar de hacer cosas. Estos comentarios tomaron perspectiva cuando contó cómo fue comenzar a vivir dónde su abuela a los doce años, quien “la ponía a trabajar porque decía que *“el ocio es del diablo”*. Ella le enseñó a hilar y tejer, todo el oficio de la lana” (Cuaderno de Campo Antonio y Claudia, 13 de septiembre de 2023).

Ella relata que las tareas de la huerta las aprendió en casa con su mamá, pero que no eran buenos tratos, su padrastro que era “flojo y borracho”, no ayudaba mucho en la huerta y ella prefería hacer cualquier tarea que le diera espacio para estar sola y tranquila, como ir a buscar leña. En cambio, sobre la convivencia con su abuela cuenta:

Sentí las palabras más cariñosas que antes, porque antes, el ambiente tranquilo, mi tío igual. Ahí me enseñó después a tejer todas cosas. Porque ella hacía cosas, cosía, tejía, se hacía sus cosas, sus blusas, se hacía todo po. Entonces me enseñó a hacer todo eso.

(Entrevista Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

Patricia habla de lo estricta que era su madre para enseñarles y es una cualidad que parece respetar, porque la imita al hablar de cómo ella enseña el trabajo en el campo: en principio a sus hermanos menores y actualmente a los trabajadores que la apoyan en el invernadero. En una entrevista le pregunté a Patricia si los aprendizajes de la huerta tenían una cuota de juego cuando su madre les enseñaba:

P: No, o sea siempre como jugarreta pero lo hacíamos, pero era bueno, porque eran cosas que uno aprendían y que nos enseñaban una vez no más po.

G: Una pura vez y después usted ya tenía que saber hacerlo.

P: Exactamente, si no aprendiste ahí eran los chancacazos, los churrazos.

G: Y cuando su mamá les enseñaba, era más mostrarles o como explicarles.

P: Nos explicaba haciendo la cosa, ella lo hacía y nosotros después teníamos que hacerlo igual.

G: ¿Y había un par de veces de prueba o al tiro no más?

P: No, tienen que aprender al tiro.

(Entrevista a Patricia, 17 de mayo de 2022)

La idea de la dureza o benevolencia con la que se enseña también surgió con Leticia respecto a las generaciones más jóvenes. Un día me estaba contando cómo ayudaba a asistir partos de vacas junto a su padre, ella recordaba uno particularmente difícil en que ella había tenido que sacar un ternero tirándolo desde un caballo. Durante esa narración se detiene y comenta que eso ahora no se haría, que sus sobrinos y sobrinos nietos no pueden ver sangre, sus madres se molestan si ella mata un animal frente a los niños. Esta perspectiva, independiente de los juicios morales que se puedan hacer desde el ahora, se inscribe en una serie de relatos sobre infancias rurales que asumieron roles de cuidado y trabajo desde temprana edad. En algunos casos, como el de Patricia, el cuidado de sus hermanos y hermanas menores significaba ayudar a prepararlos para ir al colegio, pero también enseñarles sobre la huerta lo que su mamá le enseñaba a ella:

“ayudarles a hacer sus tareas, las tareas de la escuela y ayudarlos por ejemplo en las mañanas a vestirlos pa irnos al colegio.”

“teníamos nosotros que darle comida a los chanchos, a las gallinas.”

“tenían que hacerme caso sino les pegaba sus palmetazos, así era po. No, yo les pegaba si no se portaban bien porque sino ¿cómo corriges po?”

(Entrevista a Patricia, 17 de mayo de 2022)

Para Antonio esto significó la sensación de pérdida de una etapa:

A: Sí, en San Pablo ellos iban al liceo en Osorno. Viajaban en buses. En el Eleuterio Ramirez estuvieron los hermanos, en el LERO que le llaman.

C: Las niñas estuvieron en allá por los Lagos por Huiscaji.

A: Por Temuco y de todos fui apoderado yo. Tenía que ir a dejarles ropa. O sea yo no tuve niñez casi, de niño a grande.

(Entrevista Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

Instancias Formativas Institucionales

La escuela

Si bien esta investigación no profundiza sobre la trayectoria educativa formal de los y las participantes, resulta interesante ver qué tipo de recuerdos mencionan sobre su paso por la escuela y qué tipo de conocimiento adquirido allí valoran. La escuela se menciona bastante en el apartado ya revisado sobre trabajo e infancia, ya que varias personas mencionan trabajar después de su jornada escolar o recuerdan cómo algún cambio en la escuela significó una disminución o aumento de tareas en el hogar. Sin embargo, cuando se habla de escuela directamente son dos las personas que hacen énfasis en la distancia recorrida y las condiciones de acceso.

Don Antonio iba a la escuela en San Pablo, lo que significa caminar varios kilómetros todos los días -alrededor de 5 kilómetros si se pasa directo a través de unas pampas-. Decía que solían ir juntos todos los niños del sector Hueleco; eran aproximadamente 30 niños caminando hacia San Pablo todos los días, recuerda como antes ese camino era pura huella. Leticia, contaba que cuando cursaba octavo básico estaba en un internado, que quedaba a 30 kilómetros de su casa, la pasaba a buscar un furgón:

A ella y a sus hermanos los pasaba a buscar un furgón, de esos “pan de molde”, todo “tarreado” que sonaba como que se iba a romper. Me contó que el camino al internado no era muy bueno, obviamente no estaba asfaltado y durante el invierno solía inundarse. Cuando eran chicos parte de la entretención del camino era que el bus se quedaba pegado en ciertos sectores y todos los niños debían bajarse a empujar, muchas veces con el agua hasta la cintura. No era un furgón tan grande y solían ir todos apretados arriba. Como era un internado la pasaban a buscar el domingo en la tarde y de ahí estaba allá durante toda la semana, cuando ya era un poco más grande intentaba quedarse en su casa lo más posible e irse el lunes por la mañana por sus propios medios.

(Cuaderno de Campo, 1 de marzo de 2023)

Además de estas experiencias y lo narrado cuando se expusieron las aspiraciones familiares y condiciones de posibilidad o imposibilidad de asistir a la escuela, los participantes no profundizaron en aprendizajes integrados en la escuela. La única participante que hizo comentarios directos al respecto fue Patricia, quien reiteradas veces comentó que estudiar no era lo suyo, que no le gustaba leer pero que siempre fue muy buena para las matemáticas y ello se notaba en su habilidad como vendedora:

La señora Patricia decía que para las matemáticas, siempre puros 7, rápida para sacar cálculos e hizo la referencia de que nosotros la veíamos ahí, rapidita para las cuentas, lo mismo en técnico manual, puros 7. Pero en lenguaje siempre puros 1, que la mandaban a leer “así tus libros” (moviendo las manos refiriéndose a libros grandes) y que a ella que no le gustaba leer, le cargaba, que no le gustaba eso de tener que explicar ella de nuevo de qué se trataba lo que había leído, que eso no era lo suyo.

(Cuaderno de Campo, 11 de mayo de 2022)

Las capacitaciones y certificados

Dentro de las conversaciones sobre los aspectos más técnicos de los oficios rurales, solían mencionarse instancias de capacitación o formación de la mano de INDAP u otras

instancias gubernamentales como la postulación a fondos concursables, gestión de proyectos, etc. En esta línea hay dos personas -Benedina y Antonio- que consideran de manera constante en su narración estas instancias; las sitúan dentro de los espacios en los cuales han aprendido y de los cuales esperan seguir aprendiendo. Otras participantes, Leticia y Patricia, son más reservadas a la hora de participar de estas instancias y aunque sí postulan a fondos estatales o asisten a algunas capacitaciones técnicas, no mantienen un discurso de valoración tan claro.

Benedina suele comentar que las flores y el tejido son algo que aprendió a través de INDAP. Esto resulta interesante porque el tejido es una actividad que su madre realizaba, que ella siempre vio, pero que no tuvo interés en aprender hasta que surge la posibilidad de participar de cursos de INDAP. Con la exportación de las peonías siempre estuvo allí el discurso de los requisitos, de cómo tenían que ir las flores, de cuándo había que iniciar tal proceso, además se comentó sobre la visita de expertos en suelo o ingenieros agrónomos que la asesoraban, visitas que ella también valoraba y esperaba. A raíz de las flores también surgieron las capacitaciones para rociar agroquímicos, lo cual -al igual que con don Antonio- venía siempre acompañado de un comentario sobre la seguridad o la salud:

Le pregunté cuánto tiempo había que dejar ventilar después del uso de químicos y me dijo que normalmente era como un día y volvió a reiterar que cuando ella fumiga o trabaja con agroquímicos lo hace con traje y mascarilla con filtro, que hay que hacerlo y salir rápido, que depende de la proveniencia del químico, que a veces son a base de algas y es menos complicado y alguien puede cosechar esa misma tarde pero otros hay que dejarlos por lo menos un día.

(Cuaderno de Campo, 30 de noviembre de 2022)

tuve que hacerme exámenes para ver si estaba apta para poder aplicar o no. Porque uno tiene que estar sana en cuanto al corazón, todo eso. Porque cualquiera no puede llegar y aplicar, bueno, cualquiera lo hace, pero no saben realmente las consecuencias que trae y uno si aplica tiene que ser protegido, no así no más. Guantes, mascarilla con filtro, una ropa especial, que es un traje desechable, todo eso po. Cuando uno aplica los químicos que son de fábrica. Y hay químicos y químicos po, hay algunos demasiado fuertes. Que uno con mejor razón tiene que protegerse.

(Cuaderno de Campo Benedina, 6 de noviembre de 2022)

Por su parte Antonio también varias veces mencionó el tener su carnet de fumigación. Cuando caminamos por el predio pasamos afuera de una caseta cerrada con candado donde don Antonio me dijo que guardaba los químicos, su traje y mochila para rociar, e hizo hincapié en lo importante que era dejarla bien cerrada. En ese mismo recorrido don Antonio hizo varias menciones a capacitaciones; me mostró un pequeño panel solar que obtuvieron a través de un fondo y que daba energía para su riego. Junto a la parra, me dijo que creía que INDAP ya debería comenzar a capacitarlos para cosechar uva ya que el clima estaba cambiando tan rápido que en unos años sería viable.

Un punto importante a considerar es que Antonio sitúa estas experiencias en su trayectoria laboral como algo importante. En la entrevista Claudia comenta que después de que murió su padre, la vida de Antonio fue dura varios años antes de lograr establecerse. Él dice que durante un periodo solo podía aprender un poco de lo que “otros” -vecinos- sabían. Declara

que en un momento INDAP comenzó a “ayudar a los pequeños”. Contó con cariño e impresión la siguiente anécdota en la cual un vecino del sector abogó por él:

A: Yo en una ocasión era un joven no más y fui a INDAP a consultar, qué ayuda podíamos recibir. Y ahí una persona que me conocía y vivía por aquí, no éramos amigos ni nada, sino que estaba ahí. Y le dijo al -yo quería plantear mi corporación a INDAP, mi necesidad de apoyo- y él no sé que le dio pero le dijo “este chico vive cerca de mi casa y es trabajador así que atiéndalo no más, al tiro pasé a ser usuario INDAP. Pero eso ya hace 50 años, ahí ya sacábamos crédito. “¿Y si no paga?” dijo el funcionario, “yo pago po” dijo, y nunca habíamos sido amigos, nada, así no más lo soltó. “Ah si usted se hace responsable, ya” al tiro firmé.

(Entrevista Antonio y Claudia, 19 de octubre de 2022)

Cuando visité a Leticia en su hogar la acompañé en auto a buscar a su hermana que estaba trabajando en una casa cercana, en el camino pasamos por varias hectáreas de eucalipto. Ese día ya habíamos tocado bastante el tema de la deforestación a raíz de sus vecinos que se dedican a botar nativo y vender leña. Le pregunté si por ahí hay pequeños propietarios que sembraran y cosecharan eucaliptus o en general eran forestales:

Me dijo que sí, que también había hartos privados que plantaba eucaliptus y tenían su par de hectáreas plantadas. Pero se apresuró en aclarar que la gente igual lo había hecho porque era lo que les recomendaron hacer en ese entonces. Agrocosta -lo que ahora entenderíamos por INDAP- les sugería cómo plantar, les pasaban las plantas, los materiales para hacer cercos. Para que la gente plantara eucaliptus por sí sola. Les decían que era rentable y en doce años iban a estar cosechando y ganando mucha plata.

(Cuaderno de Campo, 24 de marzo de 2023)

Me contó que mucha gente del sector plantó sin saber los efectos, su mamá incluida, ella sembró en los años noventa y recién estaban recuperando ese suelo, una parte la vendieron. En su narración se expresaba la duda sobre si estas personas expertas sabían el impacto de lo que ofrecían o genuinamente pensaban que sería bueno para ellos.

Turismo y cultura

Otro tipo de instancia que algunos participantes calificaron de aprendizaje o a través de la cual asumen una valoración de su oficio son las ferias y exposiciones artesanales. En este punto son Herman y Benedina quienes profundizan en ello. Cuando Herman habla de su trayectoria como artesano suele mencionar las oportunidades de viajar que ha tenido gracias a su oficio. Hace una conexión entre el ser artesano que trabaja motivo huilliche hace décadas y los lugares a los cuales tiene acceso. En una visita comentó que cree que existe un valor en que él haya comenzado a tallar figuras mapuches en dictadura. Varias veces durante el verano criticó algunas ferias porque había pocos productos artesanales y mucha reventa, en contraste con ello valora cuando es invitado a exposiciones a nivel nacional donde le pagan el transporte de sus trabajos, su pasaje y a veces hasta el alojamiento.

Benedina se mueve en términos similares, suele recalcar que va a ferias en las cuales se exige una calidad alta en los productos y aquí también existe la noción de las certificaciones. Una de sus hijas vende productos de cosmética natural y cuando habla de ella es recurrente que comente que sus productos cuentan con regulación sanitaria entregada por el MINSAL. En paralelo a ello cuando habla de las ferias a las que asiste

también suele recalcar lo lindo que es compartir con otros artesanos y poder verlos realizando sus trabajos.

Transmisión de saberes

Una de las maneras de comprender cómo valoran las personas sus aprendizajes y de qué manera se expresa esta valoración es saber si entienden estos saberes como parte de una tradición familiar o incluso cultural desde lo campesino. Esto no solo se expresa desde lo que aprendieron sino también desde lo que enseñan a otras personas, sus hermanos y hermanas pequeñas, sus hijos e hijas e incluso personas fuera del grupo familiar como vecinos, amistades o trabajadores del campo.

La generación pasada

En varias visitas Patricia habló de la abuela materna que le enseñó a hacer queso, siempre recalcó que es algo que a ella no le interesaba y que nunca practicó porque no tuvo vacas. Sin embargo, en una visita comentó entre risas que su abuela le había enseñado a ella y sus hermanos porque estaba vieja, iba a morir y necesitaba que alguien supiese lo que ella hacía. Lo interesante de ello es que en mi primera conversación con ella, cuando le pregunté si podía pasar otro día a conversar mientras ella trabajaba “me dijo que sí, que ningún problema, que a ella le interesa que la gente más joven conozca cómo es ese trabajo, porque ella ya está vieja.” (Cuaderno de Campo, 3 de mayo de 2022). Esta interacción invita a reflexionar en torno a la perspectiva que los oficios adquieren desde la vejez y cómo se relacionan con otras generaciones.

Patricia y Benedina comentan que sus padres esperaban que aprendieran sobre el campo, en el caso de Benedina para que ella y su hermano no ignoraran sobre las labores que ellos realizaban. Patricia cuenta que ella y todos sus hermanos tuvieron que aprender al menos lo básico y a día de hoy eso rindió porque todos, excepto sus dos hermanas que trabajaron en la ciudad, mantienen sus campos. Estaba presente la idea de que aprender el trabajo en el campo desde pequeños era para “ser alguien en la vida”:

P: No, es que mi mamá me enseñaba a mi y a mis dos hermanos que me seguían y después nosotros le enseñábamos al resto po, porque mi mamá se quedaba en casa con las guaguas po, pero nosotros éramos inteligentes sipo.

G: ¿Y les gustaba cuando eran chicos?

P: Era como un hobby, si uno aprendía era porque uno iba a ganar po, porque eso nos decían, mi papá siempre decía "si quieres, aprende y van a ser alguien en la vida, si no aprenden van a ser simplemente la nada

(Entrevista a Patricia, 17 de mayo de 2022)

Esta mirada que viene desde una motivación económica, contrasta con la respuesta de Leticia a una pregunta similar. Ella suele contar anécdotas del trabajo en el campo junto a su padre y madre, entonces en una de las últimas visitas le pregunté si creía que su trabajo también era parte de una tradición familiar, a lo que me respondió:

Me dijo que las cosas que ella hacía -la preparación de alimentos y la mantención de una huerta- eran cosas que ella vio desde chica, pero me dijo que ahora trabajaba en esto porque ahora podía, había podido dejar de trabajar puertas adentro en una casa en Osorno.

(Cuaderno de Campo, 12 de abril de 2023)

Esta perspectiva resulta interesante porque hay prácticas y saberes que ella reconoce como aprendizajes integrados junto a su familia. Pero no son prácticas asociadas al “trabajo” porque no se comercializan e incluso dentro de ellas existen distinciones entre lo que ella hace -y decidió integrar a sus labores- y el cómo hacen las cosas sus padres. Esto es visible sobre todo en la cocina y la preparación de alimentos secundarios como prietas:

Sobre los animales habló de que criaban aves; gansos, patos y pollos, además de ovejas, corderos y chanchos. Me dijo que sus papás eran de la gente que todavía se comía la cabeza entera del chanco y aún cocinaban con la misma manteca que salía de matar cerdos. Ella comentó que había cosas que ella ya no podía hacer o no le gustaba consumir como queso de cabeza. Lo que sí preparaba mucho y le quedaban buenas en sus palabras eran las prietas, comentó que su mamá preparaba prietas muy buenas pero ella también.
(Cuaderno de Campo, 1 de febrero de 2023)

Por último, don Herman ofrece una perspectiva desde la cual su trabajo en madera se inscribe en una tradición familiar más amplia, de la cual él no sabía. Me contó que uno de sus primeros pedidos fue para su abuela, a través de ello se enteró que su abuelo había trabajado en madera y resulta interesante porque al igual que don Herman, su abuelo no había aprendido específicamente a trabajar en madera, sino que su habilidad estaba contenida en un conjunto de saberes más amplios sobre la vida en el campo:

Cuando empezó a trabajar en madera, su abuela le preguntó si podía arreglar un plato. Estaba medio picado en algunas partes, teñido o manchado y había que lijarlo para volver al color original de la madera, era laurel. Lo terminó y se lo pasó a su abuela, le dijo que no lo soltara y ambos sostenían el plato frente a frente -me hizo tomar un plato de greda para entender la situación-. Su abuela le preguntó si sabía quién había hecho el plato, lo había hecho su marido, o sea su abuelo. Él lo había hecho y quería que Herman lo restaurara, que eso fuese de sus primeros trabajos y pudiese hacer la conexión con su abuelo. Don Herman me dijo que en ese momento él sintió algo, algo corporal ocurriendo a través del plato, porque sentía que se había conectado con su abuelo y el trabajo que él había hecho a través de la restauración de ese objeto. Él sintió que desde ahí le importaba mucho que todas las piezas tuviesen algo de lo que él es, que tengan identidad, que no solo sea algo que se hace por plata o hacer algo bonito.

(Cuaderno de Campo, 4 de marzo de 2023)

La generación futura

En general los participantes reconocen la falta de jóvenes en los sectores que habitan, Benedina dice que quedan pocos vecinos jóvenes; en general son mujeres adultas mayores las que viven cerca, harta viuda. Cuando visité a Leticia en su casa me decía que tiene vecinos que no trabajan su tierra, que tienen muchas hectáreas y solo botan leña, entonces le pregunté por los jóvenes del sector:

Comentó que quedaba poca gente joven, para los jóvenes de la edad de su hijo había pocas pegas que hacer allá y si no había capital inicial era difícil que ellos comenzaran a hacer algo como cultivar o criar animales incluso si tenían tierra. Quedaban un par de cabros que trabajaban en el negocio de la leña pero era eso, eran las pocas personas que se habían quedado.

(Cuaderno de Campo, 24 de marzo de 2023)

Esto lo comentó a raíz de su propio hijo decidiendo ir a estudiar a Osorno y sacar una carrera porque el campo y la siembra ya no son rentables. Algo similar se conversó con Claudia y Antonio respecto a sus hijos y el no interés o la no posibilidad de mantenerse del oficio chacarero:

en esos períodos su hijo -que era pequeño, tenía 8 o 9 años- la ayudaba en las tareas de lechería; en ese tiempo tenían aproximadas 12 vacas. Más tarde pregunté si en el sector la gente joven sabía realizar las tareas chacareras, a lo que me respondieron que sí sabían pero que los jóvenes habían ido evolucionando -palabra que Claudia utilizó-. Sus hijos tenían la intención de vivir en el campo porque ya estaban acostumbrados -e incluso se habían repartido la parcela- pero ya no iban a trabajar en el oficio chacarero, ahí Claudia dijo que creía que era porque siempre los habían visto trabajar mucho, sabiendo que el oficio no paga bien.

(Cuaderno de Campo, 12 de octubre de 2022)

La idea de que sus hijos “evolucionaron” es fuerte porque Claudia la relaciona directamente con cómo sus hijos perciben su trayectoria laboral y la de Antonio. Claudia suele hacer énfasis -de manera positiva y negativa- en la posibilidad de estar todo el día en la huerta y lo extensas que son las jornadas de trabajo en el campo. Dice que sus hijos le dicen que descansen, que trabaje menos y desde muy pequeños la han visto en ese ritmo:

Llegaban del colegio y yo venía corriendo a darles comida “¿cómo les fue en la escuela? ¿qué tienen que hacer? esta tarea, esto otro, ya tomen onces” les daba onces, los dejaba haciendo su tarea y me iba pa arriba. Entonces ellos dicen que mucho sacrificio trabajar en el campo y esa fue la motivación para estudiar y salir de no trabajar el campo después. Encontraron que fue mucho trabajo, para nosotros ha sido, por eso ellos dicen “dejen de trabajar un poco”.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

Una mirada similar mantiene Benedina respecto a sus hijas, ya que dice que ellas manejan conocimientos y habilidades del campo. La visitan y la ayudan en la huerta, tienen la fuerza para “tirar fardos” pero decidieron una vida distinta. Conecta este relato con que el campo requiere muchos sacrificios y esfuerzo físico.

Una perspectiva distinta la encontré con Don Herman, quien más que centrarse en los oficios que sus hijas u otros familiares jóvenes practiquen, se centra en que conozcan las costumbres del campo. Ese interés se ve reflejado en la fabricación de ciertos elementos típicos de la vida rural que él experimentó de niño y sus intentos por acercarlas a las generaciones más jóvenes de su familia:

Me contó que así había comenzado, había hecho una cahuisca para su suegro y él solía enseñarle a sus hijas a comer así, esa cahuisca aún la tenían en la casa, su suegro le había pasado el cacho para que la hiciera, un cacho medio chueco y no muy bonito pero que había logrado pulir. Me dijo también que le hizo una cahuisca a una sobrina de Iquique, una pequeña porque se la hizo de niña, a esa le puso un colgante para llevarla al cuello y ella la solía llevar al colegio cuando chica. Como allá no se usaban las cahuiscas había sido la novedad, se notaba el orgullo de don Herman hablando de cómo su sobrina le había mostrado a sus compañeros en la escuela lo que era y cómo usarlo. Había sido la novedad en ese tiempo y a día de hoy su sobrina tenía alrededor de 15 años y aún guardaba su cahuisca.

(Cuaderno de Campo, 22 de abril de 2023)

Afuera de la familia

Cuando se habla de enseñar su oficio a terceras personas o personas externas a su familia una figura reiterada fue la presencia de trabajadores. Se profundizó en esta dinámica de manera particular con Patricia y Benedina; con la primera porque establecía similitudes entre cómo su madre y ella enseñaban, y con Benedina porque apareció una clara distinción de género.

La señora Patricia suele trabajar de manera constante con dos trabajadores. Ella trabaja junto a ellos los días sábados y lunes, de martes a viernes ellos trabajan de manera independiente durante las mañanas, a veces bajo la supervisión de Remigio, el esposo de Patricia que también se queda en casa trabajando en sus monturas. En una de las entrevistas Patricia comentó:

P: Si esa es la cosa, si a la gente uno le enseña, de repente algunos que no quieren aprender así que si no quieres aprender chao no más le digo, pero mi marido es más consciente "pero déjalo ya" y yo digo "no, si no aprendió en un mes, menos va a aprender en dos meses". Es perder plata no más, porque uno necesita, contrata gente para que trabaje, no para que hagan lo que ellos quieren sino lo que uno les pide.

P: Y así po, como yo soy tan estricta, algunos dirán "la vieja", no, aquí na de cosas, usted hace lo que yo, yo le pago pa que usted haga lo que yo necesito que haga. Porque usted no va a venir a hacer las cosas que quiera y porque eso a mi no me sirve.

G: Claro usted aprendió a hacer todo esto cuando era niña y cómo le enseñaron, ellos algo ya deben saber y tendrán sus propias formas de hacerlo, sus mañas.

P: Exactamente, a nosotros nos enseñaron correctamente, lo *güeno es güeno* y lo malo es malo no más.

(Entrevista a Patricia, 17 de mayo de 2022)

Esta postura de Patricia contrasta con aquella que relata sobre enseñarle su oficio a otras personas donde no existe una relación económica. Desde nuestras primeras visitas noté que Patricia siempre se muestra muy dispuesta a enseñar, cuando alguien le compra una planta le dice cómo y cuándo trasplantar o suele aconsejar a las personas sobre cómo usar las hierbas para distintas dolencias. En esta línea me contó que unas chicas jóvenes de Fresia le habían pedido consejos de huerta y que ella las había invitado a su casa para que vieran como sembrar algunas verduras, meses después me contó que las huertas de las chicas iban bien y habían cosechado sus primeras lechugas. Estas conversaciones siempre se acompañaban de la idea de que a ella le gustaba que la juventud se interesara en su trabajo.

Benedina recibe trabajadoras solo en el período de la cosecha de peonías, desde la primera visita habló siempre de mujeres. El trabajo consiste en reconocer qué flores están listas para ser cosechadas y cortarlas a la altura correcta. Es un trabajo que requiere rapidez y precisión porque las flores están listas en la mañana y en la tarde del mismo día puede que se hayan abierto demasiado. En nuestra primera visita me comentó que este año iba a tener que buscar personas nuevas porque dos de las mujeres que solían ir se habían quedado sin transporte para llegar a su casa. Aquello era un problema porque buscar personas nuevas significa capacitarlas y eso podía tomar uno o dos días completos de una labor que en total

toma de 10 a 15 días. Alguna vez le pasó que intentó enseñarle a una persona durante dos días pero nunca lo entendió o fue buena para hacerlo así que decidió darle otras labores.

En este relato siempre habló de mujeres y en la segunda visita le pregunté si eso tenía razón técnica o personal:

La vez pasada ya me había comentado que solo trabajaba con mujeres para sacar las flores y de nuevo lo comentó, entonces le pregunté ¿Sólo trabaja con mujeres? ¿Por qué? Y me contestó que “alguna vez igual tuve unos chicos trabajando” pero que nunca sabían reconocer las flores, les costaba saber cuáles estaban buenas y cuáles no. Me dijo que de hecho su marido tampoco se metía mucho en el tema de las flores, al menos no en cortar, sí en cargar el camión o cosas así pero a menos que la viese muy desesperada con la pega él tampoco se metía mucho en esa labor, que en general él se mantenía más ocupado con los animales. Respecto a su marido también me dijo que su marido acababa de salir porque unas vecinas le habían pedido un favor respecto a un ternero que al parecer se había escapado. A raíz de eso me contó que por el sector quedaban muchas mujeres viudas o solteras y que su marido era de los pocos hombres que quedaba en el sector entonces le iban a pedir favores, que de hecho hoy más temprano deberían haber cortado el pasto alrededor de la casa y la huerta pero al final su marido no lo había hecho porque llegaron unas vecinas a pedirle si podía cortar el pasto alrededor de la sede y pa allá había partido. Me dijo que él no sabía decir que no.

(Cuaderno de Campo, 21 de noviembre de 2022)

Este relato dio luces de la distribución de trabajo con su marido y da a entender también la disponibilidad de mano de obra en el sector, lo que luego también se sumó a las reflexiones de por qué trabajar con mujeres y es que muchas de sus vecinas son mujeres que viven solas.

Valoración de la Vida Rural

A través de las visitas y conversaciones con cada uno de los participantes se comenzó a reflejar qué es lo que entienden por “ser de campo”, cuáles son sus visiones sobre habitar la ruralidad y qué implica en términos de sus formas de vida. A veces dotaron con valores morales el trabajo en la tierra, se realizaron comparaciones con la vida en la urbanidad o se hicieron descripciones de indumentaria, forma de habla, alimentación, etc. En el siguiente capítulo se exponen todas aquellas percepciones y valoraciones relacionadas a la vida en el campo, esperando que pongan en perspectiva los resultados hasta ahora presentados y logren profundizar en la visión y lugar desde el que estas personas se sitúan para habitar su territorio.

Identidad de Campo

Cuando se habla de qué es “ser del campo” hay un par de ideas que se reiteran: el “ser aperrado” e “ingenioso”, la presencia constante de la huerta y el dónde se está cómodo. En cuanto al cómo se nombra, solo don Herman se nombró “campesino”, las otras personas usaron la expresión “ser del campo” y en el caso de don Antonio se habló de ser chacarero y en general se usaba más la idea de la chacarería como oficio.

Benedina plantea que para el campo “hay que ser aperrado”, no es para todo el mundo. Cuando habla de su hermano -y su decisión de vivir en la ciudad- también plantea que el

campo es mucho compromiso, si hay animales o huerta no se puede salir tanto de casa. En esa línea comenta que siempre suele haber algo que hacer:

Sipo, si así es en el campo. Hay que estar si o sí encima de las cosas, igual uno si las siembra y las deja estar se empasta y se pierde todo también, hay que estarlas limpiando, regando, qué sé yo. No está uno dedicado a una sola cosa po, siempre tiene que estar haciendo varias cosas.

(Entrevista a Benedina, 20 de diciembre de 2022)

Esta idea la conecta con que en el campo hay que trabajar mucho sola y muchas veces realizar tareas para las que no se está preparado, también relacionado a esto vuelven a surgir percepciones de género:

Así po, tanta cosa, en el campo uno nunca termina de aprender po. Siempre va aprendiendo, una cosa tras otra. No siempre sola, pero a veces uno igual tiene que arreglarselas e inteligenciarselas en el campo po. Porque de alguna u otra manera si no tienes recursos, si no tienes locomoción pronto para ir a hacer algo a Osorno, comprar una pieza por ejemplo, de una llave, se corta una red de agua, uno tiene que entrar a aprender y saber instalar esa cosa po. Cortar el agua, ponerle todo lo que corresponde para arreglar, así que uno tiene que hacer a veces de hombre y mujer en el campo (risa). De todo un poco.

(Entrevista a Benedina, 29 de diciembre de 2022)

Leticia tiene una perspectiva del trabajo en el campo bastante similar, referida al arreglo o solución de problemas que surgen en el cotidiano y que de alguna manera refiere a la división del trabajo doméstico:

Me dijo que todas esas conexiones las había hecho ella, entre risas comentó que ella era gasfiter. Su marido nunca las hacía porque pensaba que le iban a salir mal, entonces ella se encargaba de esas tareas y le quedaban bien, me dijo que la bomba y su motor funcionaban bien. Cuando habló de esto comentó que a veces iba a la ferretería y pedía el cosito del cosito que se pone en el cosito, se rió pero dijo que le funcionaba, que a veces no sabía cuál era la manera correcta de arreglar las cosas pero en el campo no importaba, lo importante era solucionar y así arreglaba cosas, que no se podía depender tanto de que alguien fuera a arreglar cosas, había que ingeniarselas.

(Cuaderno de Campo Leticia, 24 de marzo de 2023)

Una condición transversal entre los participantes de la investigación fue la mantención de una huerta, en algunos casos sólo para el consumo familiar, pero con la mayoría de las personas surgió la idea de cómo podía haber campo sin huerta. Mientras relataba sus primeros años junto a su marido, la señora Patricia explicó cómo sus conocimientos de huerta le fueron útiles para ser recibida en la familia de su pareja, porque saber de huerta es ser de campo:

Me dijo que su suegra pensaba que ella era floja, que no hacía muchas cosas, pero con el tiempo se dio cuenta que era buena pa la huerta -este punto resulta interesante porque sus habilidades para la huerta aparecen como una validación a su personalidad y la relación con su esposo-. Me dijo que su esposo también era de campo, entonces ese tipo de tareas deben haber sido importantes en el entorno familiar, me dijo que su suegra tiempo después le pidió disculpas por cómo la había tratado.

(Cuaderno de Campo, 11 de mayo de 2022)

Con don Herman y don Antonio se exploró en la idea de sentirse cómodo o incluso llamado por el campo. Con ambos esta conversación se plantea a raíz de períodos en los cuales habitaron la urbanidad -contraste que se profundizará en la siguiente sección-. En la entrevista con don Antonio comenta:

Me he sentido más cómodo en el campo, produciendo lo que sea, leche y viviendo en el campo, no soy ciudadano. Cuando me tocaba ir a Santiago, otras partes, no, dos, tres días y me arrancaba. No me hallaba, así que el campo es mi prioridad, lo que me distrae, además de los ingresos que no son tantos pero es una forma de vida agradable para mí.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

En el caso de don Herman, las reflexiones presentadas a continuación corresponden al periodo en la década de los ochenta cuando junto a su familia migraron a Santiago algunos años esperando tener mejores oportunidades laborales:

Y le pregunté por el volverse, ¿por qué volverse? me dijo que lo empezó a llamar la tierra, “en Santiago estábamos prestaos, en tiempo prestaos, de visita” y llegó a un punto donde se dio cuenta de que quería volver. Le dijo a su señora, que también sentía que estaban prestados y su señora le dijo que la llamaba volver a su familia y él le había dicho “no a mi no me llama la familia, me llama mi tierra, soy osornino, quiero volver allá”.

(Cuaderno de Campo, 25 de marzo de 2023)

El contraste con lo urbano

Una de las maneras en las que los y las participantes describían el campo era en su oposición o preferencia ante la ciudad. Siguiendo el apartado anterior, en algunos casos tenía que ver con experiencias laborales en lo urbano; en otras ocasiones estaba relacionado con la cotidianidad a través de la ropa o la comida y a veces tiene que ver incluso con cualidades o beneficios asociados al vivir en la ruralidad.

Don Antonio dice que intentó vivir en Osorno, en su juventud trabajó 4 años en una empresa como obrero pero no le gustó. Reconoce facilidades que trae consigo el trabajo en la ciudad, como el poder compartir con los colegas una cerveza después del turno, pero dice que esas cosas lo distraían y “no se hallaba”. Por su parte don Herman comentaba que independiente de dónde estuviese él era campesino y que no le gustaba cómo cambiaba la gente un par de meses después de irse a la ciudad:

Tenía amigos que conoció en el campo, que se iban a Santiago y que después de un par de meses volvían hablando y vistiéndose distinto. Mostrando las poleras con las cosas escritas en inglés que ni sabían que decían, con una cosa escrita en el pecho y la otra en la espalda. Comentó también que él notaba que la gente de Santiago hablaba distinto, yo pensé que se iba a referir al uso de algunas palabras pero en vez de ello se refirió a la dicción. Me dijo mira, acá hablamos completo, se dice “el balde”, allá a veces le dicen “el barde” o “la esparda” refiriéndose a la espalda.

(Cuaderno de Campo Herman, 10 de junio de 2023)

Resulta interesante la mención a la forma de hablar y la indumentaria porque más tarde en la misma visita usó los mismos recursos para criticar a los patrones de fundo que lo habían tratado injustamente. Contó una anécdota de cómo un patrón le había dicho que él se iba a encargar del parto de una vaca. Mientras replicaba el discurso de su patrón hablaba “con la papa en la boca” y cuando contó lo sucedido relató cómo su patrón se demoró tanto en sacarse los anillos y la ropa para no ensuciarla que el ternero murió dentro de la vaca.

Una versión opuesta de la indumentaria fue el relato de Claudia en su preadolescencia. Claudia llegó en sexto básico a vivir con su abuela y su tío. Unos años después, su tío comenzó a trabajar y ella fue la encargada de ir “al pueblo” a hacer encargos, ahí se dio cuenta de que ella se vestía diferente al resto de las niñas de su edad y quiso empezar a vestirse “más de pueblo”. En esa conversación Claudia contó que ella vestía con refaja, una falda de lana larga que se usaba debajo de la falda normal, ambos con Antonio recordaban usar “carritos” y tener zapatos cuando ya habían crecido un poco.

En términos de alimentación quien profundizó fue Leticia, quien contaba que sus padres que ya son muy viejos solo comen comida “de campo”; dice que su papá come solo “comidas antiguas”. Cuando le pregunté a qué se refería me dijo que a cocinar con manteca, a no usar masas como tallarines o arroz sino que masas de trigo o de papa; es decir consumir alimentos que son productos o subproductos del trabajo en el campo. Resulta interesante que en esta narrativa se utilice el concepto de “de pueblo”, está el “pollo de pueblo” que tiene mucha agua y poco sabor, “el pan de pueblo”, etc.

Por último surge la noción de la calma, “lo tranquilo” de vivir en el campo. Benedina lo asocia a la idea de “paz” y “tranquilidad”, dice que en el sector donde viven aún se puede vivir tranquilo porque es seguro y no roban. Por su parte Claudia lleva esta noción de calma a un sentido de pertenencia al campo y a la huerta:

Pero a la vez, no sé po, si no hubiera nada, estaría acá adentro, ya estaría con una depresión inmensa entonces me ayuda para la salud, pa todo, el campo. Yo no me veo tampoco en la ciudad, no no me veo así vivir en la ciudad, no. Incluso le digo a mi hijo, cuando me muera me creman y me tiran al huerto.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

Lo bueno del cotidiano

Cuando se habla de por qué les gusta habitar el campo se habla mucho del consumo de productos de la ruralidad. Se aprecia la calidad de los alimentos locales, ello se acompaña con mantener la crianza de animales -incluso cuando no es tan rentable- y la preocupación de usar agroquímicos no tan potentes para las hortalizas que ellos consumen. Estas nociones se repitieron junto a Benedina, Leticia, Patricia, Claudia y Antonio.

Sin embargo en algunos casos se hizo una relación directa con la salud. Cuando hablé con Leticia sobre los cuidados que necesitaba su padre, le pregunté si tenía que prepararle comida. Me respondió con que a su papá solo le gustaban las “comidas antiguas” y creía que eso era parte de su longevidad:

dijo que el pollo de supermercado tenía demasiada agua y cuando se ponía a cocer salía un montón de jugo lo que era distinto con el pollo de campo que es más oscuro, con tutos más

densos y apretados pero porque tenían más músculo. En cambio el pollo de pueblo era pura grasa y después pura agua. Me dijo que su papá no aguantaba comer eso y las cosas muy procesadas le caían mal, por ejemplo paté, cecinas, le caía mal al estómago porque no estaba acostumbrado a comerlo y ella creía que eso tenía que ver con que sus padres se mantuvieran sanos. Su papá reclamaba cuando ella o su hermana cocinaban, porque se notaba que no era la mano de su mamá.

(Cuaderno de Campo, 1 de febrero de 2023)

En cuanto a la huerta, Benedina fue la persona que habló más sobre “lo natural” y explicó cómo la huerta se mantenía vigente en sus prioridades incluso cuando ya no significa un ingreso monetario significativo:

Comentó que creía que ella y su esposo eran beneficiados en el sentido de que aún comían todo del campo, no compraban verduras, ni carne, toda la carne que consumían era carne de sus pollos, de las vacas, lo mismo con sus verduras. Hacia el final me dijo que en unos años iban a tener que ver qué tan viable era seguir con la huerta porque era más caro comprar fertilizantes, el trabajo y las semillas que están muy caras en comparación a comprar la verdura lista. Me dijo que su huerta seguía la lógica del consumo propio, lo mismo ocurría con las aves, que también era algo que le gustaba y consideraba entretenido.

(Cuaderno de Campo, 6 de noviembre de 2022)

Estas consideraciones venían acompañadas de la sensación de que es difícil conseguir algo natural hoy y que ella es afortunada por aún tener huerta. Cabe comentar que Benedina también cree que esa posibilidad debe ser aprovechada y sembrar si hay campo y salud:

hay que aprovechar esas instancias, siempre y cuando uno esté bien de salud y eso. Porque yo encuentro que sería ya de flojera que uno no haría nada en el campo po, tendría lleno de pasto, todo, por todos lados. O puro prado no más po.

(Entrevista a Benedina, 29 de diciembre de 2022)

Por su parte Claudia cuando hablamos de mantener la huerta, criar aves y las regularidades en el cotidiano que eso genera, hizo una relación entre su bienestar emocional y el trabajo afuera en la huerta, sobre todo desde las dificultades que le ha presentado su proceso de enfermedad:

Sipo, si uno se siente más ¿cómo digo? segura. A ver, yo ahora estoy así ya tres años. Si no fuera por las cosas de la huerta, si no fuera por mis aves, salir afuera, ver cosas. Cuando veo algo que no funciona me da rabia conmigo y a veces discuto con mi socio “mira cómo está esto, que hay que hacer aquí, allá, acá” y es una preocupación que algo se vaya a perder. Pero a la vez, no sé po, si no hubiera nada, estaría acá adentro, ya estaría con una depresión inmensa entonces me ayuda para la salud, pa todo, el campo.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

Decisiones Personales

Una de las maneras en las que los participantes expresaban su cariño e interés por la vida en el campo son las razones que tienen para elegir estos oficios en vez de otros. Esto resulta relevante sobre todo en aquellos casos en los que hubo otras opciones, o en los cuales se vivió fuera del campo un tiempo, experimentando otras formas de vida y trabajo.

En el caso de Herman es una decisión del ámbito del trabajo, cuando ya llevaba unos meses trabajando en madera -aún en Santiago- su antiguo jefe le ofreció trabajo nuevamente en la construcción y él se negó. Me explicó que para él sus tallados significaron su libertad, ya no más de viajar dos horas al trabajo, ni hacer tareas de alto rendimiento físico trabajando como jornalero, además de que le permitía volver al sur. Dice que a veces antes de ferias aún se queda trabajando hasta tarde o se cansa con pedidos muy grandes pero la diferencia es que él decide qué hacer y cómo hacerlo, lo que le entrega una independencia que nunca antes había tenido.

Leticia y Patricia tienen discursos similares. Ambas suelen hacer comparaciones entre ellas y sus hermanas(os) en relación a sus habilidades para realizar trabajos del campo. En varias anécdotas sobre su infancia, Leticia resaltó cómo siendo la menor de sus hermanos, era la que más se involucraba en las tareas de sus padres, comentando que su hermano no era muy bueno para las labores del campo y a su hermana no le gustaban. En esa línea también habló sobre las actividades que su hermana sí disfrutaba y en las que ella nunca tuvo interés como el tejido. A día de hoy su hermana sí trabaja parcialmente vendiendo sus trabajos en ñocha y tejidos en lana, el trabajo en ñocha fue algo que su hermana aprendió por su cuenta fuera del hogar, pero el tejido en lana era algo que ambas aprendieron -incluidos los procesos de manufactura de la lana- y que Leticia nunca quiso mantener.

Estas decisiones basadas en los gustos o preferencias por ciertos oficios también surgen cuando se habla de la trayectoria educacional y Leticia declara que no se arrepiente de no haber seguido estudiando valorando los conocimientos prácticos que tiene a día de hoy:

Dijo que en algún momento ella había decidido no seguir estudiando pero estaba agradecida de tener ese tipo de conocimientos, que principalmente su papá le había entregado. A día de hoy agradecía, por ejemplo, saber usar un taladro, usar herramientas en general, hacer un cerco. Me contaba que ella y su marido pusieron el piso de su casa y ella se sentía capaz de realizar todas esas tareas. No se arrepentía de no haber seguido estudiando. Me decía que su hermana no sabía hacer nada de eso y cuando se fue a vivir al campo, ella tuvo que hacerle el cerco.

(Cuaderno de Campo, 1 de marzo de 2023)

Junto a Patricia emerge un discurso similar, suele comentar que sus hermanas siguieron estudiando y trabajaron toda la vida en las mismas oficinas donde hicieron sus prácticas; ahora están jubiladas. Dice que ellas también aprendieron las labores de la huerta pero no se les daba tan fácil como a ella. En una visita me dijo “mi hermana me molesta porque dice que yo puedo hacer crecer de todo” (Cuaderno de Campo Patricia, 4 de mayo de 2022). En cuanto a la escuela Patricia dice que ella llegó hasta “octavo no más” porque la escuela no era lo suyo, pero a través de esta conversación también llega a la idea de que el campo y la huerta sí son “lo suyo”:

P: Mi papá quería que siguiéramos estudiando.

G: ¿Y cómo lo hacían con ayudar en la huerta?

P: No, eso lo hacía yo porque yo después no seguí estudiando, yo llegué hasta octavo no más.

G: Entonces sus hermanos se involucraron menos en eso

P: Sí, menos porque yo me interesó más la huerta, porque la cabeza no me dio para estar ahí webiando que había que hacer weas de ciencias naturales, de sociales, que aprender

inglés, ¿pa qué quiero esa wea dije yo? Porque uno, mi pensamiento mío era que si yo trabajo la tierra va a producir y voy a tener y si no trabajo la tierra ¿qué saco estar encajá en la escuela? ¿pa qué? Ese fue mi pensamiento, que la escuela era pa la gente que tenía cabeza pa estudiar, no pa mi.

G: O que le gustaba

P: Eso más, que le gustaba, a mi nunca me gustó nunca po.

G: Porque si era puro siete en matemática no era que no diera la cabeza era que tal vez no le gustaba.

P: Nopo, es que no encajaba conmigo la escuela, no encajaba conmigo. Así que por eso a mi no me gustó esa wea, me gustó trabajar.

G: ¿Y usted sentía que era algo familiar? ¿Seguir haciendo lo que hacía su mamá, su papá?

P: Claro que sí, lo importante para mi de trabajar la tierra es que iba produciendo, yo lo que sembraba se daba, si mi mamá siempre lo decía "si sigues sembrando así vas a aprender rapidito el trabajo" porque uno se entusiasma en la tierra en trabajar, armar, ir plantando, ir sembrando, regando la semilla y eso a ti te va llenando po.

P: Así que eso era bueno para mi po porque me gustó aprender y por eso yo soy, soy lo que soy ahora.

(Entrevista a Patricia, 17 de mayo de 2022)

Vida Rural y Nostalgia

Dentro de las valoraciones que los y las participantes señalan sobre habitar el campo hay una tendencia a recordar cómo solía ser el campo. Se compara con el presente a través de las maneras de trabajar la tierra, el paisaje e incluso desde utensilios relacionados al manejo del hogar.

Junto a don Antonio una de las conversaciones recurrentes fue cómo ha cambiado la manera en que se trabaja en el campo y cómo él recuerda un pasado más colectivo. Lo plantea sobre todo desde la posibilidad de tener jornadas de trabajo comunitarias con otras personas del sector y el contraste con la dificultad de encontrar mano de obra hoy en día. Dice que a día de hoy contratar a alguien con una paga justa significaría que esa persona se llevara toda la posible ganancia del terreno que tienen. Sobre cómo solía ser, relata:

Antes las familias cercanas, los vecinos se juntaban y podías plantar varios sacos de papas en un día. Además se usaban métodos más artesanales -para los cuales se requerían más personas- que ahora se arrendaba la maquinaria por hora, pero aún así si no tenías a varias personas trabajando en simultáneo, no rendía porque la máquina quedaba parada mucho rato esperando que los procesos manuales se llevaran a cabo.

(Cuaderno de Campo, 12 de octubre de 2022)

Don Antonio me contó que en su infancia se movían mucho en carreta con bueyes, que en ese tiempo el camino a San Pablo era pura huella -está pavimentado hace dos años-. Me contó que a veces iban a comprar harina y tenían que poner cajones sobre la carreta para poner los sacos porque en algunas partes el camino tenía pozas tan grandes que la harina se mojaba. Esta operación también era el tipo de cosas que se solían hacer de manera comunitaria, siendo a veces una persona del sector la que iba en carreta a buscar provisiones.

(Cuaderno de Campo, 13 de septiembre de 2022)

Cuando hablamos de este tema, don Antonio comentó que para él esto era la "muerte natural de la chacarería", que muchos de sus vecinos ya no podían sembrar y solo se

dedicaban a revender. Y ante este tipo de reflexiones parecía que su pesar no sólo venía de la baja producción sino también de cómo se ha reconfigurado la comunidad en el campo las últimas décadas.

Estos cambios descritos por don Antonio también son reconocidos por otros participantes a través del paisaje y cómo se ven los sectores que habitan. La señora Patricia compró un terreno en el sector dónde vivió durante su infancia y juventud, ella conocía al hombre al que se lo compró y un día me dijo que se alegraba de que no hubiese cortado los manzanos. Esos árboles tenían alrededor de 60 años y ella recordaba cuando fueron creciendo; me dijo que le avisó al anterior dueño que si los cortaba para plantar eucalipto ella no pensaba comprarle nada. Ella contó esta anécdota como una ganada porque en muchos sectores se estaban botando árboles nativos o usando suelos de cultivo para eucalipto.

Leticia también habla de este proceso, cuando la visité en su casa íbamos en auto de vuelta a Osorno -porque ella iba a comprar unas cosas a la ferretería- y me señaló unos cerros pelados por el uso forestal, me comentó que cuando ella era joven esos cerros estaban sembrados con trigo, centeno y maíz. Esta noción iba acompañada de una crítica con el manejo de recursos que existe en la actualidad y el reconocimiento de que este paisaje que ya ha cambiado lo seguirá haciendo:

algunas [familias dentro de sus vecinos] igual tienen muy tirados sus campos. Hay particularmente dos familias que tienen mucho campo, alrededor de 300 hectáreas pero no lo tienen limpio, lo usan solo para sacar leña. Y se nota la molestia de Leticia respecto a eso, porque se dedican a “extinguir”. Botan leña de guaye hasta que ya no queda guaye. A pesar de que ahora algunas zonas del camino se ven boscosas, ya queda menos porque lo han ido botando. De hecho ella con su marido trabajaron un tiempo en leña, después de trabajar en el día en Osorno trabajaban revendiendo leña, iban a recoger y revendían. Iban donde un vecino a comprar y ella decía que tenía la plata tirá ahí porque botaban los árboles y usaban el puro tronco grueso, las ramas y los ganchos gruesos del árbol ni siquiera los recogían para ellos, no se preocupaban de usarlo todo. Lo dejaban podrirse porque aún quedaban muchas hectáreas de guaye. Ella decía que en algún momento eso se iba a acabar y no iban a tener nada que hacer. Tenían un par de animales pero no sembraban.

(Cuaderno de Campo, 24 de marzo de 2023)

Junto a Herman surge una idea que ha aparecido con otras participantes -Benedina y Leticia- respecto al “ingenio” que ocurre en el campo; la diferencia es que Herman recoge aquellas cosas que recuerda como “ingeniosas” o características de generaciones pasadas y las incluye al trabajo que comercializa. El día que conversamos esto en mayor profundidad fue en una jornada en la feria libre de Rahue, la vecina del puesto del lado -también adulta mayor- vio los morteros en el puesto de don Herman y le dijo que se parecían a los que había visto en su niñez, luego hablaron del utensilio de hueso para sostener el huso y la cahuisca. Cuando hablaban de la generación pasada decían “los viejos” o “los antiguos” y ella hacía énfasis en cómo algunas de esas cosas se habían perdido.

Al hablar sobre este tema también se hace hincapié en el “no desperdicio”, el hacer uno mismo y las formas no monetizadas de intercambio. Don Herman con la vecina comentaban que antes nada se botaba, la gente hacía todas sus mermeladas y conservas, se hacía

chicha incluso de capi de arveja. Leticia hablaba de cómo su mamá hacía desde cojines hasta bajadas de cama con sacos, los cuales bordaba con lana para acolchar y teñía con musgo que su padre recolectaba.

Una de mis dudas respecto al trabajo de don Herman es por qué trabajar con estos objetos como las cahuiscas, lo que él describe como un trabajo con identidad, un trabajo sobre la memoria. Las personas pasan por su puesto y reconocen el utensilio como algo que sus abuelos usaban, él conversa sobre esas experiencias y explica cuando la gente no sabe cómo se usa, varias personas la compran como recuerdo porque no es algo que haya quedado en las familias y ellos no saben hacerlas. Un día le pregunté si la gente solía venderlas antes o era de esas cosas que sólo se hacían en los hogares rurales:

Me dijo que no se vendían. Pasaba que había un tío, un papá que hacía la cahuisca y les hacía al resto de la familia. Así como uno a veces tiene un vecino que hace tal o tal cosa, había alguien que hacía cahuiscas y uno las cambiaba por lo que correspondiera con algo que uno tuviese, unos pollos, unos huevos, papas, trigo, lo que fuera. Como haciendo trueque o trafikintu -trueque en mapudungun- dijo. Se trabajaba así no más, era algo que en las casas sabía hacer. También le pregunté si era un artículo más bien personal o igual se compartía entre miembros de la familia, me dijo que era más o menos personal pero por ejemplo, un adulto mayor, un abuelo igual le convidaba a sus nietos de su cahuisca.

(Cuaderno de Campo, 22 de abril de 2023)

Conexión con Naturaleza

Atención a los cambios de la naturaleza

Las y los participantes conocen los ciclos y los tiempos de sus huertas, de las lluvias y de los animales; una de las maneras en las que se expresa su conexión con el territorio es la atención que ponen a sus grandes o pequeñas variaciones. Dicha atención es casi instintiva y va desde el reconocimiento en la variación del clima en décadas de menos lluvia a una noche unos grados más helada que la anterior que requiere ir a tapar los cultivos.

Antonio y Leticia son las personas que hablaron más sobre el clima. Los últimos 5 a 10 años Antonio y Claudia siembran productos que tradicionalmente se dan mejor al norte como sandías y ajíes porque ha estado haciendo más calor en el verano y estas cosechas están saliendo mejores cada año. En esa línea Antonio comenta que eso se nota y que afecta el qué se siembra, ante lo que le gustaría estar preparado y aprender sobre nuevas frutas y verduras como la uva, para cuando se puedan sembrar acá. Por otra parte, Leticia desde la recolección de frutos, habló de cómo se habían adelantado ciertos procesos.

En una visita en la feria de Puaucho, Leticia estaba hablando con una vecina de que no habían visto frambuesas este año y cuando salieran había que comprar rápido. Comentaron que los chupones no estaban muy buenos este año porque estaban medios secos y la señora Leticia habló de que se adelantaron con las dos semanas de calor que hizo en diciembre. Este tipo de comentarios siempre estuvieron presentes, la primera vez que hablamos -a principios de febrero- comentamos que el maqui ya estaba secándose un poco más al norte y ella me dijo que acá le quedaban unas dos semanas. Después en abril fue un poco la misma dinámica respecto a la murta y a cómo ya estaba lista en Osorno, pero en el

campo aún le faltaba porque hacía más frío. Leticia fue la persona que me explicó un concepto que escuché con otras personas, la idea de “arreatarse”:

Su mamá aún mantenía una huerta y ella también. Me contó que este año a los repollos les había pasado algo y no recuerdo la palabra que utilizó, pero era algo en la línea de “alzado” o “arreatado”, como cuando se suben las lechugas. Pero le pregunté a qué se refería y me dijo que no era lo mismo que cuando las lechugas se suben, sino que las cosas se secan por falta de agua antes de que pudieran crecer lo suficiente. Eso pasa ahora me dijo, dio el ejemplo del trigo que solía cosecharse en febrero, pero ahora se está cosechando en estas fechas. Y está listo porque ya está más seco pero no alcanza a tener el nivel de desarrollo o crecimiento ideal de la planta. Con las arvejas pasa que la vaina está lista para soltarse de la planta pero adentro no tiene arvejas porque no hay suficiente agua para que crezcan dentro, el calor acelera el proceso pero no hay una correlación suficiente con el riego. Arvejas era de lo poco que había podido cosechar.

(Cuaderno de Campo, 1 de febrero de 2023)

Estos son cambios de décadas y que requieren una comparación constante entre el presente y el pasado, sin embargo también hay acciones o atenciones de pocos días. Benedina en una visita me comentó que en dos o tres días iba a tener que estar limpiando el pasto entre las frambuesas porque había llovido y salido el sol después, de esa manera el pasto salía muy rápido. En septiembre del 2022 nevó en Osorno y los alrededores, desde La Unión hasta Purranque. Ese día recordé a la señora Patricia y su huerta, cuando nos vimos le pregunté si la inesperada nieve le había causado problemas. Me dijo que la noche anterior sintió que se estaba poniendo helado -muy helado para septiembre- y salió a tapar todas sus cosechas con nylon. No se le murió ningún cilantro. Si bien ella dijo que no esperaba que nevara, sí supo que caería una helada lo suficientemente fuerte como para resguardar sus cultivos.

Es en el huerto donde esta preocupación constante por los ciclos y cómo van los procesos de la tierra se hace más latente. En la última entrevista con Benedina -29 de diciembre de 2022- hablamos sobre cómo los tiempos del campo tienen un momento preciso; es decir que hay que sembrar o trasplantar o cosechar en fechas específicas, ante eso Benedina comentó:

depende algunos siembran depende la luna, yo les digo nopo, yo no siembro la luna, yo siembro la tierra, pero a veces tienen razón, a veces las cosas no se dan, se suben todas, pero bueno. Yo siembro cuando me acuerdo no más que hay que sembrar, cuando veo que todos están sembrando, ya, ahí yo también me pongo las pilas y me pongo a sembrar.

(Entrevista a Benedina, 29 de diciembre de 2022)

Esta visión poco romántica de Benedina resulta interesante no sólo por el recordarse a través de los vecinos, sino también porque asume la posibilidad de que estas ciclicidades influyen en los procesos de manera que ella no se explica. Claudia por su parte en la entrevista del 19 de octubre demuestra el interés constante que requiere la huerta y que para ella es parte del disfrute de ver crecer las verduras:

Claro, imagínese usted planta unas melgas de arvejas, las va a ver a los poquitos días y ya están saliendo po, en este tiempo. Uno ve a los quince días ya están así (apunta una altura con la mano) y es una satisfacción tan grande y una preocupación que uno tiene. ¿Salió la

semilla? o no salió o ¿salió bonita? o ¿salió más marchita? Es una preocupación constante entonces uno no se pierde en el tiempo.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

Agencia de la Naturaleza

Hay circunstancias en las cuales los participantes reconocieron una agencia, voluntad o simplemente condición del territorio que habitan sobre la cual no tienen influencia. Esto puede ocurrir a través de animales, el clima, un sector o alguna materialidad. Resulta interesante cómo dentro de esta agencia -sobre la que tal vez no hay influencia- sí puede haber colaboración o guía favorecedora para estas personas.

El día que visité a Leticia en su hogar estábamos tomando un té y la mesa en la que nos sentamos estaba al lado de una ventana que daba hacia la huerta. Desde allí Leticia vio que un chanchito pasó corriendo entre los cercos y se paró y le gritó a Alexi -su perro- para que lo fuera a corretear y no se metiera a la huerta. Le gritó “hush hush hush” y después me comentó que por cada animal tenía un sonido distinto. El sonido cambiaba dependiendo si era un chanchito, ovejas o los chivos de la vecina y eso era algo que el perro sabía y llevaba aprendido varios años. Fue interesante ver cómo se daba esa dinámica en términos de qué lugar tenía Alexi respecto a otros animales y cómo ella confiaba en el perro para esa tarea.

En invierno del 2022 visité varias veces a Patricia en su puesto itinerante en el centro de Osorno, cuando llovía dejaba que el puesto se mojara, ella tomaba las hierbas, calcetas de lana, huevos, cucharas de palo y cebollas y se acomodaba bajo el techo. Al resto de las verduras les caía agua durante la tarde. Un día que llovía mucho le pregunté -y otras personas que pasaban por ahí preguntaban- si no le importaba que lloviera, ella siempre respondía que tenía que llover, qué se le va a hacer y que las cosas se mojan no más. Cuando le pregunté si no le traía problema en el campo me dijo “no po, el agua ahí hace su trabajo, ese día no se riega no más po”.

Una de las situaciones más claras en las que se habló de la influencia del ambiente en las personas fue un día que visité a Leticia en la feria de Puaicho y junto a otras y otros feriantes estaban hablando de ir a recolectar murta. Una de las vecinas de la feria comentó que el fin de semana pasado había subido a la montaña a buscar y de regreso a casa iba muy cansada, casi durmiendo en el auto. El grupo de personas reunidos comenzó a hablar sobre cómo la montaña te cansa:

Esta conversación surge porque estaban hablando de cómo la cordillera requiere energía y una preparación para visitarla. “Ir al monte cansa” se escuchó de una de las vecinas, “te quita el aliento”, “hay que prepararse, mi mamá me decía que había que llevar un diente de ajo en el bolsillo” dijo la señora del queso. Comentaban que tal vez es porque son lugares menos transitados y quedan cargados, nadie lo decía de manera explícita pero estaban hablando de personajes o situaciones paranormales, espirituales, no humanas tal vez. En la conversación participábamos cuatro mujeres y un varón, quien más retraído, sentado junto a su esposa asentía ante ciertos comentarios y a ratos sumaba apreciaciones por lo bajo. Sobre la preparación dijeron que era lo ideal hacerlo porque las cosas se te quedan pegadas, la pareja chacarera habló mucho en términos de que te quitan el aliento, te chupa la energía. Ante eso la señora Leticia dijo “ah pero ese es el pájaro, el liguay”, que cuando andaba ese pájaro en un campo te dejaba cansado, débil, te chupaba la energía.

(Cuaderno de Campo, 12 de abril de 2023)

Así como las personas establecen relaciones con conceptos tan amplios como “el monte” también hay ciertas materialidades y formas de relacionarse con ellas que dotan los elementos naturales de intencionalidad. Con don Antonio uno de los aprendizajes conversados fue su habilidad para encontrar cursos de agua subterráneos con un palo de mimbre. En la visita en que recorrimos la huerta y el predio me explicó y mostró cómo funciona. Cuando me lo contó estábamos hablando sobre el tuteo y las creencias de campo, a raíz de eso me contó sobre su habilidad, pero como algo que él no podía explicar y que no lograba entender tampoco. Existe una incredulidad con una capacidad que él mismo posee ya que no hay una explicación racional.

Me mostró que solo funcionaba con una rama de mimbre y que es algo con lo que “se nace, no se hace”. Tomó los dos extremos de la rama que se extendía con forma de “y” hacia el centro y al tomarla fuertemente la rama comenzó a moverse hacia adelante, insistió en que él no la estaba moviendo y me mostró cómo podía pararse en cualquier posición y la rama se tensionaba hacia el mismo lugar. Añadió que fue algo que aprendió en su adultez cuando le pagó a un hombre para que fuera indicarle dónde hacer un pozo y el hombre le mostró pero se dio cuenta que don Antonio también podía hacerlo. Le pregunté sobre si había preguntado al hombre cómo sabía y me dijo que no, para Antonio era inexplicable pero agradecía y valoraba su habilidad.

Herman plantea la madera como agente. Varias veces al hablar de su proceso creativo me dijo que cuando no sabía qué hacer en un trozo de madera lo dejaba en su taller hasta que un día lo viera y supiese en qué utilizarlo. Habló de cómo no le gustaba botar los despuntes de sus trabajos porque siempre podía utilizarlos después, en hacer llaveros o botones cuando son aún más pequeños. Sin embargo, hubo una anécdota en particular en la cual explica qué fue lo que la madera lo invitó a crear:

Me contó que fueron del canal de televisión de Osorno a entrevistarle, a hacer una nota sobre su trabajo. La entrevista la hicieron en la ribera del río Rahue y le pidieron si podía trabajar en cámara con un trozo de madera que encontrara ahí. Se metió al río y sacó un pedazo de madera que estaba en el agua. Era madera lavada de coihue. Pensó en hacer un plato pero después lo dio vuelta, lo miró desde otra perspectiva y sintió que ahí había un rostro. Se lo llevó al camarógrafo y la persona que estaba haciendo la nota y le preguntó ¿qué ves ahí?, a lo que le respondió que no mucho, el palo no estaba muy bonito, el color tampoco, estaba muy oscuro. Y don Herman le mostró dónde él veía una posible cara y siento que ahí también entra el conocimiento del material, hacia dónde va la veta de la madera, qué formas permite o no hacer, etc.

(Cuaderno de Campo, 5 de febrero de 2023)

En visitas posteriores Herman habla y relaciona esta intención que la madera tiene de ser una u otra figura relacionándola al concepto de identidad:

En sus palabras él veía identidad en lo que hacía. Para explicarlo me contó que una vez estaba hablando con otra persona y le mostró un bloque de madera. Le preguntó “¿qué harías con esto? si lo encontraras por ahí botado” y la persona le responde “no sé, lo agarraría, jugaría con él un rato, lo tiraría pa arriba y de ahí lo dejaría ahí mismo no más”. Y don Herman le preguntó “ya, pero ¿qué hay adentro de este bloque?” y tomó una de sus figurillas de un hombre mapuche pequeña y dice “ya, pero ¿qué hay aquí dentro? ¿qué

podría existir?” , “no sé” le dice la otra persona, “identidad po, eso es lo que podría haber ahí”. Me dijo que la otra persona nunca lo había visto de esa manera.

(Cuaderno de Campo, 5 de febrero de 2023)

Cuidado y Cariño

A lo largo de este trabajo que significó la revisión de mucho recuerdo, los y las participantes describieron afectos y cuidados hacia otras personas a través de ciertos elementos del territorio, así como también describieron el cariño que tienen por él. Cuando Leticia habla de cómo aprendió a andar a caballo no sólo resalta que su padre era corredor de carreras a la chilena, sino también que solía llevarla “en ancas”¹ y ella solía quedarse dormida en el camino de vuelta a casa entre el pelo del caballo y la manta en que se sentaba su padre.

Sensaciones similares evocan Claudia y Antonio con sus castaños y sus aves. Cuando recorrimos el predio me señalaron unos castaños al final al costado de un cerco. Don Antonio me dijo que ellos siempre supieron que el terreno iba a ser dividido junto a sus hermanos y en razón de eso, plantó los castaños donde creía que estarían en su parte del terreno. A día de hoy los castaños quedaron en el predio del vecino y Claudia y Antonio se ríen porque los plantó cuando se casaron esperando que en su vejez pudiesen disfrutar de su cosecha. Esto no sólo habla de formar recuerdos a través de los árboles sino también de la modificación de su paisaje cotidiano en pos de hacerlo mejor para quienes aman. Eso ocurre con las aves también. En la primera visita a casa de Claudia y Antonio ocurrió lo siguiente:

Antes de que llegara Claudia, Antonio me comentó que las aves no eran muy rentables, pero que a ella le gustaba cuidarlas y por eso seguían ahí. Me dijo que las tenían para el consumo de huevo, a veces para la venta de aves faenadas, a veces vivas, pero que no era algo que diera grandes ingresos en relación al trabajo que significa. Siento que él apunta mucho a qué es lo que Claudia le gusta o prefiere hacer. En esa línea pero en sentido contrario, más tarde estuve un rato sola con Claudia porque Antonio fue a buscar a su hija a San Pablo y mientras no estaba, también hablamos de las aves. Ella me dijo que no las vendían tanto, que sus hijos no las comían porque les daba pena pero que las mantenían porque “a Antonio le gusta comerse una cazuela de vez en cuando” como diciéndome que ella las cuidaba porque eran algo que él apreciaba.

(Cuaderno de Campo, 13 de septiembre de 2022)

Esta reciprocidad en el cuidado de las aves en pos de otra persona no sólo impacta su relación sino también la dinámica del hogar, que para Claudia también se ve beneficiada: “las aves no es rentable pero a mi me encanta tener aves. Yo una casa sin aves la veo triste po. Mi socio saca cuentas [se ríe mirando a Antonio] pero yo, él resta, yo sumo” (Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022). La idea de entregar bienestar a otras personas a través del campo también surge con Benedina, quien comenta que cuando recién llegaron al campo con su familia, su padre la instaba a ayudar en las tareas de la huerta y trabajaban juntos, ella dice que lo veía como terapia, para ella significaba ocuparse en algo, no aburrirse y no deprimirse por el cambio de vida que tuvieron.

Por otro lado existe el cuidado a la tierra, a las plantas sobre todo. Cuando Benedina hablaba de las peonías solía presentar un discurso técnico respecto a su cuidado, se

¹ En la parte de atrás de otra persona que va sentada al caballo

enumeraban requisitos y se hablaba de visitas de expertos. Sin embargo, un día me estaba explicando que las flores podían pasar 40 años en el mismo suelo ante lo que pregunté ¿cuánto llevaban ahí? me dijo que las había tenido 12 años en el mismo lugar y hace dos las había cambiado. Me dijo que no fue una sugerencia técnica, sino que ella no quería cansar tanto el suelo. Comentarios similares aparecían respecto al uso de fertilizantes químicos y los posibles efectos negativos que traían. Es interesante cómo incluso dentro de una labor tan controlada como la descrita ella toma decisiones no imperantes en pos del cuidado de la tierra.

Por su parte, con Patricia existe la idea de custodiar y acompañar los procesos de sus plantas. Varias veces mientras la acompañé en sus jornadas de venta algunas personas consideraban que ella vendía muy caro. Un día pasó un hombre que estuvo varios minutos hablando con la señora Patricia sobre sus condiciones gastrointestinales y a quien le habían recomendado comprar una ruda. Preguntó el precio y se quejó de lo caro que estaba, Patricia no le dijo nada, pero después me comentó “que la gente no sabe, no sabe que esa ruda tiene 8 meses desde que la sembré y la estoy cuidando” (Cuaderno de Campo Patricia, 5 de agosto de 2022).

Estar afuera

Parte de la valoración que las participantes tienen de su cotidiano está relacionada con el poder trabajar “afuera”. Si bien no en todos los casos, tres de las participantes mujeres hablaron del “estar afuera” en contraste con el trabajo dentro de casa y dos lo relacionaron con la distribución sexual del trabajo.

Benedina comentó en una visita que le gusta que el tejido sea algo que pueda realizar dentro de casa, incluso acostada, pero en la entrevista al preguntarle si le gustaba estar afuera contesta “Sipo, el encierro no. Si estoy encerrá tengo que estar haciendo algo, no me hallo estar sin hacer nada” (Entrevista Benedina 29 de diciembre).

Leticia siempre comentó que cocinar y las tareas domésticas eran algo que no disfrutaba, pero que ahora también eran parte de su trabajo: hornear su pan, kuchen o queque para vender en la feria, hacer los ajjes, etc. Cuando se le pregunta qué le gustaría hacer más o en qué preferiría usar su tiempo, contesta:

“Me gusta estar afuera”, me dijo que no le gustaba estar tanto dentro de la casa y tampoco particularmente sembrando en la huerta, lo que realmente le gustaba era hacer cosas manuales, arreglar cosas, un cerco, las conexiones de agua, hacer un hoyo y la vecina chacarera le dijo “las cosas de hombre” y la señora Leticia dijo que sí, que creía que era porque esas son las cosas que aprendió con su papá de chica.

(Cuaderno de Campo, 12 de abril de 2023)

Para Claudia actualmente el estar afuera no sólo significa un complemento a las labores del hogar sino también una realidad que se ha visto modificada por los dolores de su enfermedad. Me contó que intenta hacer todas las tareas que puede afuera, cuando los días están soleados sale a trabajar la lana al patio, sentada al sol, porque ella “es de afuera”:

Sí, yo mi vida, hay personas que les gusta estar adentro de su casa, hacer cosas dulces qué sé yo. Yo todo lo contrario, yo cocino porque tengo que cocinar, hacer mi pan, lo hago en la

mañana por lo general. Pero estar afuera, no sé po, me olvido de mis dolores, me pongo a hacer algo afuera, y avanzo en mi trabajo, me olvido, me mentalizo en mi trabajo y como me dicen los médicos que soy tolerante a los dolores ya. Eso me indicaba el médico ayer. Pero es algo que a mi me gusta estar afuera. Y si es posible andar a pata pelá en el verano en la tierra, oh yo feliz, pero tampoco se puede ahora po, pero antes, mi vida ha sido afuera. Toda mi vida, de los 14 años, afuera. Y yo afuera tomé esa responsabilidad de las aves, el huerto, no sé, mi vida, yo soy de afuera.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

Actualmente esto está sujeto a cómo se siente y qué tareas puede realizar, pero aún así relaciona su bienestar a estar afuera, dicha relación se plantea desde su infancia cuando el estar afuera y la tranquilidad que brindaba eran un espacio seguro dentro de una crianza que no ofrecía esa calma:

Así que ese lo traía aprendido y me gustaba po, no sé, ir a buscar leña a la quinta, donde fuera que hubiera tranquilidad. Me gustaba mucho la soledad, no me gustaba estar adentro, me gustaba ir afuera. Yo salía para la quinta a recoger ganchitos con un palito los botaba, con un corvito y para el día de mañana dejaba las astillas. Y en el verano la huerta. La huertecita era chica, bueno no tan chica, pero estaba limpiecita, le buscaba pasto entre medio pa sacar y pa estar afuera y siempre con una radio. Estaba limpiando las papas y andaba con mi radio, todo el día con la radio.

(Entrevista a Claudia y Antonio, 19 de octubre de 2022)

VIII. Discusiones y reflexiones finales

La presente investigación tenía como objetivo principal analizar cómo el uso y posibles transformaciones de los oficios rurales practicados por los y las participantes influyen en su percepción de naturaleza o territorio. Una de las líneas teóricas centrales fue el pensamiento de Tim Ingold, quien entrega guías no sólo para comprender el concepto de paisaje, sino que a través de la idea de “taskscape” abre una posibilidad para entender los oficios como parte del habitar un territorio. Más que abrir nuevos conceptos, a continuación se pretende profundizar en aquellos que adquirieron contenido a través del trabajo de campo, para luego cerrar con reflexiones en torno a la identidad rural y los posibles futuros que las personas ven para sus territorios.

Todo paisaje pasado fue mejor

Al presentar la perspectiva del habitar, Ingold propone el entendimiento de dos conceptos: “landscape” y “taskscape”. Al presentarlos hace dos afirmaciones: “primero, la vida humana es un proceso que involucra el paso del tiempo. Segundo, dicho proceso de vida es también el proceso de formación del paisaje en cual personas vivieron” (Ingold, 1993, p. 152). Siguiendo esa línea es que profundizaremos en la importancia que tuvo la temporalidad en el relato de los y las participantes y en aquellos momentos en los cuales esa conciencia temporal o memoria fue constitutiva de sus percepciones sobre el paisaje o territorio que habitan.

Dentro de los resultados se dedicó una sección a la nostalgia por las vidas rurales del pasado, asociadas en su mayoría a recuerdos de infancia de los y las participantes. Dos personas hablaron sobre los cerros; Herman y Leticia, y resulta interesante analizar cómo ambas perspectivas dialogan sobre un espacio que bien podría ser el mismo. Cuando visité a Leticia en su hogar pasamos frente a cerros plantados con eucalipto, ella los vio y me dijo que daba pena porque antes, cuando chica, ahí se sembraba trigo y ahora sólo eucalipto. Esta conversación surge en el contexto de una visita en la cual hablamos bastante del monocultivo de eucalipto, cómo afectaba el suelo y también de la inviabilidad económica de sembrar verduras o cereales para las familias campesinas. Me lo dice con una cuota de nostalgia por los cerros de su infancia, con el antecedente de que la última vez que ella y su marido plantaron trigo no encontraron mano de obra para cosechar y perdieron el cultivo. Por otro lado, un día hablando con Herman sobre la industria maderera y cómo hacia la costa había sectores completamente sembrados con eucalipto, él me comenta que ahora es el eucalipto, antes era el trigo y mañana será otra cosa. Porque así funcionan las cosas, su recuerdo del cerro con trigo es estar botando árboles nativos junto a su padre para despejar terreno para la siembra.

Para Jakel (2021) “la experiencia de los paisajes y los lugares no será igualmente compartida por todos, porque cada persona ocupa una posición distintiva con relación a su paisaje”. Leticia y Herman tienen 10 años de diferencia -él es mayor- ¿son esos diez años la razón por la que ella recuerda el cerro de trigo con cariño y él como un cultivo más?, ¿guarda relación con que Herman trabajó talando el bosque previo? ¿o más bien tiene que ver con que a día de hoy Leticia es quien ve el cerro con eucalipto desde su hogar?. Todas son respuestas plausibles; sin embargo, lo relevante es entender que a lo largo de su vida su experiencia con los cerros fue distinta y lo sigue siendo a día de hoy. Ingold (1993)

advierde que la idea de observar el paisaje desde un costado implica el no estar ahí, sugiere una incorporeidad que no es compatible con el habitar. Siguiendo esta línea, es que no sólo es importante quién percibe, sino cuándo, porque la temporalidad tampoco puede ser encapsulada. No existe tal cosa como un paisaje presente que no tenga huellas de un pasado, ni un paisaje futuro que se reemplace en una barrera cronológica específica. Herman y Leticia relataron sus pasados y la percepción de aquellos paisajes es distinta, entonces, ¿cuántos paisajes pasados existen? ¿y cuál es el que se añora?

Este cruce de anécdotas nos propone el paisaje como “fenómeno multitemporal” (Vaquer, 2019, p.16) en tanto el cerro del presente tiene marcas del pasado, antes del trigo hubo otro bosque que fue talado para la siembra. Herman recuerda tres usos distintos del suelo y Leticia ve el cerro y recuerda su infancia. Por su parte Nuria Cano nos recuerda que el paisaje está cruzado por constantes tensiones:

el paisaje nunca es algo acabado, sino que está siempre sujeto a las circunstancias sociales, culturales y económicas de cada momento y a la negociación y renegociación de los individuos y colectivos sociales, soliendo ser utilizados materiales, signos y actividades de diferentes pasados que, junto con nuevos elementos, son proyectados hacia el futuro. (Cano, N., 2012, p.124)

Esta tensión se expresa en el paisaje desde lo estructural hasta lo íntimo del hogar. Las decisiones sobre el territorio van desde quienes motivaron hace treinta años a la madre y vecinos de Leticia a plantar eucalipto hasta la decisión de Claudia y Antonio de mantener gallinas en su hogar porque los hace felices. Eso es parte de la definición de paisaje que encontré en el curso de esta investigación; los ritmos del territorio son percibidos en todo orden de cosas. La atención y valoración de las y los participantes está puesta en todo tipo de seres y elementos del paisaje; se tienen en cuenta las floraciones de plantas silvestres, el ruido que están haciendo las vacas para saber si van a parir y el aire de la noche para saber si caerá helada, todo aquello comprende el habitar en sus territorios. Sobre este punto retomamos a Ingold (1993) cuando propone que el paisaje no es solo visual ya que a diferencia de una pintura donde vemos cuando termina la pradera y comienza la colina, en la cotidianidad no tenemos esos límites. Cuando una de estas personas va a la huerta por una tarea específica en su recorrido se topa con las aves, ve si ha crecido el pasto en el invernadero y cómo se ven las nubes, tal vez llueva y todas esas atenciones forman su paisaje cotidiano. Una sumatoria de dimensiones integradas, en la cual el recorrido y la movilidad permiten un trabajo atento a los ritmos del territorio.

El paisaje que invita y la nostalgia

A través del trabajo de campo pude ver que la agencia de la naturaleza no sólo se expresa en términos de cómo se comporta o qué hace un territorio sino qué es lo que invita a hacer. Es aquí donde surgen prácticas que se realizan porque las personas sienten que eso es lo que la tierra, la madera o las gallinas esperan de ellas. Cano (2012) siguiendo a Ingold (1993) explica esta reciprocidad de la siguiente manera:

para él, “el paisaje no es la entidad que miramos, sino el mundo desde el que partimos para hacernos una idea de nuestro entorno” (1993b: 171). En definitiva, estamos asociados indisolublemente a la naturaleza de una manera práctica, cultural y corpórea, de forma que

nuestro conocimiento se inscribe en el paisaje y viceversa (Michael, 2000: 112). (Cano, N., 2012, p.123)

Sobre este punto ya estamos hablando de cómo un territorio nos impulsa a ciertas tareas, adentrándonos en el concepto de "taskscape"; el cual será entendido como una red de tareas, las cuales en su interacción forman el "taskscape". Esta red de tareas construye la experiencia del habitar, en tanto existe no como accionar sino interaccionar (Ingold, 1993). La tarea que surgió como central en habitar sectores rurales fue la huerta, no necesariamente porque fuese el ingreso principal para todas las personas con quienes se trabajó; sino más bien porque independiente de sus diferencias es algo que todas realizan. Además de que parecía para varias personas una tarea dada por hecho al habitar en el campo.

Para Benedina no era plausible vivir en el campo y no hacer huerta. Lo explicó en términos simples, un día me dijo que sí quería hacer cazuela no pensaba ir al supermercado a comprar arvejas, tenía que sembrar en su huerta. Algo similar comentaron Claudia y Antonio respecto a las gallinas, que había que aprovechar que vivían en el campo, ¿cómo no tener gallinas? si las casas sin aves se ven tan tristes. Este tipo de reflexiones también se llevaron a materialidades de la mano de Herman, quien recolectaba madera para sus tallados y cuando no sabía qué tallar en ellas, las dejaba sobre las repisas de su taller hasta que la madera le dijera qué debía tallar. En estas situaciones el paisaje va más allá de lo estético y la naturaleza escapa hacia lo humano porque el suelo, las aves y la madera no quedan en la contemplación, sino que toman un lugar en el panorama cotidiano y en los tiempos de estas personas.

La idea de que el paisaje invita a realizar tareas también nos lleva al terreno de la agencia humana, ¿qué ocurre cuando el suelo que ha sido sembrado por varias generaciones tiene que dejar de producir porque ya no es rentable? ¿es un cambio en el paisaje? ¿en la forma en que se realizan las tareas? ¿y qué tanto se relacionan ambas?. Sobre esta reflexión expondremos; en primer lugar, que es precisamente en este tipo de discusión donde surgen los relatos nostálgicos sobre los pasados rurales; y en segundo lugar que las condiciones del territorio y las tareas que se realizan en él mantienen una relación de mutua afectación.

El trabajo de campo significó un ejercicio de memoria que posicionó algunos de los pasados rurales desde la nostalgia. Uno de los relatos centrales fue el de Antonio, quien suele hablar desde el sentido comunitario que tenía la vida cuando era joven: la cantidad de personas que vivían en el sector y las acciones colectivas de siembra o transporte de productos. Esto no sólo afectó la manera en que se siembra sino la cantidad; a día de hoy él comenta que algunos de sus vecinos que solían cosechar hortalizas sólo compran en Temuco y revenden en las ferias de acá. Sumado a esto relata el cambio en la producción láctea, que fue su oficio principal durante 20 años más o menos. Cuando habla sobre aquello explica que las cooperativas lecheras dejaron de recibir producción artesanal y/o fueron compradas por las empresas más grandes, generando un monopolio de la leche en el sector. Un relato similar respecto a la agricultura lo encontramos con Leticia, quien lo enfoca más hacia el futuro. En la visita a su hogar criticó a sus vecinos que solo cortaban leña -guaye- para sus ingresos y no sembraban. Al mismo tiempo que reconocía que tener tierras no era suficiente para sembrar, por ello su hijo no podía quedarse en el campo; no hay trabajo para él allá aunque tengan tierra. Asimismo, la próxima vez que la vi en la feria, le pregunté por cómo veía que

se iba a usar la tierra cerca de su casa los próximos años y junto a las personas del puesto del lado me dijeron que sembrar hortalizas ya no salía a cuenta porque los fertilizantes estaban muy caros y era cada vez más difícil cultivar sin desmalezantes químicos.

En ambos relatos hay un abandono de prácticas que escapa de la voluntad de las familias campesinas y depende de factores económicos estructurales, cambios en los usos de suelo cercanos y migraciones a centros urbanos. Camarero et al. (2020) al hablar de las transformaciones que experimenta el mundo rural los últimos años hablan sobre “merma de oportunidades de autonomía” (p. 209) en tanto:

Las comunidades locales pierden progresivamente las capacidades para orientar sus formas de vida y organizar plenamente su subsistencia. La dependencia respecto de decisiones lejanas es el modelo dominante de ocupación y organización de la vida rural. Se abre una diversidad de formas resistentes, pero sobre las que pesa la cuestión de la sostenibilidad generacional. (Camarero, et al. 2020, p. 209)

Es allí donde surge la idea de la nostalgia, donde existe un pasado con tareas que a día de hoy no son viables y no necesariamente porque el paisaje físico haya cambiado. Sí cabe mencionar que encontré relatos de prácticas que fueron cayendo en desuso debido a condiciones climáticas, como cultivos que se pierden por heladas en temporadas en las cuales no deberían caer heladas o cultivos que se “arrebatan” por olas de calor que aceleran la maduración de las plantas. Ante ello cabe preguntarse también cuáles son las prácticas -a escala local- que modifican los paisajes. En el apartado anterior citamos a Cano (2012) con la idea de la negociación constante del paisaje, la cual está íntimamente ligada a nuestro paso por los lugares:

estar en el mundo no implica ocupar un espacio, sino más bien sintonizarse con ese entorno para trazar una trayectoria habilidosa, de igual modo, los ambientes que habitamos son, en parte, resultado de nuestro paso por ellos (Ingold 2012). Parte de estar en el mundo es diseñar estrategias para la vida, prever, imaginar y construir los espacios que habitamos y resguardar los lugares y las cosas de su deterioro y desintegración. Habitar el ambiente es por lo tanto una tarea (task), la cual requiere entrenar la atención, conocer, capacitarse y dar curso a nuestros proyectos en él (Ingold 2012). (Jakel, 2021, p. 14)

La construcción de los territorios tiene distintas agencias, las cuales sitúan tareas que adquieren sentido y a la vez impactan el paisaje. Hablamos de la disminución del trabajo agrícola en el sector que habitan Claudia y Antonio. En esa conversación yo pregunté si tenían problemas de agua intentando encontrar más posibles factores, a lo que me respondieron que en teoría no deberían tener, pero los tienen. Esto ocurrió porque se abrió la posibilidad de formar parte de un Comité de Agua Potable Rural y varios de sus vecinos taparon sus pozos, esperando que pudiesen recibir derechos de agua para riego. Eso no ocurrió para todas las familias del sector y a día de hoy los pozos se cerraron o se llenaron de basura, lo cual no deja suficiente agua para el riego. Esta situación no sólo nos recuerda la influencia de nuestras trayectorias en los territorios, sino que conecta aquellas trayectorias temporalmente. Antonio me dijo que cree estar viendo la muerte de la chacarería, Leticia, aunque valora lo aprendido en su niñez junto a su padre, dice que sería inviable para su hijo llevar esa vida. Es así que la nostalgia aparece en un escenario de profunda incertidumbre sobre las futuras tareas que se desarrollarán en la naturaleza que estas personas conocen.

Lo sabido es lo que se ha hecho siempre

Derivado de las tensiones e incertidumbres previamente descritas, a lo largo de la investigación comencé a pensar en las personas con quienes trabajé como una “generación de transición”. Tal vez esto resulta obvio en relación al concepto de generación, el cual suele implicar una diferenciación entre la previa y la siguiente. Sin embargo, no deja de ser interesante cómo las personas con quienes trabajé tuvieron trayectorias de vida muy distintas a sus padres y a la vez distintas a las que sus hijos están llevando. Todos los padres y madres de las personas con quienes trabajé vivían en el campo y tenían trabajos o labores asociadas al espacio rural, bajo distintas circunstancias; ya sea bajo sistemas de inquilinaje, arriendo de tierras o tierras propias. Ya entre los hermanos y hermanas de las personas con quienes trabajé comienzan a haber trayectorias más diversas; con varias personas terminando sus estudios de enseñanza media y trabajando en la ciudad en fábricas o puestos administrativos. Es ahí donde hay un ejercicio de agencia de las personas con quienes trabajé de decidir vivir en el campo. Para quienes tuvieron la oportunidad de decidir el trabajo en la tierra -y no fue mandatario- significó el abandono de los estudios, siendo una sola persona de las y los participantes quien concluyó la educación media. Esto se contrasta con la situación de hijos e hijas de estas personas, quienes no sólo concluyeron sus estudios obligatorios, sino que también continuaron estudiando en carreras técnicas o profesionales.

Más allá de la ocupación laboral o el nivel de escolaridad resulta interesante ver qué partes de lo aprendido sigue siendo practicado y cuáles son enseñadas a las generaciones futuras. El enseñar oficios y labores rurales es un proceso generacional, que ocurre en un territorio específico, a través del cotidiano, que nace y a la vez se sostiene en las costumbres locales:

las obligaciones de la familia campesina son variadas, y el educar es otra función. En un primer momento el instruir a los hijos tiene que ver con su socialización, el transmitir ciertos conocimientos, para la ejecución de normas y valores que pauten el comportamiento de los integrantes, no sólo dentro de la familia, también dentro del medio local y social en general. En la familia campesina no basta con aprender ese tipo de normas y valores, inculcar el hábito de trabajar el campo mediante la instrucción de conocimientos de padres a hijos es inherente a la educación de los mismos (Vázquez-García et al, 2013, p. 16)

La razón para indagar en cómo las tareas se inscriben en tradiciones familiares y los vínculos intergeneracionales es la respuesta que algunas y algunos participantes dieron cuando se les preguntaba cómo sabían hacer tal cosa. Fue recurrente que dijeran “son cosas que se saben porque se han hecho siempre”. Patricia me comentó que ha estado desde los dos años en la huerta y al preguntarle por cómo aprendió le es difícil situar un único momento, a veces respondía que aprendió junto a su abuela, a veces con su madre, pero siempre de pequeña. Cuando vi a Leticia hacer muday y le pregunté por las proporciones me dijo que antes el muday no se vendía tanto porque se hacía en todas las casas, son “cosas que se hacen en el campo”. En este punto pueden resultar útiles los comentarios de Ingold sobre la atención y el hacer:

Habitantes nativos (y sus acompañantes antropológicos) aprenden a través de la educación de la atención. Por ejemplo, el cazador principiante, viaja a través del campo con sus mentores, y a medida que avanzan le son señaladas características específicas. Otras cosas

las descubre por sí solo, en el desarrollo de nuevas incursiones, mirando, escuchando y sintiendo. De este modo el cazador con experiencia es el cazador experto. (Ingold, 1993, p. 153, traducción propia)

Patricia tuvo la guía de su madre y su abuela, a medida que fue aprendiendo fue enseñando a sus hermanos y hermanas menores, para cuando tuvo a sus propias hijas y vivió en un campo distinto al lugar donde creció, ya sabía hacer huerta y supo adaptarse a nuevas condiciones de su ambiente. Jakel (2021) expone que la construcción de biografías puede ser una metodología apropiada para abordar estudios de paisaje. Esto porque los paisajes son mejor comprendidos a la luz de las prácticas que en ellos se realizan, tomando no sólo nociones y costumbres locales, sino también reconociendo la influencia que el paisaje tiene en el mundo emocional y afectivo de las personas que lo habitan. El saber hacer no viene de una habilidad innata sino de un habitar constante en un territorio donde estas personas ejercen la vida y no sólo hacen, sino que se dejan afectar.

Que un oficio sea practicado por la generación pasada contribuye a la integración en la infancia del mismo y entrega a la persona la sensación de que es algo que siempre estuvo disponible para su quehacer. Sin embargo requiere de la práctica. Benedina llegó en su juventud a vivir al campo junto a su familia y veía a su madre y otros trabajadores en la huerta, pero no se involucraba en aquellas tareas. Al ser consultada sobre cuándo aprendió a sembrar ella lo sitúa cuando empezó a vivir con su esposo y su familia. Viendo a su madre no había aprendido porque no lo había hecho. Y aquí resalta que habla desde las manos. Cuando habla de cuándo aprendió a sembrar papas relata que al principio tenía que usar guantes para todo porque le salían callos, su cuerpo no estaba acostumbrado. De manera similar hubo otros momentos en los cuales el vínculo corporal con la naturaleza ayudó a situar momentos en la trayectoria de vida. Leticia recuerda acarrear bueyes desde niña porque sabe que era más baja que ellos y caminar con Claudia por el invernadero le dio contexto a su vivencia con movilidad reducida los últimos años. No describieron sus cuerpos directamente; no detallaron la mano que usan para tal o tal movimiento, pero el cuerpo aparece como referencia de cansancio, de tamaño o de ritmo, ya sea relatado por ellas o percibido por mí.

Ser campesino, de campo o mujer de campo

Si bien el foco de esta investigación no era comprender qué significa habitar en el campo para las y los participantes, muchas de las conversaciones llegaron ahí. En parte por la relación indisoluble entre dónde se habita, qué se hace y quién se es. Acuña et al. (2021) en su investigación sobre identidad y familia campesina en Paipa, Colombia sostienen:

La familia genera vínculos con el territorio que consideramos expresiones de identidad, por ejemplo la finca donde vive, allí se producen y desenvuelven actividades de integración e interacción, que según van der Ploeg, es como un flujo que une pasado, presente y futuro, lo que significa que cada finca tiene una historia donde convergen recuerdos, con relación al trabajo, a los vínculos familiares, al crecimiento y sostenimiento de los hijos, a los ingresos, al cuidado de los animales, a los cultivos; en ocasiones los padres están trabajando para que sus hijos “salgan adelante” y esto los conecta con las diferentes generaciones. En ese sentido, la finca es el lugar donde se acumula experiencia, donde tiene lugar el aprendizaje y el conocimiento que es transmitido a otras generaciones. “A menudo la finca familiar es un nodo en redes más amplias que hacen circular las nuevas ideas, prácticas, semillas, etc”

(2013, p. 7). Estas reflexiones, permiten ilustrar la vida familiar campesina en el municipio de Paipa, por cuanto allí reposan recuerdos, tradiciones, referentes simbólicos, que van más allá de la producción y el valor monetario que se obtiene por los productos. (Acuña et al, 2021, p. 8-9)

Tal como se describe en esa experiencia, a través de esta investigación pudimos ver cómo los lugares que habitan los y las participantes son el espacio en el cual se tejen relaciones familiares, las cuales en principio pueden ser entendidas como relaciones comerciales o de aprendizaje práctico pero que exceden las tareas que se realizan. De esta manera, no sólo se conectan las trayectorias vitales y familiares al territorio sino también se generan narrativas identitarias sobre la vida en él. Las cuales si bien se enuncian desde algunas particularidades como la cercanía al mundo huilliche de Herman o las percepciones de género, también presentan puntos comunes, sobre los cuales profundizaremos.

Cabe aquí mencionar cómo se nombran estas personas y si es que lo hacen. Herman es el único que se refirió asimismo con la palabra “campesino” y lo hizo a modo de contraste con la idea de ser de ciudad y su paso por Santiago. Antonio habló de ser “chacareros” lo que conecta expresamente la identidad con las tareas agrícolas. Pero diría que aún más profundo que aquellos momentos es la idea de “ser del campo”. Interpreto este “ser de” como algo más profundo que una demarcación espacial o territorial y propongo que se trata de un sentido de pertenencia. Cuando Herman habla de que en Santiago estaban con tiempo prestado, y que la tierra lo llamaba; “su tierra” lo llamaba, entrega a la tierra el poder o agencia de llamarlo, no es él quien extraña, es la tierra quien quiere que vuelva. Algo similar ocurre con Claudia, quien en una entrevista dice que cuando se muera espera que su hijo e hija dejen sus cenizas en la huerta, porque ese es su lugar. Cuando habla de la distribución de tareas previa a sus dolores, dice que la huerta y las aves “eran su territorio”, sus espacios, los lugares que la esperan son aquellos donde ella realiza las labores. El pertenecer a un espacio es entonces una conexión con el territorio que pasa por lo biográfico y el quehacer cotidiano.

Ahora bien, ¿a qué se refieren estas personas al hablar sobre el ser de campo y de qué campo hablamos?. Vázquez et al. (2013) al investigar sobre la formación de identidad campesina en Tlaxco, México enumeran una serie de percepciones o características de las familias de pequeña propiedad agraria. Entre ellas, varias que surgieron durante el trabajo de campo; en primer lugar significa conocer sobre el manejo de la tierra en todas sus fases de preparación, siembra, cuidado y cosecha. Además de:

El sentirse libres, el ser dueños de su tiempo y de sus propios medios de trabajo, el no estar sujetos a estrés laboral, por trabajar directamente con la naturaleza a su propio ritmo, el sentirse felices y orgullosos de lo que hacen, son elementos que integran la identidad del campesino (Vázquez-García et al, 2013, p.10)

Es el saberse productores de su propio alimento, asumiendo la responsabilidad de lo que implica ser a la vez patrón y trabajador. Son los desánimos inevitables ante una inclemencia climática o plaga que afecta el esfuerzo y trabajo de horas y meses. Es el compromiso, el considerarse importantes e indispensables para la sociedad. Después de todo, ser campesino no es porque algún sujeto se haga nombrar así o porque se posean tierras: es saber trabajar el campo respetando las creencias y tiempos para cultivar, es vivir de lo que la tierra brinda. (Vázquez-García et al, 2013, p. 12)

Entre estos puntos recojo tres ideas principales que al complementarse ayudan a esquematizar las nociones expresadas sobre ser del campo a lo largo de la investigación. En primer lugar, que las y los participantes reconocían ciertos saberes o prácticas como “de campo” o campesinas, ciertas formas de preparar alimentos, las ropas, etc. Entre los ejemplos significativos está Benedina reconociendo su diferencia con quienes vivieron en el campo desde la infancia. Dijo que se percibía distinta a sus vecinos que eran del campo desde siempre, ellos sembraban según los ciclos de la luna, ella sembraba cuando veía que otras personas comenzaban a sembrar, no porque no supiera, sino porque allí lo recordaba. Por otra parte está Herman quien le enseñó a sus hijas, sobrinas y sobrinos sobre la existencia y uso de las cahuiscas, porque esa era tradición de “los antiguos” del campo y era importante que lo supieran. Estos dos ejemplos nos hablan de conocimientos que se asocian a prácticas comunes del mundo rural de la zona; sembrar y comer manzana. En principio los aprendizajes sobre aquellas cosas no requieren conocimientos locales, sin embargo en ambos casos, lo que las personas asociaron al “ser de campo” -sembrar según la luna y comer con cahuisca- son precisamente las formas particulares de hacer estas tareas. Las cuales inscriben la práctica en una red de significados mucho más amplia que los conocimientos técnicos.

Respecto a la idea de libertad, autonomía o independencia también cabe mencionar un discurso más o menos común entre las y los participantes. En este punto quiero reflexionar sin idealizar, pero asegurarme de dejar registro del desdén al trabajo asalariado mal pagado, a los patrones y a los ritmos urbanos. Cinco de los seis participantes incurrieron en trabajo asalariado no independiente a lo largo de su vida. Coincidieron en que preferían el campo y su oficio, se hicieron críticas a la vida en la ciudad, al sistema de pensiones, a los sueldos, al esfuerzo físico que requería y al tiempo que se debía dedicar fuera de casa. En contraste, a pesar de reconocer lo demandante que pueden ser las huertas o lo mal pagados que están a día de hoy los oficios rurales, se valoró el manejo del tiempo propio y la posibilidad de elegir qué quieren hacer; qué quieren sembrar, cuánto quieren sembrar, cuántas horas al día trabajan, etc.

Finalmente, cuando se habla del consumo también existe una identificación, la alimentación surge como un tema recurrente al hablar sobre las facetas placenteras de vivir en el campo. La posibilidad de manejar este aspecto de manera autogestionada suele ser relatado con orgullo y agradecimiento, es también de las prácticas que se tiene temor de perder. Estas tres características mencionadas guardan relación con los oficios o tareas que se practican. El aprendizaje de los oficios inscribe el quehacer y la historia familiar o comunitaria en el paisaje, el hacer estas tareas de manera autónoma permite una temporalidad pactada entre las personas y el ambiente. El manejo del consumo y la autogestión de la vida cotidiana sitúa el cuerpo como el primer agente que realiza tareas y se beneficia del habitar el territorio. Todos estos elementos constituyen lo que las y los participantes reconocieron como el vivir en el campo, lo cual no sólo posiciona individualmente sus percepciones sobre naturaleza, sino que tiene que ser entendido como el lugar desde el que se enuncian los posibles futuros comunes:

la experiencia del paisaje, más allá de un puntual placer estético, repiensa un trozo de vida y de territorio. Se encarama como lugar con capacidad de generar sentimientos y acciones de identificación porque le otorgamos significaciones que pueden ser capaces de despertar

sentimientos de adhesión e incluso cohesionar o dar sentido a la vida colectiva (Basso, 1996; Martínez Montoya, 2000). (Cano, N., 2012, p.126)

Además de las nociones generales descritas, pudimos ver cómo el hablar desde la socialización femenina afectó en la valoración de la vida rural para las mujeres participantes de esta investigación. Retomando las ideas de que paisaje y taskscape adquieren una perspectiva única en base a quién los experimenta, considero que las mujeres reflexionaron particularmente sobre la independencia del habitar la ruralidad, la soledad y la valoración ante otros ojos. Los comentarios que dejaron entrever sus percepciones de género estuvieron mayormente relacionados con la división sexual del trabajo, clasificando ciertas tareas como “de hombre”, demostrando su disgusto por tareas consideradas “femeninas” y en general comentando sobre la división de labores del hogar y las huertas con sus parejas.

Resulta interesante el paralelo entre “las tareas de hombre” y la sensación de libertad, a la vez que las tareas del hogar eran asociadas al “estar encerrada”. Claudia en una visita comentó que cuando recién llegó a vivir junto a Antonio, los vecinos lo criticaban porque ella trabajaba mucho afuera, “para eso se casó, para que le trabaje” decían. Pero Claudia lo contó con humor porque para ella la mejor parte era estar afuera; en la huerta y sin zapatos. Ella cocina y limpia la casa, pero varias veces me dijo que prefería hacer eso antes de las 12 del día, para poder pasar la tarde en la huerta. Narrativa similar tenía Leticia, quien decía que ella prefería las tareas consideradas “de hombre” como arreglar cercos y hacer las conexiones de agua. Aquí resulta interesante porque no sólo asocia un género a estas tareas sino también el ingenio. Este tipo de labores son las que ella contaba que son parte de vivir en el campo y tener que solucionar cosas por uno mismo. Benedina, Claudia y Leticia expresaron su poco gusto por la cocina y su preferencia por las actividades “de afuera”, lo que me hace pensar que tal vez no se trata tanto de la actividad en sí, sino de dónde se desarrolla. Tanto fuera como dentro de los hogares que visité se hace trabajo reproductivo, adentro se cocina, se limpia, pero afuera se siembra lo que se cocina. Es afuera donde se siembra para la familia, lo que también es clave para la reproducción de la vida campesina, lo mismo ocurre con la crianza y los cuidados, las mujeres llevan a sus hijos e hijas pequeñas a la huerta, los dejan correr por el campo y acariciar las aves. Entonces, el trabajo de subsistencia de la vida familiar también sitúa sus tareas en distintas partes del territorio; sin embargo, el adentro y afuera de la casa suma una carga social que no pasa desapercibida para las mujeres cuando piensan su identidad como mujeres del campo.

Aprendizajes y paisajes de los futuros

Cuando comencé esta investigación esperaba tener respuestas mucho más claras respecto a cómo se aprenden oficios rurales. ¿Cuándo, cómo, quién?, ¿qué factores hacen que las maneras de hacer se modifiquen? y ¿cómo todo esto afecta en la relación con la naturaleza?. Pero a medida que avancé en el trabajo de campo me di cuenta que esas respuestas no existían, al menos no como las imaginé. Los aprendizajes que las personas me confiaron son parte de la rutina de su hogar, de la relación con sus padres y del cariño por sus hijos. La naturaleza no es sólo el escenario de una tarea, sino “el mundo desde el que partimos para hacernos una idea de nuestro entorno” (Ingold, 1993, p.171). La manera en que las personas aprenden a vivir en un territorio está íntimamente conectada con su trayectoria de vida; porque los tránsitos por las crianzas, las enfermedades, las sequías o

las heladas no son un partir de cero, son una reedición de las tareas y perspectiva distinta para mirar aquello que nos rodea.

Es por ello que la temporalidad aparece como elemento central del análisis y reflexiones de esta investigación, porque no sólo ayuda a relatar la historia de estas personas con hitos biográficos o información contextual. Sino que da cuenta de la atención a los ritmos; del paisaje y de los cuerpos. Las personas con quienes trabajé podían distinguir entre un fruto que está listo para ser cosechado ahora y uno que lo estará al final del día, asimismo reconocen los cambios en los patrones de lluvia los últimos cuarenta años y el cómo sus propios cuerpos a día de hoy les sugieren que trabajen un par de horas menos. La atención a estos procesos dejó la sensación de respeto y cariño por los mismos. El permitir que otros seres mantengan su agencia en la colaboración que implica habitar un territorio habla de su manera de entenderlo. Ceder el control sobre las tareas; dejar que la lluvia riegue un día, que la madera me pida tallarla o que la montaña me quite el aliento nos habla de trayectorias que permiten ser afectadas por su paisaje.

Creo que al preguntar cómo se aprende propuse sin pensarlo un ejercicio que motivaba a explorar los pasados; las infancias y juventudes de las personas, más que los posibles futuros. El cómo se enseña suele estar más asociado al futuro porque en las dinámicas intergeneracionales son los viejos quienes enseñan y deciden que pueden necesitar los jóvenes de manera posterior. Sin embargo, nunca resulta así de esquemático, las tareas del presente y del pasado se expresan en los paisajes del futuro, los aprendizajes y trayectorias de las personas con quienes trabajé se inscriben en una temporalidad que excede sus individualidades. El ejercicio de habitar significa un paso por los lugares, que por muy implicado que sea, se sabe parte de un paisaje mucho más amplio. Gracias Patricia, Benedina, Leticia, Claudia, Antonio, Herman por enseñarme y permitirme compartir este paso.

IX. Bibliografía

- Acuña-Rodríguez, O. et al. (2021). Identidad y familia campesina en torno a la producción de queso en el municipio de Paipa (Colombia). *Mundo Agrario*, vol. 22, n° 51.
- Alarcón, A., Castro, M., Astudillo, P. y Nahuelcheo, Y. (2018). La paradoja entre cultura y realidad: el esfuerzo de criar niños y niñas mapuche en comunidades indígenas de Chile. *Chungara Revista de Antropología Chilena*, (pp. 1-12).
- Almonacid, F. (2017). La reforma agraria de la dictadura militar en el sur de Chile: parceleros en las provincias de Valdivia y Osorno, 1973-1989. *Historia agraria (71)*, (pp. 175-207).
- Amés, P. (2018). Los aprendizajes de los niños rurales en grupos multiedad y su uso en la experiencia escolar multigrado. *Desidades, Revista electrónica de divulgación científica de la infancia y la juventud (21)*, 6, pp. 60-69.
- Bevilaqua, J. (2018). Infancia rural y trabajo infantil: concepciones en situaciones de cambio. *Desidades, Revista electrónica de divulgación científica de la infancia y la juventud (21)*, 6, pp. 47-59.
- Bluebond, M. y Korbin, J. (2007). Challenges and Opportunities in the Anthropology of Childhoods: An Introduction to "Children, Childhoods, and Childhood Studies". *American Anthropology (109)*, 2, (pp. 241-246)
- Camarero, L., Grammont, H. y Quaranta, G. (2020). El cambio rural: una lectura desde la desagrarización y la desigualdad social. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 38, (pp. 191-211).
- Cano, N. (2012). Definiendo el paisaje en base a la tensión. *Zainak 35*, (pp. 117-138)
- Cano, N. (2015). Corporalidad y memoria en el paisaje cotidiano. *Alteridades (49)*, 25, (pp. 39-52)
- DaSilva, F. (2010). El pensamiento de Merleau Ponty: la importancia de la percepción. *Mirada, (3)*, 6, (pp. 93 - 118)
- Ellen, R. (2001). La geometría cognitiva de la naturaleza. Un enfoque contextual. En P. Descola y G. Pálsson (Ed.), *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas* (pp. 124-146). D.F, México: Siglo XXI Editores.
- Fontes, C. (2019). Recuerdos del movimiento. Cuerpo, paisaje y memoria en la Quebrada de Humahuaca. *Mundo de Antes (2)*, 13, (pp. 115-139).
- Golé, C. (2020). Las transformaciones de las actividades productivas entre los mbya-guaraní del sudoeste misionero desde la segunda mitad del siglo XX Experiencias formativas e identificaciones étnicas en espacios y tiempos

- diversificados. En Padawer, A. (Ed.), *El mundo rural y sus técnicas*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. pp. 105-148.
- Guber, R. (2011). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Hernández Sampieri, R., Fernández, C. y Baptista, M. (2014). *Metodología de la investigación*. Sexta edición. Ciudad de México, México: McGraw-Hill / Interamericana editores.
- Ingold, T. (1993). The temporality of landscape. *World Archaeology* (2), 25, (pp. 152-174).
- Ingold, T. (2008). Tres en uno: cómo disolver las distinciones entre cuerpo, mente y cultura. In *Tecnogénesis: La construcción técnica de las ecologías humanas* (pp. 1-33). Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red (AIBR).
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Jakel, A. (2021). El paisaje tras la interpretación. Agropastoralismo y taskscapes en el Valle Calchaquí Norte (Dto. de Cachi, Salta Argentina). *Revista del Museo de Antropología* (14), 2, (pp. 9-24)
- Kupers, E., Lehmann-Wermser, A., McPherson, G. y van Geert, P. (2019). Children's Creativity: A Theoretical Framework and Systematic Review. *Review of Educational Research*, 89, (1), pp. 93-124.
- Lave, J. y Wenger, E. (2008). *Situated Learning Legitimate Peripheral Participation*. Cambridge University Press.
- Ochoa, J. y Ladio, A. (2015). Plantas silvestres con órganos subterráneos comestibles: transmisión cultural sobre recursos subutilizados en la Patagonia (Argentina). *Boletín Latinoamericano y del Caribe de Plantas Medicinales y Aromáticas* (14), 4, (pp. 287-300).
- Padawer, A. (2018). Chicas de la colonia: aprender y trabajar en la infancia rural. *Desidades, Revista electrónica de divulgación científica de la infancia y la juventud* (21), 6, pp. 34-46.
- Pavez, I. y Sepúlveda, N. (2019). Concepto de agencia en los estudios de infancia. Una revisión teórica. *Sociedad e Infancias*, 3, pp. 193-210.
- Raas, K. (2020). De humanos y no-humanos Reflexiones y debates actuales en la antropología de los Andes. *Revista Chilena de Antropología* 42, pp. 95-111.
- Rappaport, J. (1985). History, myth and the dynamics of territorial maintenance in Tierradentro, Colombia. *American Ethnologist*, (pp. 27-45). .

- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- Rogoff, B. (2008). Los tres planos de la actividad sociocultural: apropiación participativa, participación guiada y aprendizaje. *La mente sociocultural. Aproximaciones teóricas y aplicadas*, (pp. 111-128.)
- Rogoff, B. (2016). Culture and participation: a paradigm shift. *Current Opinion in Psychology*, 8, (pp. 182-189).
- Sarra, S.E. (2019). La catástrofe de Volcán desde la perspectiva de los guaraníes de Jujuy: topologías, grupos étnicos y no-humanos. *Revista Chilena de Antropología* 39, pp. 77-103.
- Sosenski, S. (2012). Memorias de infancia: la Revolución Mexicana y los niños a través de dos autobiografías. En *Susana Sosenski y Elena Jackson Albarran Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina: entre prácticas y representaciones*. Mexico (México): UNAM.
- Sosenki, S. (2016). Dar casa a las voces infantiles, reflexiones desde la historia. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14 (1), pp. 43-52.
- Tola, F. (2016). El “giro ontológico” y la relación naturaleza/cultura. Reflexiones desde el Gran Chaco. *Apuntes de Investigación del CECYP* (27), (pp. 128-139).
- Valdés, X. y Rebolledo, L. (2016). Géneros, generaciones y lugares: cambios en el medio rural de Chile Central. *Polis* (42), (pp. 1-19)
- Vaquer, J. (2019). Lo dicho y lo vivido: relaciones entre el paisaje, la corporalidad y las narrativas en Cusi Cusi (Rinconada, Jujuy) a partir de la experiencia de la enfermedad. *Mundo de Antes Vol 13*, n°2, (pp. 11-33)
- Vázquez-García, A., Ortiz-Torres, E., Zárate-Temoltzi, F. y Carranza-Cerda, I. (2013). LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA IDENTIDAD CAMPESINA EN DOS LOCALIDADES DEL MUNICIPIO DE TLAXCO, TLAXCALA, MÉXICO. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, Vol. 10, n°1 (p. 1-21).